

DANIEL BELMAR

LOS TUNELEROS MORADOS



zig
zag

LOS TUNELES MORADOS

por Daniel Belmar

En 1948, Daniel Belmar se reveló como novelista con un libro en el cual pintaba la vida de una aldea perdida y que tituló "Roble Huacho". Después publicó "Oleaje", en 1950, y luego "Coirón", en 1951. Este último, prologado por Mariano Latorre y editado por Zig-Zag, obtuvo el Premio Atenea, el Premio Municipal de Santiago y el Premio de Arte de la Municipalidad de Concepción, agotándose rápidamente dos ediciones. No sólo eso: a la consagración nacional siguió el éxito fuera de Chile. En Argentina, "Coirón" fue comparado con "Don Segundo Sombra", y un crítico de ese país, Aristóbulo Echegaray, colocó el nombre de Daniel Belmar junto a los de los mejores novelistas de América, como Benito Lynch, Roberto J. Pairó, Ricardo Güiraldes, José Eustasio Rivera, Jorge Icaza, etc., afirmando, además, que "si "Lago Argentino", el hermoso libro de Juan Goyanarte, es la novela de la Patagonia, o "Don Segundo Sombra", de Ricardo Güiraldes, el romance de la pampa, "Coirón" es la novela de Neuquén".

Una nueva novela, "Ciudad Brumosa" —editada en Concepción el año 1952—; un libro de relatos publicado con el título de "Desembocadura", y finalmente "Sonata", novela editada por Zig-Zag, al igual que "Coirón", afirmaron con carácter definitivo el renombre de Daniel Belmar.

A toda esa producción, segura, pausada, honda, se agrega ahora LOS TUNELES MORADOS, novela escrita con una técnica nueva, cuya acción transcurre sólo en el curso de una noche, entre la lluvia y la sombra, y mientras se suceden, en forma apasionante, las aventuras de un grupo de estudiantes y agoniza una mujer.

El profesor Alfredo Lefebvre, en un excelente prólogo, orienta a su vez "al lector no habituado a los procedimientos narrativos actuales —como bien dice—, que exponen con objetividad las situaciones y las vidas, sin que el autor intervenga y cuente todo lo que sabe de sus personajes".

Los Túneles Morados

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig Zag, S. A. 1960.
Derechos reservados.
Inscripción N.º 22976.
Santiago de Chile.
1961.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Daniel Belmar

LOS TUNELES MORADOS

Prólogo de ALFREDO LEFEBVRE



Z i g - Z a g

PROLOGO

SE NOS ha solicitado presentar esta nueva novela de Daniel Belmar. Nos parece innecesario, porque el nombre del autor ya es una recomendación a los lectores. Su trayectoria en el mundo de las letras lo ha situado como el más representativo novelista del Sur, y se le considera entre los primeros del país.

Desde *ROBLE HUACHO* (1948) hasta *SONATA* (1955) se aprecia una continuidad de trabajo, cuyo signo distintivo más general es la veracidad narrativa. Esta adquiere intensidad implacable y matices inquietantes en *LOS TUNELES MORADOS*, de modo que hace evidente el conocido apotegma: "La realidad es más fantástica que la imaginación". Los materiales con que se ha elaborado el libro proceden de un conocimiento vivo; parecería que lo único ficticio fuese la construcción del relato, la cual engendra el incentivo novelesco, provoca la expectación no sólo por lo que va a ocurrir, sino la sorpresa retrospectiva al enterarnos de las reacciones de algunos personajes, comprensibles a la luz de nuevos hechos.

Por esto interesa mostrar algunos puntos de cómo está hecha la novela para mejor orientación del lector no habituado a los procedimientos narrativos actuales, que exponen con objetividad las situaciones y las vidas, sin

que el autor intervenga y cuente todo lo que sabe de sus personajes, según lo que quiere que sean; se los deja actuar y manifestarse por sí mismos, de acuerdo con la libertad que poseen como hombres de carne y hueso.

Todo lo que ocurre en estas páginas sucede a lo largo de una noche. Y, al parecer, aun cuando no se la mencione, en la ciudad de Concepción. Es el lugar de las peripecias de un grupo de estudiantes universitarios y noctámbulos. Con toda su lluvia y toda su noche. Entre el agua y la sombra se la divisa apenas. Otros paisajes se ofrecen. Hay el miedo, la angustia, la incertidumbre, el pavor, la alucinación y el mal, todos los signos tenebrosos que Lope cantara en un famoso soneto a la noche, al verla "solícita, poeta, enferma, fría, — manos del bravo y pies del fugitivo". Estas desazones se dan cita en la novela de Daniel Belmar, y muchas más, en episodios que muestran las llagas lancinantes de la miseria social chilena.

La novela se desarrolla en dos planos distintos. Uno en tercera persona, que narra el peregrinaje nocturno del grupo de compañeros por distintos lugares, alternado con otro en primera persona, que viene a ser el relato de una carta escrita por alguien a modo de un descargo de conciencia ante el peso de la vida y del amancebamiento que le tortura. Ambos planos se interfieren; los sucesos vividos por el de la carta han sido condicionados en parte por otro personaje que esa noche va de sitio en sitio.

La narración de la bohemia airada se extiende a su vez en tres dimensiones, en tres historias distintas y vinculadas entre sí, la de los personajes noctámbulos; una será la del que va de sitio en sitio, buscando a un compañero que muy al comienzo huyó por delirio de persecución; otra, la del periodista frustrado, que abandonó los

estudios de leyes y se embriaga hasta el fin; y luego las vidas de los restantes amigos. Cada nuevo lugar donde se junten o se separen ofrecerá situaciones inesperadas, a causa de los diversos tipos que van encontrando, la mayoría de idiosincrasias muy singulares, capaces de desatar el furor de la riña, la trampa audaz, la burla cruel, el rasgo de nobleza generosa o la hilaridad más despampante.

Predomina en **LOS TUNELES MORADOS** una estética de alusión casi continua. Consiste en proporcionar los datos con gran economía, a veces sin nombrar el personaje, dejándolo actuar, moverse, recordar, charlar, asomarse; entonces sucede un acto aparentemente sin relieve o escasamente comprensible, como la mayoría de los que vemos en la vida diaria del prójimo y nos permitimos interpretar a nuestro amañó; al cabo se llena de significación o se complementa en otras secciones del relato, en los que un comentario o un hecho ilumina el gesto, la actitud o la determinación que nos pareció tal vez inusitada o sin motivación suficiente. El tejido de la trama novelesca se torna rico en sugerencias, el tiempo avanza o retrocede, según las necesidades de suspenso que administra el autor. La sutileza de este procedimiento va cubriendo poco a poco la integridad de los hechos y las vidas que allí se agitan. Desde semejante mundo de alusiones, muchas veces no podemos saber, por caso, qué le sucede a la colorina, una mujer que bailaba en un garito, pero no quiere bailar, y bebe mucho, dice cosas desconcertantes, actúa contradictoriamente, corta la tertulia con los jóvenes estudiantes y pide un taxi, después de haber provocado sabrosos incidentes. Hasta el muchacho que la acompaña y la deja en el automóvil queda perplejo, porque dio la dirección de la casa donde viven los estudiantes. Pero ven-

drá un episodio decisivo y muy patético en el que todo se revela; no lo referiremos en obsequio al lector. El novelista nos dio la figura de una mujer que algo ocultaba, con una tensión interna que ahogaba en bebida y desparrajo. Después descubrimos que todos los datos necesarios para aquel hecho final estaban ya preparados. De este cariz es la continua incitación del libro. Otras veces se dan al revés: es el lector quien sabe lo que sucedió, porque el narrador lo aludió suficientemente, pero los personajes permanecen en ayunas. Y el lector no puede hacer nada.

El lenguaje alcanza gran funcionalidad; comunica relato, figuras, sensaciones, atmósferas, ambientes, inquietudes internas. Abunda el uso del olfato, pero las breves descripciones de luminosidad, en las calles, en la lluvia, en los bares, en las joyas, en unos encendidos cabellos rubios, impregnan belleza, reposo, en medio de la agitación sucesiva de una página sobre otra. El carácter chileno de los diálogos y de las tallas no es para descrito por su sabor e ingenio, del mismo modo que las críticas a ciertos grupos sociales, más en el tono del humor que de la gravedad sociológica.

En esta novela no hay fatalismos que arrastren a desintegración moral ni regusto por mostrar los estratos inferiores de la condición humana. El autor ha dejado que sus personajes se salven, en algún grado, por el movimiento natural de la dignidad humana, que a veces se yergue con cordura o con violencia. La luz de un nuevo día verdaderamente inunda el desenlace del libro. El mal, el pecado, el frenesí, los raptos dionisiacos, no se presentan como fatalidad implacable, sino como circunstancias que los personajes padecen en sus ansias de vivir, y cuando los vemos decaídos, a punto de renunciar a los planes de vida que los mantienen en la ciudad, ya se está

gestando la posibilidad de una escapada, de un encuentro consigo mismo, de un hecho que acelere el golpe de conciencia. En el episodio final, traído naturalmente a colación, los muchachos hablan algo que alza el nivel de la historia a un punto esencial de la esperanza humana. Han practicado esa madrugada, en el hospital, una histerec-tomía, con éxito, y han sabido de un atropellado que el lector conoce y ellos no identifican. La palabra "muerte" queda vibrando en el aire. Entonces el Chino Domínguez dice: "No, Barbón. Te equivocas. No todo muere. Siempre algo sobrevive... De otra manera no tendría sentido ni objeto la vida del hombre".

Ahora puede estimarse con más propiedad el meta-fórico título del libro. Al centro de la novela, en una página en que se describe la agonía de una mujer, hay una referencia. El proceso final se lo compara como el paso por un túnel morado; no es precisamente el deceso, sino su acercamiento, el tránsito de la última lucha hacia el acabamiento de lo temporal. Es un dato que, como muchos de los que se aluden, esclarece la comprensión general de los hechos. Dicha referencia nos colorea, no con los tonos de los vasos de vino o tal vez con ellos mismos, el panorama de esas vidas juveniles en el tormentoso mundo de bohemia en que se mueven: Túneles morados, travesías oscuras de la muerte, hacia ella, hacia el desasimiento del sentido y la razón de ser, por donde se introducen los personajes en un afán de coger más vida, por donde sea y a toda costa, sacudidos por desasosiegos internos que terminan por mostrar que también los túneles tienen una salida. Se pueden anotar reflexiones, breves diálogos, que al fin nos conducen al pensamiento señalado del desenlace y son golpes de alma. Ya en los comienzos del libro, podemos oír a un personaje que ha consumado mu-

chas cosas: "Pero, creo, firmemente, que sólo dentro de nosotros mismos se hallan los elementos de la recuperación. Es necesario entonces encontrarlos, forzarlos hacia el centro de nuestras torturas, y diluirlas en los remansos de la esperanza".

ALFREDO LEFEBVRE

LOS TÚNELES MORADOS

EL CHINO DOMINGUEZ se empinó, estirando cuanto pudo la corta estatura, y susurró premioso, sujetando el brazo de su compañero:

—Todavía no, Oso.

En torno a la ruleta enredábase un mundillo anhelante pero estático. La inquietud era interna, de piel adentro. Los nervios, torcidos y retorcidos, soltaban rabiosos espasmos que a pesar de su furia no lograban sacudir los gestos. Sólo puños contraídos, rostros de madera, ojos taladrantes.

El *croupier* semejaba un pajarraco enfermo. Sobre uno de los hombros desnivelados, el cuello torcíase en lamentable anquilosis. De esta suerte los ojos miraban como de través, por más que el esmirriado individuo procurase enderezar la cabeza, consiguiendo tan sólo la tensión permanente de los acusados tendones del cuello.

—No va más —dijo de pronto, con voz apática y como afligida, pero cortante—, ¡quitar las manos de la mesa!

Como ante una voz de mando se irguieron los cuerpos que hasta entonces se inclinaban, religiosos, sobre la divinidad zahorí. Hubo leve reflujo. Un taco aplastó por ahí, bajo la mesa, cierto zapato lerdo. Alguien, arriba, llameó injurias por los ojos, sin decir nada.

El llamado Oso expandió levemente el tórax, y el tumulto que lo rodeaba osciló. Bajó luego los ojos al fornido muchacho, y su mirada rebotó en las gafas del Chino Domínguez. Detrás de las gafas espejearon dos pupilas diabólicas.

El *croupier* recorrió con los ojos la mesa, observando las jugadas. Giraba sobre los pies, incapaz de torcer el cuello. Cuando atisbaba un extremo de la mesa, daba la espalda al otro. Pero en el cráneo de avechucho se anidaba una memoria de elefante.

—Todavía no, Oso.

Los labios del Chino se distendieron silenciosamente. Bajo el atildado bigotillo asomó la sonrisa, tierna, juvenil.

El Oso crispó la boca sujetando una mueca. Y volvió a vigilar los movimientos del *croupier*, custodiándolos, registrándolos.

Zumbó de pronto el carrusel. Saltó la bolita en los girantes alvéolos, loca, frenética, hasta embolsarse en uno de ellos. Todos los ojos seguían, embrujados, la danza vertiginosa. Y antes que las pupilas avizoras lograran atrapar el remolino de los números, el *croupier* graznó la jugada:

—¡Colorado el treinta y tres!

Las respiraciones, contenidas hasta ese momento, se soltaron en gesto de alivio. Los fuelles silenciosos de los pulmones movieron el aire. Arriba, en torno a la bombilla, osciló la niebla translúcida del tabaco.

El *croupier* miró al sesgo las posturas, y esperó. Esperó en actitud de quien, dueño del tiempo, aguarda el tranvía sin impaciencia. O parado en una esquina mira pasar la gente. O simplemente nada espera. Era en esos momentos el gran visir de una ciudadanía nocherniega, ávida y cándida, codiciosa y botarate. Y como gran vi-

sir, su gesto se mostraba altanero, despreciativo y soberbio.

Cuando el carrusel dejó de zumbiar, el *croupier* se agitó. Y ahí estaba la bolita, quieta, en su nido veleidoso.

Vino el rastrillo cogiendo las jugadas perdidas: fichas, billetes. Cuando el *croupier* giró como sobre un eje para repetir la operación en la otra ala de la ruleta, el Chino Domínguez clavó un pulgar en los riñones de su compañero.

—¡Ahora, Oso! ¡Ahora! ¡Tira el pato!

Aplastó el Oso una ficha en el borde mismo de la mesa. Moviósese rápidamente la pequeña catapulta del índice, y la ficha resbaló hasta la cruz de un cuadro premiado.

Varios se dieron cuenta de la trampa. Y sonrieron. Los ataba tácita complicidad frente a la helada rapacidad del hombre de la ruleta.

El hombre revolvió los caudales, y se dispuso a pagar. Lo entiesó de repente ligerísima vacilación. Un segundo después vino el rastrillo y arreó la ficha clandestina.

—Los patos van muertos —dijo.

Y sin mirar a nadie largó el valor de las jugadas premiadas. Pagaba con notable destreza. Sus dedos eran finas antenas bajo cuyo latido transferíase el dinero en chorro continuo. Parecía como si entre ellos se hubiera creado el nexo que existe entre el olfato y el olor.

Dejó de reir el Chino. El Oso pareció por un instante estupefacto. Luego enrojeció.

—Julio —dijo—, ¡devuélveme la ficha! ¡Se trata de una broma!

Y el *croupier*, con su voz cortante y afligida:

—Los patos van para adentro, y los sinvergüenzas para afuera.

Y siguió pagando, sin inmutarse, con eficacia verdaderamente profesional.

El Oso expandió el ancho tórax. Y habló con los dientes apretados de ira:

—¡Si no me devuelves la ficha, te espero afuera y de una sola cachetada te voy a enderezar el cogote!

Todos rieron. El *croupier* no se inmutó. Seguía pagando, sin mirar a nadie; pero de pronto se dio vuelta, y lanzó la ficha hacia el rincón del Oso.

—¡Ahí va el pato! —dijo.

Y después de un breve silencio, con voz admonitiva:

—¡Y que no se repita!

Cogió el Oso la ficha, y agarró un brazo del compañero.

—¡Vamos, Chino! —dijo, y agachándose—: ¡Vámonos de esta cueva de ladrones!

Cerróse la puerta tras ellos. Un largo pasillo conducía hacia el bar que amparaba el garito. El pasillo: un túnel por donde circulaban olores amoniacaes, gritos, risotadas, todo ello venido desde detrás de ciertas puertas misteriosamente cerradas.

Acodado en el mesón, una jarra de cerveza delante, el Abuelo parecía meditar. Despabilóse cuando los dos estudiantes se le aproximaron.

—¿Qué hubo, Chino? —dijo.

—¡Nada! —dijo el Chino— ¡Casi perdimos el pato! Y narró lo ocurrido.

Rodolfo Gálvez, el Abuelo, cogió la jarra y tragó parsimoniosamente la cerveza. Pagó con monedas extraídas laboriosamente de diversos bolsillos, y dejó el

asiento. Su alta figura cenceña, el poblado bigote, la melena romántica, le patinaban la estampa de señorío.

—¡Denme la ficha! —dijo—. ¡Que me condene si no gano algo!

Y se fue por el obscuro pasillo.

En el bar, ancho y destartelado bodegón, pululaba mareante y mareada muchedumbre, obreros borrachos, cocotas de ínfimo precio, noctámbulos. Iban y venían mozas con platos o botellas, sirviendo a las mesas.

De uno de los muros sobresalía diminuto escenario que de repente encendió multicolores candilejas. Vino un viejo retaco, canoso, de nariz roja, y destapó un piano. Apenas sonaron los primeros compases del "fado", alzóse el teloncillo y una *vedette* añosa, exuberante, de opulencias difícilmente contenidas por los corpiños de raso, empezó a mover sus gelatinas.

Este el fado, fadiño, fadeiro...

La voz de la mujer, ronca de tabaco o de aguar-diente, tenía telarañas. Era como un disco fonográfico grandemente usado, opaco ya, sin surcos sonoros. Y, no obstante, logró cautivar la atención del heterogéneo auditorio. La concurrencia se agitó. Corrió un estremecimiento por encima de las cabezas, como un viento soplando en un campo de espigas. La voz de grieta pasaba por las conciencias como un paño sucio sobre una mesa sucia, arrastrando desechos, dejando algo sin embargo, algo de tenaz permanencia.

Cerca de los dos estudiantes un hombre, muy beodo, comía caldo de cabeza. Los sesos del cordero blanqueaban, pálidos, en sus cavernas de hueso. Un ojo sin párpado, sumergido a medias en el caldo, relucía con la fría inmovilidad de los ojos de los pescados o de los

difuntos. El hombre tomó el caldo, comió los sesos, comió el ojo, agachado sobre el plato, ajeno a la palpitación que bullía en torno. Cogió después el trozo de cráneo, casi mondo, y empezó a chupar las concavidades.

El ruido de los labios, intubándose golosamente en los intersticios del hueso, levantó protestas. Partieron si-seos de varias mesas.

...*muy colosal, y original*...

Allá lejos, sobre el proscenio, la gelatina seguía chorreando fadeiros. El borracho, embelesado con su hueso, hundido en su oscuro mundo, se despreocupaba. Las chupadas fueron *in crescendo*.

Alguien gritó de pronto:

—¡Deja el hueso a los perros, desgraciado!

El hombre levantó de golpe la cabeza. Miró, furibundo, hacia todos lados, buscando al agresor. Pero los torpes ojos apenas si consiguieron observar espaldas indolentes, cándidas nuca, inocentes perfiles. Mohíno entonces, y como asombrado, dejó caer el hueso en el plato.

—¡Córrete, chinche! —dijo.

Y se bebió una gran jarra de vino. Luego miró fijamente a los dos muchachos que le contemplaban con curiosidad. Y sin despegar la mirada del Chino Domínguez, repitió:

—¡Córrete, chinche!

El Chino, afirmado en el mesón, susurró con alegre ironía:

—¿Qué es lo que le pasa, maestro?

El Oso, sentado en un bajo taburete, bostezó.

El borracho afirmó ambas manos sobre la mesa, se levantó con esfuerzo y vino hacia el muchacho. En las pupilas turbias relampagueaba la ira. Durante largo rato

contempló fijamente las gafas cuyos rápidos, cambiantes reflejos le impedían ver lo que se movía detrás. Por un instante la risa le alzó las rojas mejillas. Pero la imposibilidad de adivinar la expresión que ocultaban las gafas lo inundó de furia. Inclinandose sobre el Chino, que pareció empequeñecerse, le echó en el rostro el tufo de vino, y silabeó, provocativo:

—¡Me car-gan los pi-jes de an-te-o-jos!

El Chino se aplastó aún más contra el mesón, y miró, temeroso, al compañero. El Oso levantó ostentosamente la formidable estatura, y con el dorso de los dedos papiroteó la nariz del borracho, haciéndolo tambalear. Cogiólo en seguida, fuertemente, por uno de los brazos, y lo enderezó, aproximándolo a escasos centímetros de su rostro.

Junto con las palabras saltaron gotitas de saliva:

—¡Y a mí me cargan los jetones que comen ojos! ¡Ya, barata! ¡Ahueca!

El individuo palideció. Adelantó el pecho, altanero, pero instantáneamente refluyó el alarde. Torció los hombros, yéndose, y una mano entonces le cayó encima de la espalda, sujetándolo.

Era el Abuelo. Cortesana y altivamente, hinchado el tórax, alzada la testa de mosquetero, recitó con voz campanuda la vieja invocación caballeresca:

—“Nosotros, que solos valemos tanto como vos, que juntos valemos más que vos, os prometemos fidelidad e obediencia si cumplís con nuestros fueros e derechos. ¡E si non, non!”

Y en seguida, empujando rudamente al hombre:

—¡Y ahora, mostrenco, vuela!

Desprendióse el borracho del grupo, atemorizado y confundido por las palabras que se le antojaron incom-

prensibles. Volvió a su mesa. Iba y venía gente, rozándolo, empujándolo. El hombre tambaleaba, inclinándose hasta el límite mismo del equilibrio. Permanecía algunos instantes casi horizontal de cintura arriba, a punto de caer, los ojos adormecidos, olvidado de todo. Pero se enderezaba, con persistencia de muñeco porfiado.

—¡Córrete, chinche! —tartajeó una vez más.

Rió de pronto, estrepitosamente. Y calló de golpe. Luego se derrumbó sobre la mesa, dormido.

El Abuelo paseó la mirada de gerifalte por encima del tumultuoso mundillo. Humo, sonar de vasos, gorgoriteo de botellas, ruido de cucharas. Y olores capitosos, olor a vino, a viandas, olor a hembras.

Llevó la mano al pecho el Abuelo, y extrajo un pañuelo que acercó a las narices. El aleteo de la prenda dejó en el aire leve rastro de perfume.

Y aspirando con sensualidad el aroma:

—Señores —dijo—, ¡hemos perdido nuestro último maravedí! ¡Chino y Oso amigos, vámonos, vámonos de esta repugnante taberna!... Aunque lloremos no nos fiarán el zumo divino. ¡Vámonos a la Legión! Allá, *Sesostris*, el viejo *Sesostris*, amparará nuestra momentánea indigencia. ¿Qué hora tienes, Chino?

El Chino dio un salto;

—¡Diablos! ¡Las diez de la noche! ¡Vamos!

Y cogidos del brazo los tres estudiantes salieron a la calle. Fueron por Caupolicán hacia arriba. Había olor a lluvia en el aire, olor a residuos vegetales, a coles podridas.

En la esquina de Maipú un tortillero, con su canasta y su farol, les susurró al pasar:

—¡Sánguches, caballeros!

Y el Abuelo, haciendo tintinear unas llaves:

—¡Un rayo te parta!

Entre Freire y Maipú, en mitad de la cuadra, por la puerta iluminada de un bar escapaban hacia la noche las notas estridentes de una orquesta.

El Abuelo pasó monologando:

—Con el Piloto, nada... Longanizas frías, papas crudas, jinetes, pesquisas... y candidaturas. ¡Puah!... ¡Vamos, rufiánes, que llueve!

Al torcer por Barros Arana, empezó a llover. Una lluvia menuda y helada, transminante, velando el resplandor de los avisos luminosos. Los tres muchachos se alzaron las solapas de los sacos. El Chino guardó los anteojos. Explicó:

—Cuando se mojan, veo menos, nada casi.

—Pero estas tortas, ¿las ves?

Y el Oso indicaba en las ventanas del Palet unas tortas monumentales.

El Chino hizo crujir los dientes.

En frente, los tilos descarnados de la Plaza entrechocaban sus ramazones impelidas por el viento. En lo alto del edificio municipal el reloj público daba como de costumbre una hora disparatada. Los automóviles de alquiler circundaban la Plaza, esperando noctámbulos, beodos, llamadas misteriosas.

Más allá, bajo la luz roja de una farmacia de turno, alguien golpeaba. La luz unicolora y la llovizna le bañaban el rostro, las ropas, con su barniz opaco, fantasmal. La figura, esmirriada y como huidiza, parecía esfumarse a ratos. El Abuelo, al reconocerla, paró en seco el rápido tranqueo.

—¡Es el chico Navarro! —dijo—. ¡Pasemos al otro lado! ¡Que no nos vea!... ¡Yo sé por qué me lo digol

Su voz había perdido énfasis y arrogancia; trasuntaba piedad, misericordia. Los otros miraron, asombrados. El Abuelo los cogió de los brazos, y les obligó a cruzar la calzada. Pasó un automóvil; los focos arrancaron al mojado pavimento reflejos de fríos, bruñidos metales.

Desde la esquina de Colo Colo, yendo hacia O'Higgins, vieron en medio de la cuadra una gran mancha luminosa sobre la acera: las mamparas, todavía abiertas, de la "Legión Militar y Naval".

Y partieron a la carrera, mojándose más y más.

LOS TÚNELES MORADOS

—¡BUENAS NOCHES a todos!

—¡Menos a uno!

—¡Salud, Oskar!

—¡Qué hubo, Chino!

La Legión era una bolsa de chicharras. Oscura, vasta, de muros tenebrosos. Había en cierto rincón una mesa de billar con el paño zurcido en punteados costurones. En otro, una escalera conducía a lóbregas alturas.

La estantería de un bar limitaba el pésimamente alumbrado primer plano. Más allá negreaban misteriosos interiores.

El Abuelo culebreó por entre las mesillas repletas de bulliciosos parroquianos, sin atender a las insistentes invitaciones.

Detrás del mesón un enano rubio de patillas rizadas y enorme calvicie secaba copas.

Se torció el Abuelo por encima de la cubierta. Brillaron sus cabellos constelados de lluvia.

—*Sesostris* —dijo—, ¡fíame una botijuela!

El enano levantó las cejas; la frente se le llenó de arrugas; abrió desmesuradamente los ojos; llevó primero un dedo a la boca plegada, y luego señaló hacia adentro. Movié después, negativamente, la cabeza de melón.

En el borde vertical de la estantería asomó un rostro vinagre:

—¡Manuel! —dijo con severidad—. ¡No acepte cuentas, todo al contado! ¡Usted me responde por las trampas!

El Abuelo se irguió, ofendido.

—¿Cómo es eso, mi señor don Camilo?

El vinagre abandonó su escondite y salió hacia la luz, empujándose maquinalmente los tiesos puños de cartulina que a cada momento se le deslizaban hasta las muñecas. Era un sesentón agrio, de pómulos rojos, levantados, y pelo y bigotes de escobillón. Rígido cuello de goma amenazaba estrangularle.

—¡Sí, señor! —gritó, enfureciéndose—. ¡Todas las noches me tienen casi hasta la madrugada, trasnochando ahora que estoy enfermo, y discuten, y pelean, y cantan, y encima no me pagan! ¡Si no fuera por los socios que vienen en las tardes, clientes como ustedes me arruinarían!

Y agregó, congestionado por la ira y el cuello de goma:

—¡Manuel, cierre las mamparas, y que nadie más entre!

Y volvióse a su alvéolo, detrás de los estantes cuajados de botellas.

El enano rubio volvió a alzar la maraña de las cejas, resignado, filosófico, y salió a cumplir la orden. Al pasar junto al Abuelo le deslizó un billete, que aquél guardó ceremoniosamente en un bolsillo del chaleco.

El Chino y el Oso, sentados a la mesa del llamado Oskar, escuchaban en silencio las palabras apasionadas de Martinelli.

—¡Si es cosa hecha, compañeros! ¡Hecha! ¡Esta otra semana, a más tardar, estallará la revolución!

Oskar arqueó los labios en mueca sardónica.

—¡Charlatán! —dijo—. ¡Eso eres! Desde hace años vienes diciendo lo mismo. Te emborrachas con vino y con palabras, hasta intoxicarte. ¡Qué sabes tú, a pesar de las leyes que estudias! No veremos nosotros la revolución... El camino es demasiado largo y difícil. Faltan hombres. El espíritu revolucionario del chileno, más romántico que estrictamente científico, todavía no cuaja en este frío país de poetas y radicales, de aristócratas soberbios e infelices arribistas. El pueblo...

—¡Vendido! —lo interrumpió Martinelli con violencia—. ¡Ten cuidado con lo que dices!

—¡Y bien, sí! —dijo Oskar, mesándose con arrogancia las tupidas y crespas melenas—. Acaso haya perdido la fe. Acaso nunca la tuve. Estoy cansado de andar haciendo el ogro. Si se presenta la oportunidad, ¡me vendo a la burguesía!

—¡Puah! —escupió Martinelli.

En la mesa vecina, un jovenzuelo de fríos ojos azules en el rostro tostado, de frente quebrada y finos labios despreciativos, escuchaba con interés la discusión. Le acompañaban dos individuos de apariencia juvenil, pero de rasgos marchitos. No eran estudiantes al parecer. A nadie saludaban, y la alegre pandilla no los tomaba en cuenta.

—¡Calma, señores, calma! —El Abuelo tendía manos paternales sobre la exaltación que amenazaba volcar las copas vacías—. Oskar, te conocemos, no eres precisamente un traidor, sino un resentido. Tienes mujer y chiquillos, y en el diario apenas ganas lo suficiente para malalimentarlos. Naturalmente, debe dolerte el que te pongan por tanto imbécil adocenado. Pero lo que acabas de decir es una solemne estupidez. Ni la pequeña burguesía de esta ciudad fenicia tendría en ti confianza, ni tú

podrías aclimatarte en el servil oficio de halagarla... ¡Un momento!

Y batió fuertemente las palmas. Vino el enano rubio. Sacó el Abuelo el billete, ostentosamente, y lo tiró sobre la mesa.

—Sesostris —dijo—, ¡eres el hombre feliz, trae dos botellas de tinto, y te guardas el vuelto!

Luego clavó el índice en dirección al llamado Martinelli:

—Y tú, pájaro loco, pichón de sociólogo, todavía no te limpias los mocos del romanticismo anarquista que infestó la generación estudiantil del año veinte... Bien, ¡salud!

Bebieron. Martinelli, disgustado. Oskar, sin perder la actitud ampulosa. Era éste un individuo alto, enjuto, de grandes espaldas. Sus ropas se mostraban raídas, pero mantenía el ingenuo orgullo de la camisa limpia.

—Tú —continuó el Abuelo mirando a Martinelli— caíste en el pozo del anarquismo, y de allí no saldrás. Tu individualismo te condena a no traspasar la frontera desde donde arranca la dialéctica... Quisiera verte recibido de abogado, sacando a delincuentes de la cárcel, aplastando a deudores míseros, anulando matrimonios... Para mí, y te digo que hablo desde un punto de vista estrictamente personal, tu posición es trágica.

Martinelli se revolvió en el asiento como *bull-dog* encadenado.

—¡Cállate, imbécil! —gritó—. ¡Bajo la melena revolucionaria escondes sesos de burgués! ¿Quién eres tú para calificar mi estructura ideológica?

—¿Yo? —preguntó tranquilamente el Abuelo—. Con éste y con este otro —y señaló al Chino y al Oso—, más que estudiantes de Medicina somos de Biología...

El contacto directo con la vida celular no nos distancia grandemente de la triste y desdichada célula que es el hombre. En su defensa y sobrevivencia, ¡ójelo bien!, en su defensa y sobrevivencia ponemos todo el fervor y la pasión que...

Oskar cortó la frase con ruidoso bostezo.

—Eres un palangana, Abuelo —dijo, y volvió a bostezar—. Dime, ¿de dónde sacaste dinero?

En el rostro cambiante del Abuelo apareció misteriosa expresión.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Estuvimos en Montecarlo! El Oso pudo...

Lo interrumpieron violentos golpes dados en la mampara. En un extremo del mesón asomó el rostro acre de don Camilo. Sesostris miró hacia el cielo, arrobado en la contemplación de imágenes internas, y cerró los ojos sin abandonar el secado de la copa que tenía entre las manos.

Las conversaciones, interrumpidas por brevísimo instante, se reanudaron en todas las mesas. Los golpes sonaron de nuevo, furibundos. Un estudiante sentado cerca de las mamparas, un peruanito meloso y barbilampiño, de grandes quijadas pálidas, se levantó para desatracar la puerta.

Nadie escuchó el grito del hosco don Camilo, el grito que una racha de viento arrastró hacia los negros interiores.

En los umbrales apareció un muchacho descubierto, sin abrigo ni perramus. El agua chorreábale los cabellos, las ropas, brillando en sesgados estratos bajo el resplandor de las magras bombillas.

—¡Pulpo! —dijo el peruano—. ¡Hombre, te has hecho una sopa!

El llamado Pulpo se sacudió como un perro, agitando los brazos. Saltaron gotas en todas direcciones. Brincó el peruano, y se asomó a la puerta. Regresó, asombrado.

—Hermanos —dijo—, llueve a cántaros.

Vino el Pulpo hacia la mesa del Abuelo. Cogió una botella y la miró al trasluz. Vacía. Cogió la otra, e hizo lo mismo. También vacía. Metió entonces el muchacho las manos en los bolsillos, y sacó billetes a puñados.

Brillaron las pupilas de los circunstantes.

—¡Pulpo! —habló el Abuelo sin perder empaque—. ¡De seguro has robado un Banco!

El Pulpo continuó silencioso. Era un muchacho flaco, desaliñado, de grandes orejas y acentuado prognatismo. Al sonreír veíasele salpicado de oro el borde de los dientes inferiores. Y ahora, en medio del grupo expectante, alisó cada billete, de uno en uno, con el canto de las manos, formando fajos que guardó en diversos bolsillos. Sólo entonces pareció reparar en el corro.

—¿Ahh? —preguntó—. ¡Nada, Abuelo..., esa ruleta, donde el *croupier* del cogote chueco! ¡La hice saltar! ¡¡Y arranqué!!

Y gritó a voz en cuello:

—¡¡Sesostris..., dos docenas de maltas!!

El grupo ovacionó:

—¡¡Viva el Pulpo!!

Vino el enano rubio, mohíno, azorado.

—Señor Raúl, el patrón exige pago al contado.

—¿Cuánto es?

—¡Tanto!

—¡Aquí está, y rápido, viejo..., mira que el peso de los billetes me ha secado el gaznate!

La obscura cerveza espumeó en las jarras.

—¡Salud, viejos!

—¡Viva el Pulpo!

El grupo crecía.

—¡*Sesostris*, otras dos docenas...

—¡¡¡Viva el Pulpo!!!

—...y chupe de guatitas!... ¡¡Para todos!!

—¡¡¡Viva el Pulpo!!!!

Iba y venía el enano rubio, con jarras y botellas. Alguien juntó dos mesas. Un corro de estudiantes, ocho o diez, se anilló en apretado, bullicioso enjambre.

Llegaron el pan, el ají, los platos humeantes.

Martinelli comía sin abandonar el gesto de ofendido, y de rato en rato lanzaba sobre Oskar ojeadas iracundas.

El peruano dejó escapar estrepitoso eructo.

—Pulpo —dijo—, ¡pero qué retebién que sabe esta pendejada!

Apareció misteriosa, turbadora expresión en las pupilas del Oso. Se inclinó hacia el Chino, sentado a su lado, y le susurró junto a la oreja:

—Quiero decirte algo muy importante...

El Chino Domínguez se puso tenso. Ligerísimas arrugas de ansiedad, de expectación, de temor, todo a la vez, le recorrieron la frente levemente sudorosa.

—Chino, no me digas no... ¡Toda mujer desnuda es una catedral gótica al revés!

El Chino Domínguez soltó los brazos y las cejas, desalentado profundamente. Pero al instante volvió a contraerse. Observó con detención los rostros enrojecidos por incipiente embriaguez. Nadie pareció reparar en su repentino sobresalto. Ni en el súbito dominio del mismo.

El Oso pareció tranquilizarse. Encendió un cigarri-
llo, y bebió largo trago de cerveza. Su plato permanecía intacto.

—¡Oso! —gritó Martinelli de pronto—. ¿Por qué no comes?

No hubo respuesta.

—¿Me cedes tu plato?

—¡Cógelo!

Y al cabo de un instante:

—No necesito alimentos. Soy faquir. ¡Aquí está mi talismán!

Y mostró una lupa diminuta.

El bullicioso corro enmudeció. Por las pupilas del Oso cruzaban dementes, alucinantes reflejos. Se pasó la mano extendida por el rostro, cerrando después el puño en el aire, y soltando luego los dedos, sacudiéndolos, en actitud de desprender algo viscoso, repugnante. Y sonrió.

—¡Tonterías! —dijo—. ¡No sé qué diablos me ocurre a veces! ¡Se me figura que me andan persiguiendo! ¡No se preocupen!... A ver, Biuret, ¡rájate con una de tus versainas!

Rió silenciosamente el aludido, quebrando la tensión. Era estudiante de Farmacia, de ademanes tímidos y sigilosos, como de gato. Crecía entonces, al parecer, pues la chaqueta le iba quedando corta. Empezó a hablar, sin énfasis, con monotonía. Y sin embargo la expresión se le volvió de pronto picaresca, nada más que por el influjo movible de las cejas:

*Era un día de calor,
y el gran Toro Ferdinando,
el mejor reproductor
que en la hacienda iba quedando,
se consumía de amor...*

*(Su olfato no lo engañaba;
mugía con insistencia,
y aunque encerrado él estaba*

*presentía la existencia
de una vaca que soñaba.)*

*Contra su ímpetu... ¡nada!
¡Sucumbe la recia puerta
de tres o cuatro cornadas!
Y una vez que estuvo abierta,
va veloz donde su amada.*

*No refrena la carrera
por más que ella esté encerrada.
Ensayas vueltas por fuera.
¡La cerca está electrizada,
y el Toro se desespera!*

*Ansiando estar a su lado
un bello salto efectúa.
Roza el vientre el alambrado,
que era muy alto ¡y de púa!,
y cae adentro, parado.*

*La vaquilla se le acerca:
—¿Sois el Toro Ferdinando?,
le pregunta sin ser terca.
Y él le responde, llorando:
—¿El Toro?... ¡¡quedó en la cerca!!*

Un aluvión de risotadas sacudió el local. Asomó el rostro don Camilo, sorprendido y temeroso. A *Sesostris* se le cayó la copa de turno, haciéndose pedazos contra el piso.

—¡Idiota! —gritó el viejo, enfurecido.

Y sacando una libretilla hizo cierta anotación. El enano rubio tragó saliva, pero en la frente amelonada corrió un rizo de irónicas arruguitas.

El Abuelo reía sin extraviar la compostura. El peruano, beodo ya, se cayó de la silla. Martinelli continuaba hosco, y miraba rencorosamente a Oskar, que fumaba, imperturbable, a grandes chupadas, una colilla.

El Pulpo vació la jarra y se levantó.

—Ahora, borrachines —dijo—, si nos quedamos aquí nos vamos a curar hasta las patas. ¿Alcanzamos donde las *vampis*, eh?

—¿Cuánto te queda? —preguntó el Abuelo.

—Lo suficiente para hacer cantar a un ciego. No te preocupes, Abuelo. ¡Estoy sobre los quinientos!

Y el Pulpo se golpeó ampulosamente el pecho.

—Espera —susurró el Abuelo—, ¡pasa doscientos!

El Pulpo frunció los labios, molesto. Nada dijo. Luego metió una mano en un bolsillo, hurgó un instante, y tendió por debajo de la mesa el puño contraído. El Abuelo cogió los billetes, guardándolos con displicencia.

—Bien —dijo—. ¡Arriba, mulas! Antes de caer al burdeleo, vamos donde Miguel el *Piadoso*. ¡Canta allí una colorina, y baila casi en cueros! ¡Diablos, con este frío! ¡Brrr!

Y tiritó.

Hubo restregar de sillas. Y tambaleos. La cerveza llegaba ya hasta las piernas.

Oskar se levantó, trastabillando, y se acercó al mesón. Miró fijamente a *Sesostris*. El enano empezó a pestañear rápidamente, sin despegar las pupilas de la mirada taladrante.

—¡Un paquete de *Joutard*, hermano! —dijo por fin Oskar.

Sesostris sonrió con aire de complicidad, y se volvió para coger los cigarrillos de la estantería. Oskar tendió en ese mismo instante una mano, y la retiró con un vaso atrapado bajo la palma. Con la otra recibió dos cajetillas —una clandestina— que le alargaba el mesonero.

Pagó dificultosamente, juntando monedas. Don Camilo observaba desde lejos, con gravedad, huraño, sin reparar en el audaz escamoteo.

Cuando Oskar regresaba hacia el oscilante grupo que se apretujaba en el umbral de la salida, fue detenido por el jovenzuelo de ojos azules.

—Señor, necesito hablar con usted. ¡Aquí está mi tarjeta! ¡Búsqueme! ¡Le conviene!

Oskar, silencioso y despreciativo, guardó maquinalmente el pedazo de cartulina. Y se fue sin despegar los labios.

El grupo, detenido tras las mamparas, no osaba salir.

Llovía a torrentes. El agua corría por las cunetas, retorciendo fugaces hebras de luz, perdiéndose en la obscuridad inmediata para reaparecer un poco más allá, culebreando como una víbora inagotable de misteriosos anillos fugitivos.

El Oso miró súbitamente al Abuelo con ojos enloquecidos por el miedo.

—¿Oíste?

—¿Qué?

—¡¡Los silbidos!!... ¡Dios mío, ya vienen!

Y salió corriendo bajo la lluvia, desprendiéndose violentamente del Chino, que trató de sujetarlo.

La mayoría de los muchachos, poseída de avanzada beodez, no prestó atención a la desatentada fuga. Solamente el Chino, alzándose las solapas del vestón, sacó la

cabeza hacia la noche en actitud de avizorar la calle esfumada por el ceñido y obscuro velo del agua.

—Te vas a emparar, Chino —dijo el Abuelo—. ¡Déjalo! ¡Nada se puede hacer! ¡Psicosis maníacodepresiva! ¡Pobre Oso!

—¡No! —tartajeó el Chino—. ¡No puedo dejarlo solo!

Y guardando cuidadosamente las gafas salió también corriendo en seguimiento del fugitivo. A poco, la temblorosa silueta fue tragada por la líquida, brumosa perspectiva.

Vino un coche como resbalando por la calle inundada y se detuvo fiente a la puerta. La grupa de los jamelgos relucía bajo el fino y helado barniz del agua. En el pescante, el cochero, enfundado hasta los ojos en copiosas mantas, observó, desconfiado, el desorbitado corrillo. Meditó un instante. Luego abrió una puerta del vehículo empujando la manilla con la contera del azote. El vientre negro del armatoste se preñó de risas, maldiciones, gritos, hipos.

Desde la obscuridad vino, rechinante, una voz de mando.

Era el Abuelo.

—¡Tira donde Miguel el *Piadoso*!

—¿Dónde?

—¡Un rayo te parta!... ¡Donde ese cabrón del "Moraleda"!

El coche empezó a rodar, perdiéndose en la noche. La tenue vibración del pavimento se apagó casi al instante bajo el golpe tenaz y despiadado del aguacero.

ESA CARTA

"QUERIDA HERMANITA:

Trascendido por grandes vacilaciones te escribo esta carta. No sé si alguna vez me decida a enviártela. Y es que la vida, a pesar de mi relativa juventud, me ha enseñado a no causar penas innecesarias.

Casi siempre resulta una tentación contar las congojas. Dice la gente que así se hacen menos duras. No sé. Puede ser. Pero creo, firmemente, que sólo dentro de nosotros mismos se hallan los elementos de la recuperación. Es necesario entonces encontrarlos, forzarlos hacia el centro de nuestras torturas, y diluirlas en los remansos de la esperanza. ¿Fe en lo divino? ¿Fe en lo humano? ¡Quién pudiera saberlo!

No sé, pues, si algún día conocerás estas palabras. Mientras, las escribo, recordando un tiempo antiguo, un tiempo que va y viene, un tiempo ondulante que penetra y vitaliza lo reciente con su soplo duradero, con su influjo inmortal.

¿Influjo inmortal? Perdón, mi buena Judith. Muy lejos de mi ánimo siquiera una sombra de soberbia. Quería decirte simplemente que el recuerdo no muere sino con nosotros, que el olvido es aparente, que nada de lo sucedido se destruye.

Duele recordar.

Si la pena nos corroe, y tratamos de salvar nuestro espíritu enlazándolo a un pasado feliz, duele recordar, pues el contraste resulta singularmente violento. Y, por el contrario, si un día, sumergidos en la alegría, en nuestro corazón clava su espina artera un viejo sufrimiento que creíamos desterrado para siempre, duele también recordar. Porque la alegría y el dolor se excluyen, y solamente los mentecatos pueden pensar que una gran felicidad se convertirá en desventura por la gravitación de su propia y exclusiva grandeza.

Pero ocurre que los sentimientos se confunden, se traban, y se influyen mutuamente. Y llega el instante en que no sabemos si estamos alegres o tristes, satisfechos o descontentos. Y esta extraña dualidad, al proyectarse fuera de nosotros, nos convierte en seres indiferentes, egoístas, cuando no crueles.

¿Qué hacer, entonces, para no sucumbir en los desiertos de la soledad y el desaliento?

Me parece que el sentimiento religioso —perdóname si lastimo tu acendrada creencia— no basta para llenar el vacío. Pienso lo mismo del amor, el amor que se satisface dentro de sus limitadas fronteras.

¿No crees que, acaso, una gran pasión consciente pudiera llevarnos en su vuelo y colmar con creces nuestra vida?

Una gran pasión consciente...

Me asalta íntimo, sigiloso temor. El temor, querida hermanita, de que no me creas enteramente sincero.

Pero lo soy. Estoy seguro de serlo. ¿Sabes por qué?

Porque en este mismo instante, cerca de mí, casi a mi lado, una mujer está muriendo..."

LOS TÚNELES MORADOS

EL LATIGUILLO viboreó a través del compacto, movable cañamazo de la lluvia, y dejó en la grupa de uno de los caballos fino surco que desapareció instantáneamente, lavado por los hilillos innumerables del agua.

El coche se detuvo, bamboleando, como trascendido por la embriaguez de los ocupantes.

Se oyó un glu-glu angustioso. Y una imprecación iracunda.

—¡Perro desgraciado!

Sombras perplejas, que pretendían inútilmente desarrollar embotadas agilidades, saltaron del coche para guarecerse bajo la visera iluminada del dintel. Ahí se apretujaron, oscilando al impulso de los movimientos de Martinelli, que se limpiaba, a grandes restregones, con un pañuelo, las chorreaduras del vómito con que el peruano le inundara, inesperadamente, los pantalones.

Bajó el peruano, tambaleando, y, sin preocuparse de la lluvia que lo empapaba, se afirmó en una de las ruedas traseras del coche. Luego, inclinaba y enderezaba el torso, como un ganso, en isócronas reverencias. Cuando el vaivén llegaba hasta el punto crítico de la estabilidad, abría la boca y soltaba gruesos chorros líquidos.

El Pulpo y los otros reían a gritos.

El último en descender fue el Abuelo. Y allí, bajo el agua, se enredó en colérica discusión con el cochero.

El viejo no cedía:

—¡Son veinte!

—¡Ni a palos, monseñor! ¡Diez!

—¡No, veinte!

—¡Quince, entonces!

—¡¡Veinte!!... ¡Tan caballeros que se creen, y me *buitrean* el coche!

—¡Aquí tienes, viejo ladrón!

Cogió el hombre los billetes, y luego de examinarlos cuidadosamente a la luz macilenta de los faroles de estearina, los guardó en algún lugar bajo las mantas bulles.

Silbó el azote.

El coche arrancó.

El peruano se fue de bruces sobre la cuneta. Antes que las manos solícitas del Pulpo y del Abuelo lograran alzarlo, el cuerpo lacio del muchacho alcanzó a represar fugazmente el agua que corría, endemoniada, por los cauces repletos. De allí lo extrajeron, chorreante, convertido en esponja.

Bailaron las cortas mamparas, y el grupo irrumpió bruscamente en el vasto local, junto al mesón del bar. Más allá, una pista de baile, obscurecida, con mesillas adosadas a los muros. Al fondo, el altillo de la orquesta.

Detrás del mesón se movía una hembra increíble, fenomenalmente adiposa, inflada como un manojo de vejigas. La papada, una ola sudada, gelatinosa. Seguía una arruga. Y otra ola, los pechos. Y una arruga más, acordada por sucio cintajo. Y otra ola, la panza. Más abajo, nada, lo invisible. Y los brazos desnudos, repulsivos, gruesos como vientres de tiburón. Y un moñito anémico, andinista solitario en la cumbre de una montaña de blanquecina mermelada fría.

La mujer sacaba cuentas, dificultosamente, lengüeteando la punta del lápiz. En cada dedo de cada mano mostraba, a lo menos, un anillo de similor. Apenas si reparó en los recién llegados. Los labios, extrañamente finos en el rostro mofletudo, se movieron cansados, despreciativos, como los de un ofidio agonizante.

—Pasen, no más, pasen... Aquí no se atiende.

El peruanito, llovido y chorreado como rata ahogada, no quitaba los ojos de la mujerota, sugestionado al parecer por el cabrilleo de los anillos. Lo sacudía el hipo, interminablemente, en contracciones espasmódicas; pero las pupilas, asombradas, entorpecidas por la embriaguez, se clavaban con idiotizada pertinacia en los grandes pechos vejigosos.

Rompió de pronto a reir, escandalosamente.

Martinelli seguía limpiándose los pantalones. Y barbotó con enojo:

—¿De qué te ríes, imbécil?

Pero no logró contenerse, y se unió al coro de las risotadas. La mujer, contagiada por la explosión, rió también, con inocencia. Sólo Oskar permanecía huraño, meditando.

Cruzando la pista desierta, vino desde el fondo en penumbra del pabellón un muchacho de barbas crecidas, canijo, los brazos abiertos en ademán de abarcar a la totalidad de los recién llegados. Habló ceremoniosamente:

—¡Se saluda a los caballeros!

—¿Qué te habías hecho, Vizconde?

—¡Dios, y esas barbas!

—¡Pareces un chivo!

—¡Ja..., ja..., hip!

El Vizconde inclinaba con galanura el torso esmirriado, e invitaba al grupo.

—¡Pasad, buenos burgueses!... Pasad, y no os arrepentiréis... ¡Mirad, que a mi mesa se ha sentado *la bailarina de los pies desnudos!*

—¿De veras?

Todos miraron ansiosamente. Y se acercaron al rincón sombrío.

—¡Estrella! —dijo la mujer—. ¡Me llamo Estrella! ¡Buenas noches! ¡Asiento!

Y apuró el vaso que tenía por delante. Batió palmas. Vino una camarera, una hembra huesuda, desdentada.

—¡Trae dos botellas de tinto, del bueno! ¡Yo invito!

—¡No es posible, *madame!* —se asombró el Abuelo—. ¡No nos ofenda! —y al cabo de un momento, como excusándose—: ¡También tenemos dinero!

La mujer lo contempló entonces, largamente, con mirada profunda y dulce.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—¡Abuelo! —contestaron simultáneamente el Vizconde y el llamado Biuret.

—¿Sí?... ¿Abuelo?... ¡Vaya! ¡Abuelo, no seas idiota!... ¡Siempre pago las primeras botellas!... ¡Ya pagarán ustedes las que vengan!

Gorgoriteó el vino obscuro. Luces distantes patinaron de rápidas vislumbres el chorro que manaba, a intervalos, de la botella hacia los vasos. La mujer escanciaba con destreza, doblemente esfumada bajo la penumbra envolvente y las brumas del alcohol.

Repentinamente se iluminó el rincón. Manejado desde lejos por invisible mecanismo, un tubo de neón esparció desde el muro cercano brillante claridad.

El rubí morado del vino rutiló en los vasos. Los claros ojos verdes de la mujer ardieron en chispas diabólicas, y su cabellera se incendió en resplandores de color de cobre.

LOS TÚNELES MORADOS

EN LA DESAMPARADA piel del rostro pugnaban tenaces fuerzas térmicas. Una, febril, venida desde adentro, de lo profundo, del tibio mar interno, de las células misteriosas, de la sangre espantada, quería salir y salía efectivamente en finísimas gotas arrastradas y desleídas al instante por el golpe inmisericorde y helado de la lluvia y el viento.

El muchacho corría enloquecido, jadeante, a grandes zancadas. En la primera esquina, saliendo de obscura, imprecisa oquedad, una sombra amenazante esbozó actitud de rechazo. El fugitivo se hurtó al peligro latente con imprevisto salto de costado, y huyó por en medio de la calzada despachurrando las movibles charcas que el aguacero formaba y desbordaba en las ligeras depresiones del pavimento.

Las nocturnas perspectivas aparecían como inmersas, y esfumándose, en la atmósfera pertinaz. Avanzaron de pronto, desde el fondo negro de la calle, dos grandes pupilas de crecientes resplandores. Por un momento la luz de los focos acusó los ondulantes y rapidísimos perfiles del agua que asaeteaba incansablemente el asfalto y reventaba en fugaces granadas al chocar contra la bruñida y chorreante superficie.

El viento atomizaba la lluvia. Una fría bruma, una envolvente y translúcida mortaja, degradaba la intensidad de los potentes reflectores, esparciendo la luz en ancha, difusa, ondulatoria pantalla. Recortándose contra ella y corriendo velozmente a su encuentro apareció la oscura silueta como negro insecto atraído por mortal designio.

Sonó repentinamente agudo bocinazo. El automóvil patinó al frenar. El fugitivo, como si despertara bruscamente de pesado embrujamiento, voló en salto prodigioso hacia la acera.

Desde adentro del vehículo lo persiguieron iracundas miradas.

Corría. Corría.

Evadido de la realidad, del mundo sensible, trabajado por misteriosas fuerzas psíquicas de inestable equilibrio, deshecha la conexión de cierta sutil armonía interna con la inmutable estructura del universo circundante, el muchacho escapaba hacia una zona oscura, enrarecida.

Los pensamientos yacían aniquilados. Apenas si el instinto lograba sugerir en el cerebro revuelto, caótico, sendas primarias de salvación.

La ciudad azotada por el vendaval, sus arterias desoladas, los grandes edificios muertos en la noche, todo eso, en fin, que de día se agitaba, temblaba y albergaba la pululante hormiga humana, sí, todo eso había desaparecido de la conciencia como barrido por una ola silenciosa e implacable. Sólo existía una senda insinuada, una dura huella desleída, un trasunto de lo que en cierta edad muy remota y ya olvidada fuera una calle poderosa y vibradora, cuajada de comercios, cines, bares, escaparates, y gentes que iban y venían, salían y entraban, curiosas, indiferentes, pensativas, en fin, viviendo.

¿Cuántas veces él mismo, incorporado a grupos de

picarescos estudiantes, parado en las esquinas o sentado en los alféizares de los ventanales tras los que lucían joyas, chucherías de diversa especie, o ropas, o comestibles, no vio pasar el río humano, muchachas sonrientes, bellas, feas, flacas, gordas; viejos que parecían gatos, o perros o ranas; viejas huesudas, viejas sopladadas, hombres tristes, hombres risueños, conscriptos, suplementeros, y hasta borrachos?

Nada existía ahora, ni el recuerdo. Sólo el vacío, sólo un espacio sin tiempo ni contornos, abriendo por delante del fugitivo caminos sucesivos hacia lo negro, hacia lo abismal.

Detrás, azuzando la despavorida carrera, un peligro devorante.

Corría, mojado hasta los huesos. Empero, las reservas fisiológicas almacenadas en misteriosos estratos soltaban sus jugos nutricios hacia la armoniosa y al parecer incansable red de músculos.

La fuga se volvió de repente áspera; las suelas rezumadas no se adaptaban ya a la lisa superficie del asfalto, sino a las pétreas escamas del adoquinado.

En cierto lugar la calle descendía en pronunciada ladera, llegaba al fondo de angulosa depresión y ascendía después hasta recuperar el nivel perdido.

El fugitivo bajó, subió, respirando ahora dificultosamente, sin registrar la evidente merma de la velocidad. El impulso psíquico de la huida mantenía la tensión inicial, pero el desplazamiento físico decrecía en vigor. Las ropas empapadas pesaban duramente. Los zapatos remojados eran dos moldes plúmbeos que martirizaban sin piedad los músculos.

Aparecieron de pronto en el campo obscuro los brillantes, paralelos, metálicos hilos de una vía férrea. Venían

desde cierta insondable y misteriosa profundidad, relucían un instante bajo vislumbres fantasmales de luces lejanas, y se perdían hacia lo invisible, hacia el fondo de la lluviosa noche embravecida.

Como tocado por repentino e ineluctable designio, el fugitivo cogió la nueva senda. La huida era ya apenas un trote cansino, pero hubo de acomodarse a cierto ritmo forzado, fatigante: el salto de durmiente en durmiente.

Uno dos... Uno dos... Uno-dos... Uno-dos... Unodós... Unodós...

Unodosunodosunodosunodós... Unodosunodosunodosunodosunodós...

El taladrante automatismo subía desde los pies hasta el cerebro, y terminó de dislocar el universo en ruinas.

Unodosunodosunodosunodosunodosunodós...

Un tropezón.

Una brutal caída.

Un desmayo mortal.

Y una luz cegadora, una trepidación creciente, una dura masa siniestra acercándose velozmente.

Un leve sobresalto.

En la cabina caldeada por las rachas que escapaban del hogar crepitante, los dos hombres cambiaron rápida mirada. Uno de ellos, un diablo negro, el fogonero, encogió los hombros enfudados en pringoso overol.

—¡Maldita sea! —gruñó—. ¡Ya nos echaron otro perro muerto sobre los rieles!

Se escupió las manos y echó una gran palada de carbón en el vientre infernal de la locomotora.

ESA CARTA

...“SÍ, QUERIDA Judith, una mujer muere ante mis ojos, una mujer a quien debo el reencuentro con mi antigua pureza, habiendo sido aquélla, singular paradoja, una mujer impura. Acaso no diga bien. Me cuesta tanto escribir estas palabras. Y todo lo que pueda decir o pensar no tiene importancia sino para mí.

Una mujer. ¿Para qué describirla? ¿Quién podría imaginar el rostro de alguien que no se conoce, que jamás se vio?

Ojos negros, sí. Ojos negros, amorosos, velados de melancolía sempiterna. Y unos años maduros, un otoño sereno y jocundo misteriosamente retenido al borde mismo del tiempo.

¿Demasiado sentimental? Sí, acaso. Pero ¿no crees que el sentimiento es raíz de vida, y el romanticismo, una de sus formas no desfigurada por falsas imágenes?

Vuelve a mi memoria el pasado, lo indestructible, lo persistente, la sucesión de elementos que han ido condicionando mi pequeña vida.

¿Te acuerdas del carpintero que trabajaba en el taller de nuestro padre, en la lejana Nueva Imperial, ese fornido y tranquilo muchacho venido desde Cholchol, a quien simplemente llamábamos Alberto?

De él recibí la primera enseñanza en verdad inolvidable.

Ahora, pasados los años, me doy cuenta cómo lo religioso en nuestro padre era una suerte de enfermedad aguda y lancinante. Cuando hablaba en el Culto, comentando el texto sagrado, sus barbas temblaban de febril exaltación. Parecía uno de esos implacables profetas del Antiguo Testamento, ajeno a toda flaqueza, sin humor alguno, sin piedad. Creo que de estar en su mano nos echara al fuego para purificarnos.

¿Exagero? Puede ser. Pero es que ese hombre de rigurosa, dura bondad, distorsionó los días de mi infancia en planos excluyentes. Uno, de impuesta, ininteligible e inconscientemente resistida devoción. Otro, imaginativo, rebelde, irreverente. A menudo la timidez me vencía y ambos planos se mezclaban en confusa intención.

En aquel entonces debo haber tenido no más de diez años de edad. Con otros chicos de la vecindad pateábamos pelotas de trapo en la calle polvorienta, encumbrábamos volantines, rompíamos los bolsillos con el peso de las bolitas o las púas de los trompos.

Cándida, unicolora vida provinciana.

Los *pacos azules* encendían al atardecer los faroles a parafina.

Las carretas pasaban con maderas, con sacos de trigo, con mapuches borrachos.

Caballos amarrados a las soleras frente a las puertas de los negocios.

Perros.

Giró de pronto ese mundo en que lo maravilloso y lo prosaico se penetraban mutuamente.

¿Recuerdas a la Chela Pérez, la esmirriada hija del sargento de policía que vivía a la vuelta de la esquina?

Caco Gavilán, Ciro Riquelme, Chalupa Gutiérrez, y tantos otros rapaces, alumnos del señor Paredes, caímos al retortero.

Me resulta extraordinariamente difícil, tal vez imposible, analizar mis pensamientos de entonces. Ni en mí ni en ninguno de los otros tunantillos asomaban siquiera los brotes de la pubertad. Y sin embargo la muchachuela nos atraía como el candil a las polillas.

Dejamos de gandulear. La incipiente coquetería de la enclenque casquivana nos volvió desconfiados, sigilosos, reticentes. Caco Gavilán llevaba las de conquistar la preferencia. Nunca supe de dónde sacaba el maldito ciertas masas de alquitrán que transformaba en negras, relucientes, grandes esferas con las cuales iba ganando la voluntad de la ingrata.

Yo nada tenía. Sólo una hermosa pelota verde que mi padre me regalara por Navidad.

—¡Dámela! —me dijo cierto día la muchachita.

Se la tendí sin vacilar. Y me premió con honda, sostenida, lánguida y oscura mirada.

Me sentí derretido, fundido en espesísima jalea de felicidad. Todo el resto de la tarde me debatí tal una mosca untada en miel.

Después de la cena y su ofertorio ritual mi padre hízome ir al taller. Nunca trabajaba de noche y fue para mí en verdad extraño verlo con el mandil puesto, cepillando el canto de una tabla.

Ahí me mantuve respetuoso, esperando la ley de su palabra. Nada. Y el hombre, cepilla y cepilla. Por la cavidad de la garlopa escapaban las olas elásticas de la vira formando gráciles, olorosos arabescos. Trepaban un instante en el aire quieto, se enroscaban, se distendían, caían. Se me fue el pensamiento. El humilde espectáculo,

tantas veces visto y eternamente nuevo, me cogió en su coruscante fascinación.

De pronto no hubo más olas. La voz del hombre me trajo de golpe a la realidad.

—¿Dónde tienes tu pelota? —preguntó, severo.

Vi temblar sus barbas.

Voló mi miel. Me atraganté.

—Se la presté a la niña del vecino —dije por fin, un hilo en la voz.

El odioso individuo se revolvió, conminatorio.

—¡Que te la devuelva mañana a primera hora!

Y siguió cepillando la tabla.

Me olvidé de las virutas. Salí. Me desvelé esa noche, perdido en extravagantes conjeturas. Pensé en huir del hogar, irme lejos, tirarme al río, todo antes que reclamar la pelota. Bordeé los linderos de la desesperación. Pero vino furtivo y cariñoso el recuerdo de mi madre muerta, y se aquietó mi congoja.

Alberto, el ayudante del taller, vivía con nosotros en un pequeño cuarto interior. Se levantaba de alba y salía en misteriosas excursiones. Decía que a tomar leche recién ordeñada, pero nunca me permitió acompañarlo.

Aquella mañana, como de costumbre, lo escuché salir. Me levanté, sigiloso, y penetré a escondidas en su habitación. Escudriñé sus ropas domingueras, sus míseros trastos. En un cajón del veladorcillo encontré lo que buscaba. Dinero. Y sin cargas en la conciencia, olvidado de sermones y mandamientos, me apoderé de dos gordas monedas de a peso.

Salí a la calle. Estábamos en el corazón del verano. El sol subía a prisa, y el relente, evaporándose, formaba translúcida niebla. Pasaban en fila interminable las carretas madereras rumbo a las canchas de la estación.

Bueyes cansinos, carreteros polvorientos, perros acezantes.

Me encaminé hacia el almacén de Madama. Ahí estaba la vieja, barriendo, con sus grises bigotes de foca y su horrible colmillo de oro, ruda, avara, esperando clientes desde muy temprano.

Escogí una pelotita.

—¿Cuánto? —indagué.

—¿Es curiosidad?

Mostré mis dos monedas.

—Ah..., ¡un peso cuarenta!

El diente de oro partía las eses que zumbaban como zetas.

Pagué, recogí el vuelto y, al salir, una advertencia de la vieja me heló la sangre:

—¡Dile a tu padre que antes de andar botando el dinero se acuerde del fiado pendiente!

Trascendido de amargos pensamientos monté guardia en la esquina. Apenas asomó la muchachilla:

—Chela —rogué—, ¡devuélveme la pelota, te la cambio por ésta, mi papá se enojó mucho!

Rió la coquetuela.

—*Al que da y quita le sale una corcovita debajo de la colita.*

Volvió a reír. Me dieron ganas de patearla.

No cesaban las risas. Mas, de pronto, se tornó seria.

—Ya no la tengo —me habló, despreciativa—. ¡Se la cambié a Caco por una cosita linda!

Y entróse, altanera y ofendida.

Busqué a Caco Gavilán.

—La pelota que te dio la Chela es mía. ¡Devuélvemela!

—¿Qué pelota? —mintió el bellaco.

Soslayé la negativa.

—¡Te la cambio por ésta!

—¡No! ¡Es muy chica!

—¡Te doy encima sesenta centavos!

El soborno lo decidió. Recuperé mi pelota. Volví a casa. Ante la muda interrogación de mi padre la saqué del bolsillo con afectada indiferencia.

Y me puse a cepillar tablas, furiosamente.

En la tarde de ese día vagabundeé por las lomas del Alto, alcancé hasta el cementerio, regresé, sin reparar mayormente en el extenso, familiar panorama, el valle del Cautín por un lado, del Cholchol por el otro, la apacible confluencia de los dos ríos, las distantes alturas de Nahuelbuta esfumadas en la lejanía.

Ahora, mientras te escribo, con veinticinco años de excesivas experiencias en el alma, pienso en ese paisaje con angustia recóndita. Algo en mí ha permanecido indestructible, algo de esa soledad, algo de esos vientos azotando los lomajes desnudos, algo de esas lluvias casi eternas. No sé...

La cena empezó esa noche con el rito acostumbrado, tan repetido y monótono que ya no podía concederle importancia alguna. Gachos los ojos, juntas las palmas en actitud de simulado recogimiento, mi espíritu vagaba sin rumbo. Y podría repetir, no obstante, palabra por palabra, la oración que el hombre murmuraba transido de fe:

—¡Gracias te doy, mi Dios, por este alimento que me ofreces para mi diente!... ¡Esta sopa, este pan y esta agua me servirán para prolongar mi vida un día más, un día más, mi Dios, y bendecir tu santo nombre!

Terminado el magro yantar, el hombre me hizo ir otra vez al taller. El temido gesto profético apareció en el largo, sarmentoso índice acusador, en las pupilas relam-

pagueantes, en las barbas trémulas, contrastando con la falaz dulcedumbre de las palabras:

—Se me ha dicho que usted, caballerito, esta mañana ha andado de compras. Nada tendría de extraño si yo le hubiera dado dinero, pero, que yo recuerde, no hay un centavo en casa. Estamos pobrísimos. Todavía no me pagan los estantes, y el caballero dilapidando... ¿Eh?

Creció, súbito, la ira mosaica.

—¡Di, malvado, de dónde sacaste ese dinero!

Mi conciencia se replegó. Tenía que defender mi universo interior de ese tirano, de ese déspota minúsculo y severísimo. Desvié la mirada de los ojos taladrantes, no por temor, sino en busca de alguna explicación que me salvara del castigo.

Nada encontré.

—¡Habla pronto, bribón, si no te voy a arrancar la piel!

Me asusté de veras y dije lo primero que se me vino a la mente:

—Alberto me lo dio.

—¡Alberto! —gritó el hombre volviéndose hacia la puerta.

Vino el ayudante.

—¿Usted dio dinero a este niño?

Alberto me contempló tranquila, apaciblemente. Por su curtido rostro campesino vagó indefinible sonrisa.

—Sí, yo se lo di, patrón —dijo.

El viejo se mesó las barbas, meditando.

—De todos modos mereces un castigo —me amenazó—. Tanto por gastar dinero en lo que no debes, como por avergonzar públicamente a tu padre... ¡Sácate los zapatos!

Me descalcé. El individuo guardó bajo cerrojo mi calzado.

—¡Por una semana! —conminó.

No te extrañe, querida Judith, que su muerte, ocurrida poco tiempo después de estos sucesos, apenas si me causara aflicción.”

LOS TÚNELES MORADOS

POCO ANTES de llegar a la esquina el Chino Domínguez entró bajo el ancho alero protector de Los Grandes Almacenes.

Todo estaba obscuro, sombrío: los edificios, las calles, los muros tangentes, las hoscas cortinas de fierro ondulado.

El muchacho sintió de pronto los zapatos rezumantes, el agua fría empapando los calcetines, los pies pasmados. Mantuvo, sin embargo, la carrera, empujado por el designio imperioso de no perder las huellas del fugitivo.

Pero en la esquina salió un brazo de la sombra, un fuerte, poderoso brazo que lo detuvo con violencia.

Impelido por la velocidad, el Chino giró en redondo, proyectándose rudamente contra el aparecido. Sus manos resbalaron por una superficie mojada, escurridiza, inasible. El contacto, repentino e inesperado, lo hizo tiritar.

Era un guardia, un carabinero ceñudo y alerta, de pupilas penetrantes, metido bajo una manta de goma.

—¿Para dónde corre, amigo? —dijo por fin.

El Chino Domínguez, pasado el primer momento de alarma, recuperó el aplomo.

—Mire, mi cabo, soy estudiante, aquí está mi carnet; salí detrás de un compañero que está medio... —llevó un índice a la sien y lo hizo girar—... y acaba de fugarse

desde un grupo, desde allí mismo, desde la Legión, ¿no lo vio pasar? . . . , cuestión de segundos no más.

El guardia esbozó con el brazo vago gesto, señalando imprecisa dirección. Y se encogió de hombros.

El Chino corrió de nuevo en el sentido indicado, sin reparar en el furioso aguacero. Desde la esquina próxima avizoró, anhelante, las calles inundadas. Nadie. Sólo el viento y la lluvia, los focos mortecinos, las perspectivas brumosas.

El muchacho se hundió en confusa perplejidad. Se guareció en el umbral de una puerta con alta escalinata, y meditó. La desesperación que por un instante le invadiera se trocó en potente confianza.

—Allá debe estar —murmuró.

Y se fue, corriendo a trechos, a trechos andando, prudentemente apegado a los muros.

En Maipú, casi en la misma esquina de Ainavillo, se levantaba el ruinoso edificio de madera que los estudiantes llamaban pomposamente *El Palacio de Cristal*. Así lo bautizara uno de ellos, un iquiqueño, en recuerdo de famoso *bailongo* nortino y también por burlón contraste debido a que faltaba la mayoría de los vidrios en las desvencijadas ventanas.

Allí vivían, en los dos cuartos del segundo piso, el Abuelo, el Chino, el Oso y otro estudiante de Medicina apodado Barbón.

Entre el edificio y la acera mediaba un espacio de tres o cuatro metros de ancho. Primitivamente hubo una verja de madera. Desapareció después, podrida por la lluvia, o robada por los inquilinos. Como las construcciones vecinas seguían la línea de la acera, en los extremos del caserón se formaban dos sombríos rincones, malolien-

tes, donde orinaban los borrachos, los perros, los chiquillos.

Cuatro puertas se abrían en el frente. Una, del almacén de Benito Piccaluga. Otra, del Consultorio de Hortensia Jara, matrona. La tercera daba a la escalera del segundo piso. Y la cuarta, al clandestino de Pancho Canoga.

Saltando por sobre las charcas fangosas, el Chino Domínguez llegó hasta la puerta de la escalera. Apenas si demoró unos segundos en extraer el llavín, y dejó no obstante sobre el umbral extensa poza.

Luego trepó a tientas por la negra escalera. El crujido de los peldaños y el agua escurriéndose desde las ropas empapadas, por un instante lo inundaron de pavor. Pero se rehizo. La embriaguez persistía apenas como el deseo intenso de sentirse entre sábanas tibias y dormir, dormir densamente.

¿Qué hace, en qué piensa un individuo mientras sube una escalera en tinieblas? Acaso en nada. Pero puede ocurrir también que recuerde una vieja historia y se pregunte: "¿Cómo era esa vieja historia?" Y se responda: "Eso es, cuando conocí a la Teresita Bambach nunca le dije nada, ni tan siquiera aquella vez que se cayó del manzano en la quinta de la Matuczka. Pero ¿habrá llegado este Oso maldito?"

—No ha llegado —dijo el Barbón, y, abriendo los ojos—: ¿De dónde vienes, Chino? ¡Pareces un perro mojado!

El Chino fue hasta el ventanal mientras hablaba, y miró con apatía la noche furibunda. Volvió sobre los pasos. Sus pies chapaleaban dentro de los zapatos.

El Barbón, irónico, miraba desde el lecho, un libro en las manos. El Chino se desnudó y colgó las prendas

chorreantes en los clavos que servían de perchas. En el piso frente a cada clavo caían intermitentes hilillos de agua.

El muchacho se engujó con una toalla el torso, los brazos, las piernas. Luego abrió un baúl, metió allí las manos sin encontrar lo que buscaba.

—Te amolaste, Chino —dijo sardónico el Barbón—. La lavandera se llevó los calzoncillos y las camisas.

—Préstame los tuyos.

—Pero ¿es que vas a salir de nuevo?

—Tengo que buscar al Oso. Le puede ocurrir algo.

—Ah... ¡Ahí van!

El Chino atrapó diestramente, en el aire, la prenda, y se metió en ella como en una vaina muy holgada. Rió el Barbón.

—Chino —dijo—. O te faltan nalgas, o te sobran calzones. Tus posaderas no dan ni para una albóndiga.

Rió también el aludido, silenciosamente, desplazándose con agilidad. Fue a la pieza vecina. De allí volvió calzado.

—Suerte grande que el Abuelo tenga mi mismo número —susurró.

El Barbón no quiso prestar la camisa. Hizo las veces de tal una chaleca de lana. Sobre la estrafalaria ropa interior el Chino se colocó un terno flamante. Se endosó luego un perramus lleno de lamparones y una gorra de hule.

En torno, una mesa, dos sillas, repisas con libros, y, a lo largo de los muros, misteriosos paquetes envueltos en periódicos. En un rincón el lavabo común mostraba su cubierta roída y el espejo, viejo y trizado, como corresponde en la vida y en la literatura a un cuarto de estudiantes.

Fue hacia allá el Chino y se contempló con detención en la mortecina luna de azogue.

—¡Parezco poeta! —dijo, y rió de nuevo.

Pero un amargo pensamiento lo derrumbó sobre su lecho. En frente, siempre acostado, el Barbón fumaba sin soltar el libro.

—Voy a esperar un rato, a ver si llega este desgraciado —dijo de pronto el Chino con enojo. Dulcificó súbitamente la voz—: Desgraciado, sí, pero él no tiene la culpa... ¿Qué neuropático tiene la responsabilidad de serlo? —Y con repentino tono humorístico—: Cuenta, Barbón, cómo te resultó la ñata.

El Barbón dejó el libro sobre las cobijas y aplastó la colilla en un cenicero atestado de *puchos*.

—¡Como las reverendas..., Chino! Me costó un triunfo convencer al bachicha para que me fiara el cinzano y las galletas... "*No fio mi mercadería a chuscas, je qué se figura lo regazzo! ¡Volteando muquere en veza de estudiare! ¡Bona sera!*"... "Pero, don Benito, ¿alguna vez acaso le hemos embrollado algo?"... "*Alguna veza..., alguna veza, ¿e no ti ricuerda cuando me hicieron pagare tutto il spumante quèsta puta di la caramba?*"... "Pero hartó que manoseó a la rubia, don Benito, y se pasó de caballero..." "*Cavaliero, jeso sí! Nunca denigrar una primadonna; ¿e cuándo me invita otra veza?*"... Me vi dueño de la botella. "Yo le avisaré, don Benito, ¿me pasa la botella"... Bien, abreviaremos; la ñata tragaba el cinzano sin pestañear. Cuando la creí en adobo le tiré un *pial*, pero a la primera agarrada salió gritando: "*¡Señora!, ¡¡señora!*"... "Pero ¿qué le pasa, mi hijita? ¿No ve que todas las inyecciones duelen?"... "*Si no es inyección, ¡señora!... ¡¡señora!*"... Le abrí la puerta y escapó escaleras abajo. Me dejó con los crespos hechos. ¿Quieres un trago?

Cogió el Chino la botella y bebió largamente. El líquido, tónico y quemante, lo embriagó otra vez, sumergiéndolo en una forma de confuso estupor. Permaneció silencioso, taciturno, mientras los pensamientos fluían y refluían sin concretarse en imágenes.

Hasta los dos muchachos llegaba el azote obstinado del aguacero contra los muros y las ventanas. Nada más, nada sino la lluvia y el viento, la soledad y los recuerdos. En la memoria del Chino Domínguez se rasgaron de pronto las brumas y apareció una mañana radiante, un vaivén de oro sobre unas aguas poderosas, unas oscilantes aguas tutelares. ¿Dónde? Sí, en Iquique, en la lejanía dorada, en el enjuto país distante. Ahora el sol maduraba en astros rútilos, en rubios planetas destellando en medio del follaje verde sombrío. Vino súbita la palabra a iluminar el recuerdo que pugnaba angustiosamente por evadirse del letargo. Guayabas, sí, guayabas, en Pica, en el oasis milagroso. Y los naranjos, los limoneros, el aroma dulce y enervante del azahar, las Kochas lacustres, las aguas calientes y maternas, el desierto en torno, el territorio salino y calcinado. Apocalíptico.

¿Y ese rumor, ese golpe cadencioso, profundo? Era el mar de nuevo, la sostenida pulsación del oleaje en la playa de Cavancha. El sol, siempre el sol, rompiéndose en las masas cambiantes y veleidosas, reconstruyéndose en la altura caliginosa e insondable.

Se inició un desfile de sombras, unos rostros esfumados, desleídos en un tiempo de bruma. ¿De quiénes eran? ¿La madre acaso, el padre, los hermanos? Tal vez. Pero nada pudo precisarse. Sólo persistía el gran telón de fondo, la tierra quemada, inhóspita, el influjo del mar.

Desaparecieron de repente las imágenes internas, y un tenaz desconsuelo le oprimió el pecho.

—Barbón... —dijo.

El aludido se agitó en el camastro. Brillaron los ojos irónicos, apretados luego en actitud de intensa curiosidad.

—Barbón —repitió el Chino Domínguez—, ¿escuchas la lluvia? Hace ocho inviernos que me cae encima, por eso casi ya no la siento... Quiero hacerte una confesión. No vuelvo más a la Escuela. Mis padres han muerto lejos de mí, mis hermanos se han desbandado, estoy solo en la vida y he perdido la esperanza. ¿Qué esperanza? ¿Cómo he llegado a esta suerte de renunciamiento? Tú sabes, tengo un puestecillo en la Sanidad Municipal y eso me basta para vivir. El contacto permanente con las prostitutas, la ya tediosa inspección nocturna, el examen semanal, el fichaje de este infeliz mujerío, me han despertado una rebeldía latente... Rebeldía... ¡Ja..., ja..., ja!

La risotada cascabeleante se degradó en amargo suspiro.

—No tiene importancia ni valor alguno la rebeldía estéril, aquella que no va más allá de la actitud formal. A tal tipo pertenece la mía. Por eso río... Además, insensiblemente me he ido apartando de la disciplina y ya ni siquiera puedo estudiar. Como habrás podido observarlo, hace muchas semanas que no asisto a clases. Nunca seré médico..., ni tampoco el Oso. Acuérdate de lo que digo. Yo, por flojo e indisciplinado. El, por enfermo. La psicosis lo lleva rápidamente al aniquilamiento, y parece no darse cuenta. ¿Dónde estará en estos momentos?

—¡Pchs! —dijo el Barbón, despreciativo—. Resulta muy fácil determinar la trayectoria que siguió... Legión... Moraleda... London... Castillo..., a no ser que haya

descendido a los lupanares de Orompello... ¿No viste luces, al llegar, en la ventana de ese de abajo?

—¿De cuál? ¿Del Pancho Canoga?

El Barbón asintió tercamente con la cabeza. El Chino hizo tenaz memoria.

—Sí —dijo por fin, como recordando penosamente un hecho muy lejano—. Sí, y también en la ventana de la matrona. Extraño, ¿no?

—¿Extraño? ¿Y por qué? Esa gentuza trabaja más de noche que de día. No sería nada de raro que el Oso se haya metido en el tugurio del Canoga ese, a emborracharse como bestia.

—Barbón —reconvino el Chino Domínguez—, el Oso es desgraciado. No seas duro con él. Tal como yo, hace ya ocho años que estudia Medicina, y no hemos logrado salir del tercero... He conocido a su familia, además. El padre es hombre afectuoso, sencillo. Pero la madre, ah, una neurótica, una terrible avara, ahorra hasta en la alimentación de la servidumbre, constantemente formula despiadadas acusaciones al hijo por los gastos que ocasiona... Otra cosa, cuando Aurora casó con el profesor, en el Oso se ha acentuado la neurosis. Nosotros, sus compañeros, somos el único apoyo que le va quedando. A veces me produce angustia el ver con qué desprecio lo tratas..., Barbón, créeme, te admiro, admiro tu voluntad, tu devoción por la Medicina, el afán y el éxito de tus estudios. Pronto, el próximo año quizás, estarás recibido. Serás a no dudarlo un profesional capaz y eficiente. Pero cuida tu alma... Te asemejas al Abuelo en la inteligencia, en el brillo expresivo, en la densidad científica. Pero el Abuelo te aventaja en la calidad humana. Acuérdate, te enriquecerás, tendrás fortuna y prestigio. El Abuelo tendrá también prestigio, pero nada más. Es demasiado ge-

neroso. El gesto olímpico de que siempre hace alarde, el escepticismo que luce, son postizos. Acaso no otra cosa que el deseo subconsciente de disfrazar una ternura que pugna por volcarse rudamente hacia afuera...

Y al observar el gesto contrariado del Barbón:

—¡Perdóname! —susurró.

El Barbón retomó el libro.

—Tus monsergas no me interesan. Son idiotas. Déjame tranquilo.

Y se dio vuelta hacia el muro.

El Chino bajó lentamente la escalera. Lo azotaron, al salir, rachas de agua y viento. Anduvo algunos pasos, y golpeó con timidez una de las puertas vecinas.

LOS TÚNELES MORADOS

—¡BEBAMOS!

La colorina vació la copa. Y otra. Y otra más. Oskar y los estudiantes, aparentemente intimidados, miraban y bebían. Sólo el Abuelo, sin abandonar el aire de campanudo señorío, cruzaba con la mujer frases convencionales.

Por las pupilas de jade cruzó de pronto endiablado fulgor.

—Abuelo —dijo la mujer, y recogió el vestido mostrando los gruesos muslos desnudos—. ¡No me trates como si fuera una dama! ¡No soy dama! ¡Soy prostituta! ¡O, si lo prefieres, soy un hombre con faldas!

Y se rascó uno de los muslos; la piel lechosa, constelada de pecas bermejas, vibró como diafragma. Las rodillas se alzaron algo más todavía, y los tacos de los zapatos se apoyaron en el travesaño delantero del asiento. La falda corrió hacia arriba, y las redondas rodillas, las piernas de duras turgencias, se ofrecieron pródigas a las miradas llameantes.

—¡Un cigarrillo!

Se tendieron varias manos. La mujer cogió uno al azar. El humo ascendió cadencioso en el aire tenso.

—Un favor quiero pedirles: bebamos, sí, pero no me hagan el amor... El pije donjuanesco me asquea. Es

que... soy y no soy prostituta... Ni yo misma sé lo que soy... ¡Salud!

Las botellas desfilaban.

—¡Me trajeron engañada! —gritó de pronto la mujer—. Me hablaron de una *boíte* y me encontré con este garito inmundo.

En cierta mesa vecina un bebedor solitario no apartaba los ojos codiciosos de la hembra inverecunda. Era un hombre retaco, de ojillos malignos y hocico de rana.

—¡Toma, Abuelo! —y la mujer se desprendió de ceñido corselete—. Me tenía oprimida, ahora estoy mejor, más suelta, ¿qué hora será?

El Pulpo se miró, soñoliento, la muñeca.

—¡Medianoche! —tartajeó.

—¿A qué hora bailará, *madame*? —preguntó el Abuelo.

—¡A la ninguna! ¡No bailo más! ¡Sólo espero que este ladrón me pague para regresar a Santiago! ¿Saben dónde está en este momento? Ahí, detrás de esa puerta, jugando al naípe con otro tahúr y dos incautos zorzales... Perdónenme si no bailo; bailarí para ustedes, para ti, y para ti, para todos... y tú, ¿qué te pasa?, ¿por qué tan huraño?

Oskar sonrió forzosamente sin responder.

Las copas menudeaban.

Se abrió repentinamente la puerta que la mujer indicara y apareció en el umbral un individuo corpulento, una rata enorme, embutido en un chaleco de lana roñoso y chorreado. La prenda, muy ajustada, evidenciaba la panza repulsiva y los bíceps descomunales. Las cejas greñudas, el mostacho hirsuto, la frente mezquina, le bestializaban el rostro duro y furtivo. Al igual que la mujer del mostrador, lucía anillos deslumbrantes.

—¡Pchs!... —escupió la colorina al verlo, y bajó las faldas.

El peruano dormía apoyado en el respaldar de la silla. Martinelli, Biuret y los otros, miraron interrogantes al hombretón sentado ahora a una mesa no lejos de donde se encontraban.

—Señores —masculló el Abuelo en voz baja—. Tengo el honor de presentarles al perínclito filántropo don Miguel el *Piadoso*, cabrón recalcitrante y ladrón diplomado. ¡Bebamos por él, hermanos!

Y vació una copa sin respirar.

—Ignoro sus relaciones con él, *madame*. Pero sí conozco la trayectoria de esta cucaracha. No me explico cómo no se encuentra en el lugar que le corresponde: la cárcel. ¿Su *curriculum*? Violación en despoblado, robos a clientes indefensos..., relojes, sombreros, carteras, y hasta un billete de lotería premiado. ¡Ah, y en los naipes, chicos, en las barajas, es un maestro!... ¡No puedo menos que inclinarme ante el virtuosismo!

El Abuelo hizo una reverencia. Al bajar la cabeza sonreía sardónico; mas, al alzarla, en los ojos relampagueó la ira.

—Vine por aquí una noche, muerto de hambre, y pedí de comer. Me trajeron una botella de vino y un carapacho de jaiba. ¡Una porquería! ¡Y me hicieron pagarla dos veces!

Volvió a sonreír.

—Pero, hijos míos, la justicia inmanente no es entelequia, es dogma. Una vez, en San Pedro, en unas carreras de caballos, a este sarnoso guarén le dieron una patea-dura que a poco lo despachan. Jugaba al naipe con unos huasos ladinos cuando le descubrieron las fullerías. ¡Se armó la gorda! Lo llevaron a la Asistencia hecho harnero.

Mal que me pesara, tuve que curarlo. ¡De buenas ganas le hubiera cortado las orejas!

—Abuelo, ¿eres médico? —preguntó la mujer.

—No, no soy médico, pero algún día lo seré. Algún día... este otro año quizás, no lo sé.

—¡Hip!! —burbujeó el Vizconde estruendosamente. Todos rieron.

Inclinado sobre su mesa, ajeno al parecer a todo lo que ocurría en torno, el grueso tabernero contaba caudales. Armaba fajos, luego mojaba un dedo en la lengua y volteaba con avizora lentitud los billetes. Contaba. Y recontaba. Con los dedos, con los ojos, con las cejas, con el hocico.

Apartó después cierta cantidad y guardó el resto en los bolsillos del pantalón estirando las piernas. A continuación miró insistentemente hacia la mesa de los estudiantes y llamó con gesto apenas perceptible a la mujer. Se alzó ésta, con leve tambaleo, y se allegó al tabernero. Algo le dijo el hombre, algo inaudible. La colorina enrojeció de ira y arrebató el dinero que el individuo le tenía; regresó al instante, y cogió al pasar, de una percha inmediata, un abrigo blanco y un bolso en que guardó los billetes.

—No se retire todavía, *madame* —rogó el Abuelo—. Recién he pedido estas botellas; siga brindando con estos sus amigos, después la dejaremos donde usted diga...

Vino una de las pringosas criadas, sirvió café al tabernero y se retiró hacia el mesón de la entrada. El individuo revolvió la taza y probó el contenido. Hizo un gesto con la mano. Vino otra vez la criada.

—Dominga, tráeme el azucarero —dijo el hombre con aguda voz de pájaro, una voz alta y aflautada, de risible contraste con el desmesurado corpachón.

Biuret movió las cejas.

—¡He ahí al Toro Ferdinando, pero con lengua de diuca! —dijo.

—¡Je... , je... , je!

Del otro lado se escuchó una voz vinosa:

—¡Oiga, mi hijita!...

Era el individuo de la mesa vecina, el hombre-batraco.

La mujer dio vuelta el rostro airadamente sorprendido. El tipejo abrió la boca de finos labios.

—Mi hijita —repitió—, ¿por qué no muestra de nuevo los *trutros*?

—¿Qué te imaginas, sapo imbécil?

—¿Y por qué te enojas, yegua?

Fue la mujer al encuentro del hombre, volcando la silla. Los muchachos se levantaron. La colorina alzó el brazo. Restalló sonora palmada. Ardió el rostro del individuo, que respondió con un puñete en la boca de la mujer. Instantáneamente un brazo vigoroso, el del Pulpo, golpeó el mentón del agresor, que dio con las espaldas encima de una mesa para caer de allí al suelo estrepitosamente.

Biuret y Oskar llevaron hacia la salida a la mujer, cuyos labios sangraban.

Se levantó el individuo y se lanzó, ciego, contra el grupo. Otro puño, el del Abuelo ahora, lo tendió nuevamente de espaldas. El Abuelo a su vez fue rudamente volteado por alevé impacto del tabernero. Los muchachos, no obstante la avanzada embriaguez, se adelantaron decididos. Pero los contuvo la pistola que apareció repentinamente en las manos del hombre.

—¡Dominga!... ¡Dominga! Llamen la poli...

La aguda voz de pájaro se apagó en seco chasquido de maderas quebrantadas. Mientras el individuo se iba al

suelo como buey abatido por diestra mano de matarife, el Vizconde tiró la silla y gritó premioso:

—¡Arranquemos, cabros, antes que lleguen los carabinieri!

Se produjo desordenado tumulto. Aparecieron hombres y mujeres como vomitados por las murallas; las mozas gritaban, la gorda de la entrada gritaba, todos huían, acaso satisfechos de la oportunidad de birlar el pago de los consumos.

Puertas afuera sobrevino la desbandada. En esos instantes el temporal amenguaba la violencia y tan sólo brumosa llovizna esfumaba las perspectivas. El Abuelo, despabilado con la gresca, cogió a la mujer de una mano y huyó a todo correr. Solamente el Pulpo los siguió.

Los demás se dispersaron hacia los cuatro vientos. Oskar corrió también, una cuadra, dos cuabras; torció esquinas, desanduvo el camino, hasta que enfrentó la puerta de su vivienda.

Mientras, en el Bar Moraleda (*Se da pensión de mesa y a domicilio, camas para alojados*) don Miguel el Piadoso, con una oreja rota por el certero silletazo, preguntaba con su voz de flauta:

—¿Qué pasó, Dominga?

—¡Puros perros muertos, patrón!

ESA CARTA

"DOCE AÑOS tendría entonces, querida hermanita, doce años de edad. Y recuerdo el vivo alborozo que ya entonces me producían tus cartas. Hablabas de tu marido, de tu niño, y del Valparaíso en donde vivías. Playa Ancha, el Cerro Cordillera, la Boya del Toro, eran otros tantos nombres que amarraban mi fantasía a un país de leyenda. Hasta hoy, nunca fui por allá. Pero la sugerencia sobrevive. Siempre he permanecido en el Sur, entre veranos templados e inviernos interminables. Ahora mismo, las ocho de la tarde de este sábado agónico, llueve sin cesar.

Alguien golpea la puerta.

.....

Era Rodolfo Gálvez, un estudiante de Medicina a quien llaman Abuelo, compañero mío de humanidades en el Liceo de Temuco.

Carahue. ¿Recuerdas Carahue, el puertecillo fluvial al término de la vía?

De allá vino Rodolfo. Si alguien mereciese el manido nombre de ángel tutelar, a él sin duda correspondiera. Al menos para mí. Es personaje curioso. Dios me libre de juzgarle. Además, ¿quién se puede discernir el derecho

de enjuiciar la condición del prójimo? Si nos miramos hacia adentro, hasta el más puro se encontrará con sus caídas, sus dudas, sus vacilaciones. La amistad es un sentimiento, no tolera análisis, se vive simplemente.

Rodolfo se cree escéptico, cínico, y adopta la actitud exterior que considera en armonía con aquellos rasgos. Pero tal actitud se le quiebra a cada instante. Y aparece, emergiendo de las grietas, una generosidad que raya en la magnificencia. Nunca devuelve el dinero que pide prestado. Pero a su vez entrega todo lo que tiene. Cae de tarde en tarde en cortas y borrascosas bohemias. Después se pierde por meses en la severa disciplina de laboratorios y hospitales.

En el instante crítico tuvo las frases justas.

—Navarro —me dijo, siempre me nombra por mi apellido—. Eliana se muere sin remedio. Ya no quedan esperanzas. El tumor era inoperable, y el médico jefe del Instituto del Radium me acaba de informar el fracaso del tratamiento. ¿Dos meses más de vida? ¿Tres meses?... Lo siento mucho.

Me golpeó el hombro.

—Hasta hoy has demostrado reciedumbre. No te quiebres ahora... Pronto empezarán dolores terribles. Te enseñaré a colocar inyecciones, pues la morfina se hará indispensable.

Hará tres meses desde entonces, tres meses, y día tras día, mañana y tarde, Rodolfo ha seguido el curso irremediable de la enfermedad. Eliana —así se llama la moribunda—, gracias a la piadosa solicitud de mi compañero, mantuvo hasta el último instante la esperanza de la curación. Sí, hasta el último instante. Porque hace ya dos días que agoniza, la conciencia perdida en el misterioso y solitario derrumbe.

Vino Rodolfo ahora, acaso por última vez.

Observó a Eliana con detención. La auscultó. Le miró atentamente el rostro tumefacto, sudoroso, los labios hinchados y atrozmente heridos.

El estertor de la agonizante se cortó un segundo. Abrió los ojos entonces, las pupilas llenas de sombra, y se escuchó un susurro casi imperceptible, extraterreno:

—*Mamacita querida...*

Cayeron los párpados, y la respiración estertorosa martirizó de nuevo el pecho infortunado.

Rodolfo me llevó hacia la ventana.

—¿Estás solo?

—No... En la otra pieza hay gente, una vecina que me prepara comida y ayuda en los quehaceres.

Escribió algo en un papel. Me lo pasó junto con algunos billetes.

—No tengo más —dijo—. Vete a la farmacia, y toma esas tabletas. Te caes de sueño, y necesitas mantener la vigilia. Creo que Eliana no verá el amanecer...

Me golpeó de nuevo el hombro.

Y se marchó.

Mucho después vino la vecina. Me trajo una vianda que devoré ansiosamente.

Salí.

Mientras esperaba en la puerta de la farmacia de turno, vi pasar a Rodolfo por la acera de enfrente, desleído bajo la densa lluvia, acompañado de dos muchachos.

Me hice el desentendido.

Pero el pasado retorna, pertinaz."

LOS TÚNELES MORADOS

LA PUERTA se abrió apenas. En el intersticio apareció un ojo siniestro que avizó inquisitivamente hacia afuera. Cierta luz lateral caía de soslayo sobre los perfiles de la cuenca, en cuyo fondo la pupila reflejaba mortecinas vislumbres.

—¡Soy yo! —dijo el Chino Domínguez.

El ojo desapareció bruscamente. Se escuchó confuso rumor. La puerta se abrió algo más, y el Chino Domínguez logró deslizarse hacia el interior. Desde el fondo de la habitación, desde más allá de un bajo tabique, vino una voz cascada, asmática, pero profunda:

—Amada, ¡sirvele un trago al vecino!

El muchacho sorteó los menesteres del pequeño y caótico taller de hojalatería que ocupaba el primer plano, y rebasó la puerta del tabique. En el dintel un letrero espantaba a los clientes inopes: *"Hoy no se fía, mañana sí; trampas y embrollos, ¡fuera de aquí!"*

Un reloj de pared, ahumado, envejecido, marcaba la medianoche.

—¡Gracias! —dijo el Chino Domínguez, y cogió la copa que la mujer le sirviera. Sentóse después, con precaución, a una mesa en cuyo extremo un individuo dormía echado de bruces, roncando a intermitencias.

De nuevo la voz bronca y profunda:

—¿Qué se le ofrece, vecino?

El muchacho no respondió. Permaneció silencioso, deprimido, observando cómo el rechinante carricoche salía del sombrío rincón y se aproximaba hacia la luz. Era una especie de piragua rechoncha, una canoa montada en tres ruedas y accionada por rústicas palancas. En su interior un individuo muy obeso, panzudo, de piernas atrofiadas, movía diestramente los brazos.

Una canoa.

De allí salía el mote.

Pancho Canoga —rostro mofletudo, mejillas colgantes, pelambrera canosa e hirsuta, ojillos taimados— frenó el increíble vehículo, y sonrió. La sonrisa aliaba temor, desconfianza, untuosa amabilidad.

—Nada, don Francisco —dijo el Chino—; no se asuste, no vengo a inspeccionarlo; sólo quería saber si el Oso estaba aquí...

Y después de corto silencio:

—...Anda perdido.

—¿El Osito? —Las pupilas sobornadoras se contrajeron en intensa actitud de recordar—. ¿El Osito?... No, no ha venido. Anteayer, sí, anteayer. Le está poniendo mucho, ¿no? —hizo ademán de deber—. Algo le pasa, de seguro. Un caballero como él debe tener sus motivos. —Señaló al hombre de la mesa—. Fíjese en el señor López, va a terminar mal; lo echaron del Ejército por tomador; iba de cantina en cantina: "Yo soy el capitán López, nadie me pisa el poncho." Le pegaban, lo insultaban, y también lo ferían... Ahora todo el mundo le saca el cuerpo, nadie lo acepta, la señora y las hijas ni lo miran... Sólo yo, yo no más, pero me está debiendo mucho. A veces duerme aquí, botado en un rincón, y come. No me fijo en un plato de comida, pero el trago es sagra-

do. Si no fuera por el vino que vendo a escondidas me moriría de hambre; el taller da apenas para el arriendo... Así con el señor López, se echó al trajín —el tono se hizo paternal, casi tierno—. ¡No hay que prodigarse, Chinito, le pierden el respeto a uno!

El capitán López (piel apergaminada, ojos saltados, sanguinolentos, mejillas flácidas y bermejas) despertó de repente y manoteó en el aire como tratando de espantar ciertos tenaces insectos. Se mesó después el ralo y largo cabello, procurando, torpemente, alisarlo con las palmas.

Miró luego vagamente en torno. Una sonrisa fugaz le ennobleció el rostro marchito.

—Fuimos a casa de Raúl —dijo de pronto—, con Alfonso y Rafael, no me acuerdo si con nosotros estaba Alejandro, no, no lo recuerdo, no importa. Llovía, y la subida del cerro nos embarró hasta los tobillos. La casa de Raúl es alegre, y su mujer muy cariñosa, joven, gordita... Celebraban el cumpleaños de uno de los chiquillos, en una mesa llena de tortas y chiquillos. Raúl nos sirvió vino, más todavía, más vino. Me senté a la mesa, junto a una niñita de unos doce años, de ojos brillantes y tristes. “¿Cómo te llamas?” “Josefina.” “¿Por qué no te ríes?” La chiquilla sonrió: “No me quieren.” “¿Quién no te quiere?” “La señora.” “¿Cuál señora?” “La señora, pues, la señora de esta casa; mi mamá murió y mi papá se volvió a casar.” “¿Eres hija de Raúl, entonces?” “Sí, él es mi papá, él me quiere, pero todo el tiempo está en la fábrica y la señora me castiga, ¡quisiera morir!...” “No, no te mueras, tienes mucho que esperar todavía.” Junté un billete de cincuenta pesos y una tarjeta con mi nombre, hice un canutillo bien dobladito y lo deslicé en manos de la criatura. “Ahí está mi dirección; cuando tengas mucha pena escíbeme y yo te vendré a buscar.” La chica guardó ve-

lozmente el canutillo... Rió después con risa verdadera. ¿Hice mal? ¡No, señor! ¡Yo soy el capitán López, y a mí nadie me pisa el poncho!

Y aplastó una palma abierta contra la mesa. Las copas tintinearón. La voz del hombre se alzó de nuevo, con arrogancia:

—Francisco, ¿cuánto te debo?

Pancho *Canoga* se agitó en la piragua. Chirriaron los ejes del carricoche, ciertas duras palancas mal lubricadas.

El Chino Domínguez, a medias adormilado, bebió el contenido de la copa que durante largo tiempo mantuviera en la mano.

El capitán López alzó el mentón en actitud de extraordinaria condescendencia.

—No importa, Francisco. Otro día cancelaré todo. Ahora me voy a casa, mi señora debe estar muy preocupada...

Se alzó tambaleando y sorteó los míseros trastos. La mujer brotó de las sombras, y abrió la puerta. El hombre salió, sacudido ahora por hipos centrífugos.

El Chino Domínguez, asombrado y confundido, le siguió los pasos.

Había dejado de llover. Pero la bruma, líquida, envolvente, se tragaba los contornos. El muchacho trató de penetrar con la mirada el muro neblinoso. Apenas si alcanzó a divisar una figura que se disolvía a prisa en la húmeda mortaja, dejando en pos la vibración de unos zapatos rotos chapoteando lúgubrementemente en el barro.

LOS TÚNELES MORADOS

LA MANO corrió por la muralla helada y cayó precisamente sobre el conmutador.

Un seco chasquido.

Una luz repentina.

Un cuarto ruinoso.

En uno de los lechos dormían dos chiquillos estrechamente acurrucados. Crujió el somier del otro bajo el impulso de la mujer despertándose, y dos grandes pupilas ensombrecidas, ojerosas, contemplaron tímidamente al hombre desde el borde las sábanas.

Sobre el veladorcillo reposaban una taza con restos de tisana y el carnet vacío de un analgésico.

—Oskar... —susurró la mujer.

Miró el hombre, interrogante e iracundo. La mujer desfalleció. El hombre se desabrochó el gabán. Desde ciertos bolsillos interiores extrajo dos vasos y una botella a medias de vino que depositó con violencia encima de una mesa. Echó a rodar después la mirada por el pequeño contorno, tan evidentemente familiar, tan habitual y remendado, y acaso por lo mismo tan desesperadamente odioso.

—Oskar... —repitió la mujer, y antes que el hombre se volviera a mirarla terminó la frase... en la olli-

ta de aluminio te guardé pescado con arroz; no hay pan, se lo comieron los niños.

Y suspiró.

El hombre en nada parecía reparar. Sentóse a la mesa. Desde allí contempló largamente unos estantes en donde apretadas hileras de libros mostraban los cantos manchados por la humedad. Llenó después los dos vasos. Y los bebió, uno tras otro, sin respirar. Fue después hacia un rincón y regresó con la olla. Comió, masticando con cuidado, escupiendo las espinas. Bebió otra vez. Y se acodó, pensativo, mientras las vaharadas del alcohol iban saturando las células, subiendo hacia el cerebro en rápida marea.

Apenas podía frenar la ira. No era precisamente la pasividad casi animal de la mujer lo que estimulaba su furia, ni su cuerpo flaco y blanquecino, ni la brutal indiferencia del Director. . . "El Director —se dijo—, ese cerdo ahíto, eructando, y uno aquí comiendo pescado frío, arroz frío, bebiendo vino robado. . ."

—¡Salud, Marmeladoff! —dijo en voz alta.

La mujer se estremeció.

—Sí, Marmeladoff, el mismo, el borracho miserable. . . Pero tú, infeliz, ¿acaso conoces a Marmeladoff? ¡Qué vas a conocerlo! ¡Para eso hay que tener cultura, ser un intelectual como yo! ¡Como yo!, ¿entiendes? . . . ¡Granujal!

Y se golpeó ampulosamente el pecho.

La mujer sintió deseos de reír. Pero le contuvo la mirada relampagueante del hombre, que bebió, luego, de un trago, los restos del vino.

En la mente nublada se abrieron de pronto los velos alucinantes de la embriaguez, y recuerdos insólitos, sensaciones de olor y de color, resonancias muy lejanas, in-

vadieron en silencioso estallido desplazante la actualidad de su aparentemente impenetrable mundo.

Era el otoño, sí, un otoño dorado, fluctuante. Los vientos litorales sacudían los racimos rubios de los aromos, los follajes profundamente verdes, y los trascendían de olores de mar. Un poco más arriba, los pinos, de finas hojas aciculares y pinochas litúrgicas engastadas en las ramas altas como diminutas catedrales.

En torno, el influjo balsámico de las resinas.

El suelo de las laderas aparecía alfombrado de agujas parduscas, y punteado en las sombrías oquedades por las redondas, frías y carnosas cúpulas de los hongos.

Alguien iba cogido de su mano, trepando, resbalando en la alfombra deslizante, riendo. ¿Quién? “¡Ay María Consuelo, no es tiempo de arrepentirse sino de llorar, te perdí por imbécil, por huraño y soberbio!... ¿Quién eres tú, a ver, dime, resentido plumario, sí, quién eres para tirar al tarro de la basura la fragante rosa?... La fragante rosa, los duros pechos fragantes, el liso vientre fragante, el fragante, doloroso recuerdo...”

—¡Concha! —gritó, golpeando la mesa con el puño cerrado.

Cogió de nuevo el vaso y lo llevó maquinalmente a los labios. Al encontrarlo seco, lo estrelló contra el piso.

Volaron enfurecidos cristales.

Uno de los chiquillos se incorporó en el lecho, miró vagamente, y regresó a su denso sueño.

—Por Dios, Oskar —se lamentó la mujer—. ¡Déjame dormir, me duele tanto el cerebro!

Sobre la almohada cayó la cabeza ahora en escorzo. La mujer deslizó una mano por la sien y apretó los lacios cabellos contra la nuca magra, dejando en descubierto una oreja de lóbulos puntiagudos y vellosos.

La mirada errabunda del hombre se clavó con pertinacia en esa oreja que de repente le pareció impúdica. Ahí estaba la fuente de su perenne descontento. ¿Cómo no haberlo descubierto antes? La oreja. No era ciertamente humana. Era una pequeña oreja de asno. No, no precisamente de asno. Sí, era una oreja de murciélago, suave y viscosa, vibrátil, insoportable.

Fue el hombre hacia el lecho y observó la oreja con rencorosa detención.

La mujer registró en el umbral del sueño la mirada caliente, y en intuitivo esbozo protector enderezó la cabeza. Los ojos se abrieron suplicantes y atemorizados.

—¡¡Bruta!! —vociferó el hombre.

Y golpeó afrentosamente con la mano abierta la defensa mejilla, dejando en la pálida superficie angulosa un rastro bermejo.

Los párpados, ahora cerrados, escurrieron gruesas lágrimas silenciosas.

Lancinante punzada quemó alguna intacta región en los adentros del hombre. Pero no logró conformar el pensamiento. Sólo sintió el deseo imperioso de fugarse, evadiéndose de una realidad que se le antojó de pronto implacablemente acusadora.

Salió a la calle. Y, a grandes tambaleos, se perdió en los cendales de la fina garúa.

ESA CARTA

"RETORNA EL pasado, irremediablemente.

Vivías tan distante, en ese Valparaíso inalcanzable. Cuando llegaste, iban dos días transcurridos desde el entierro del hombre. Su muerte tuvo la misma ruda religiosidad que su vida. En su cuarto, de noche, en solitario, augusto silencio.

De mí, ni sollozos ni lágrimas. Sólo asombro, pavor. Y la casa repleta de *hermanos* que oraban y cantaban.

Flores marchitándose. Velas chorreadas. Olores mordientes.

¿Recuerdas el rural cementerio? Por el Alto, hacia la puesta del sol, muy lejos. La yedra invadía las viejas tumbas abandonadas, mas sus campanitas azules eran jubilosos estallidos de vida en medio de tanto desamparo.

En torno, el susurro agorero de los eucaliptos funerarios.

Junto al hocico tenebroso de la fosa se congregó ese mundillo tan familiar y conocido, y, no obstante, trocado de pronto para mí en una suerte de extraño distanciamiento. Un hombre sollozante despidió los restos del finado, confesándose y arrepintiéndose a gritos de no recuerdo qué antigua ofensa inferida.

El espectáculo me pareció grotesco. Ahora pienso que pudo influir en mi irreverencia de entonces el sentimiento divergente de mi madre católica, a quien, como sa-

bes, no alcancé a conocer. Acaso no logres comprender este proceso, pues tu madre era evangélica y trascendió para siempre de fe tu espíritu tan sencillo y creyente.

Era el verano.

Gritaba el hombre, y lloraba, mientras las lagartijas tornasoladas corrían, trémulas y vivaces, por los sepulcros derrumbados.

Después...

Tú regresaste a Valparaíso, al pequeño mundo de tus afanes y menesteres. Yo me fui a Temuco, a casa de las hermanas de mi madre.

Luego, el Liceo. Y las correrías por el Ñielol inolvidable, bajo las olorosas, vegetales penumbras.

La infancia, perdiéndose. Y la adolescencia, por fuera incolora, por dentro torcida, miserable, ardorosa. De pantalones rotos, sombría hurañez, horribles dolores de muelas, espinillas sempiternas, y un sombrero inmortal. Y todavía, aspectos oscuros que sumerjo deliberadamente en las sombras de ese tiempo que pareciera no pertenecerme. Tan lejano lo siento.

De mis alegres compañeros guardo el singular recuerdo de uno de ellos, un judío alocado, contradictorio, generoso. Su bullente influjo encadenó mi taciturna inquietud a la única ruta posible: los libros. Querido David, te saludo en estos tristes instantes, y te agradezco la intuitiva confianza que pusiste en mi destino. ¡No sabes cómo siento haberte defraudadol!

La evocación se me ataja en duro escollo. ¿Cómo salvarlo? Pues bien, es ésta una confesión, y la verdad recóndita nace en alguna frontera de la culpa. Hubiera querido decírtelo de otra manera, pero la urgencia no admite subterfugios.

Mi adolescencia se quebró entre los flacos muslos de tía Mercedes."

LOS TÚNELES MORADOS

EL ABUELO se entiesó, alerta.

—¡Guarde el arma, mi cabo! —dijo perentoriamente.

Una sonrisa de beodo derrumbó los rasgos del carabinero. Pero no hizo ademán alguno de enfundar el revólver cuyo largo cañón apuntaba arriba o abajo, según los desatentados movimientos del brazo.

Con las espaldas protegidas por el ancho mesón del bar, el uniformado no permitía que nadie se acercara. El codo ingobernable tocó apenas un vaso lleno de vino, volcándolo. Instantáneamente, la tabernera, huraña y taimada, lo volvió a su lugar limpiando el líquido derramado con una *malaya* estropajosa y mugrienta.

En la revuelta cantina creció el silencio. Los míseros noctámbulos, sentados frente a las botellas de turbios mostos, se contrajeron, temerosos, en los asientos.

Sólo el Abuelo demostraba decisión. Acaso aparente, producto del pertinaz influjo alcohólico.

—¡Guarde el trabuco, hombre, no sea porfiado!
Nada.

Se levantó el Abuelo, fachendoso, impertérrito. Se plantó frente al carabinero y tendió la mano mirándolo a los ojos.

—¡Déme el revólver, anda usted muy malito, y se

le puede escapar un tiro! . . . ¡Descanse un poco, y cuando se componga le entregaré el arma!

El carabinero pestañeó con esfuerzo, procurando adivinar las intenciones del melenudo, cuyas penetrantes pupilas le bloqueaban la voluntad. Se sintió dominado. El Abuelo deslizó el revólver en un bolsillo de su perramus y regresó a la mesa. El uniformado, tambaleando, se dejó caer en una silla y se durmió casi al instante, sin reparar en la tabernera, que se adhirió al teléfono cuchicheando algo en actitud de misterioso acecho.

Y en la mesa:

—Como te decía, Abuelo, la música me parece la más elemental de las artes. Repara en nuestros indios; nada tenían en el aspecto cultural, ni tradiciones orales, ni arquitectura, ni pintura; sólo algunas reminiscencias plásticas diaguitas, y vagas creencias religiosas. . . Pero música, sí; primitiva es cierto, bárbara, pero música al fin. . . ¿No te parece?

El Abuelo se agitó incómodo y sigiloso.

—No sé, me aburren las disquisiciones estéticas en medio de borracheras. Perdona, Rafael, el trago te agarra por lo más débil. . . Por la boca muere el. . . ¡hip!

El Pulpo, afirmado en el respaldo de la silla, dormía profundamente. Otro individuo, de bruces sobre la mesa, era una roncadora masa inmóvil.

Después de la desafortunada carrera, huyendo de las enojosas complicaciones policiales que hubiera podido originar el rotundo silletazo del Vizconde, el Pulpo y el Abuelo con la colorina tomada de las manos, ella al medio, llegaron a una de las esquinas de la Plaza.

Jadeaban.

—¡Vamos a tomar café! —dijo el Abuelo señalando una fuente de soda que en mitad de una cua-

dra volcaba hacia la noche neblinosa difusos resplandores.

La mujer observó su pulsera.

—Sí, vamos; tengo tiempo todavía.

Los muchachos miraron interrogantes. La respuesta, dirigida al Abuelo, sonó desapacible:

—Nada, hombre; piensa lo que quieras, me da lo mismo.

Les atendió una muchacha gruesa, pintada, de grandes manos amoratadas por el frío. El aroma familiar y estimulante del café despejó a medias la desconfianza y el distanciamiento que la respuesta reticente de la mujer creara en sus acompañantes.

Por sobre la altiva arrogancia de las palabras persistía, tenaz, el influjo sensual de la cabellera cobriza y de las pupilas diabólicamente verdes.

Titubeos casi imperceptibles, y, a ratos, muecas sardónicas en ojos y labios, eran los únicos indicios de la embriaguez latente. Las actitudes mostraban algo de vagamente postizo, como mandatos de una conciencia envolvente y alerta pero de intensidad fluctuante.

—Abuelo —dijo de pronto la mujer—, llama a un automóvil, por favor.

—No, *madame*, no vale la pena; vamos a la Plaza, allí hay estacionamiento de taxis.

Pagó el consumo el Abuelo a un individuo soñoliento y aburrido que manipulaba una registradora. El trino escandaloso de la maquinaria pareció empujar hacia la noche a las figuras ora diligentes, ora perplejas.

No llovía. Allá, lejos, el fondo de la noche aparecía oscuro y como esfumado. Mas, en los primeros planos, la vibración cruda, cromática, de los avisos de neón, evidenciaba la fina niebla cargada de agua. Leves tonalidades, rojas, azules, amarillas, deslizaban rápidos celajes

por el abrigo blanco de la mujer. En la llamarada del cabello las gotas de lluvia centelleaban con diamantina fugacidad.

El grupo se detuvo junto al primer coche de la fila. La mujer extrajo un papel del bolso, y miró una dirección.

—Maipú 2485 —dijo.

El chofer abrió desde adentro la puerta mientras el Abuelo exclamaba asombrado:

—¡Pero si ahí vivo yo!

Y la mujer, cerrando con violencia:

—¡Callate, imbécil!

En el pavimento mojado los neumáticos dejaron, al arrancar, dos anchos rastros que desaparecieron velozmente.

—¡Vamos al London! —dijo repentinamente el Abuelo, cogiendo al Pulpo del brazo.

Y fueron, tambaleando, doblando calles, saltando charcas, cunetas por donde corría, endiablada, el agua de la lluvia reciente.

Mientras iban, el Abuelo sostenía silencioso monólogo, discontinuo y pertinaz: "... Maipú 2485, sí, estoy seguro, 2485..., ahí vivo yo, y el Chino, y el Oso, y el Barbón... Dios mío, los silbidos, ya vienen... Eliana se muere sin remedio, neoplasma del útero, lo siento... ¿2485?..., ¡nada!..., ¡estoy borracho!... Es en el 2475 en donde vivo... Y en el 2485..., ¿quién vive en el 2485?..., ¿y qué me importa?..., ¿qué tengo que ver con el maldito número?"

Al enfrentar la entrada a la taberna volaron de su mente las fugitivas impresiones. Algo quedó sin embargo, algo impreciso, extraviándose.

Y al entrar:

—¡Eh, Abuelo, eh!

Fueron hacia la mesa desde donde partió la llamada.

—¡Hola, Rafael!

—Mira, yo le decía a este desgraciado, tómense un trago primero, le decía a este desgraciado que la pintura es arte intermedio en la evolución humana, que la música me parece la más elemental...

El Abuelo observaba, tenso, la conmoción producida repentinamente junto al mesón del bar. Con un gesto de la mano impuso silencio, y luego habló, cortante, en voz alta:

—¡Guarda el arma, mi cabo!

Retorno.

—...la más elemental de las artes. Repara en...

—...¡hip!... Perdona, Rafael. Bebamos. Y estos dos idiotas que se durmieron. Dime, ¿cómo te fue con la exposición?

—Vendí una manchita, Abuelo, una sola, la más floja. Nadie me compra. Regalo. No hay casa de pescador, en el Puerto, donde no haya un cuadro mío. Más de una vez he visto mis telas tapando huecos en las ventanas. En fin, para algo sirven..., ¡ja..., ja..., ja!

La voz adquirió tonos amargos.

—Mi pintura nada vale, Abuelo. Nada.

Levantó la fina y alta estatura.

—¡Salud, pintorcillo! —dijo, y bebió un gran vaso de vino; y luego, altivo—: Pero te diré algo, Abuelo, aunque no lo creas, ¡estoy en el camino justo, busco mi expresión, y algo he ido consiguiendo! ¡No importa que no me compren! ¡Jamás me rebajaré a las concesiones!... ¡Ja..., ja..., ja!... ¿No te parece divertido?... Fíjate

en el Seco Miranda, ese magnífico industrial. Pinta dos cuadros diarios, vende todo lo que hace, y carísimo. Y se menea por redacciones y salones como un mono sagrado con diploma de genio... ¡Ja..., ja..., ja!

Del sarcasmo pasó a la ternura.

—La gente es ingenua, Abuelo.

El individuo que dormía de bruces despertó de repente y enderezó la cabeza. Canoso, de perfil de medalla, labios finos, expresión zumbona.

—Me gusta el vino —dijo—. Me gusta, por eso me emborracho. No. No tan sólo por eso. Desde que perdí a mi mujer y a mi hija, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—¿Cómo? ¿Han muerto?

—No. No han muerto... Se arrancaron. No. No arrancaron. Se fueron con ese maldito... ¡Acaso yo mismo tuve la culpa!

Bailaron violentamente las mamparas de la entrada y tres carabineros con capotes de goma aparecieron en el umbral. Un sargento macizo, rubicundo, comandaba el piquete. La tabernera se les acercó, y casi al mismo tiempo vino hacia el grupo el Abuelo con el revólver del uniformado en la mano.

Los carabineros se agazaparon instintivamente.

—¡Aquí está el revólver, mi primero! ¡Esta señora y todos estos caballeros son testigos..., entregó el arma por las buenas!

—¿Y si no la hubiera entregado por las buenas?... —indagó, terco, el hombre, cogiendo el revólver.

—¡Ah, ése es otro cuento!... ¡Aquí no ha pasado nada!

Los ojos del sargento se estrecharon en apretadas ranuras escrutadoras. Observaron larga, ceñudamente al

Abuelo, que mantenía despreciativa apostura, y luego a la concurrencia, que pareció aplastarse sobre las mesas.

—¡Llévenlo al furgón! —mandó por fin, señalando al uniformado que continuaba durmiendo la borrachera.

Y mientras lo sacaban, casi en peso, volvió a mirar, con helada ironía ahora, hacia una mesa en un rincón.

Sólo se escuchaba el sordo zumbido del tubo fluorescente que, pegado al cielo raso, empalidecía aún más los rostros de los transnochadores.

El sargento seguía mirando, con los párpados entrecerrados, como tratando de recordar. Abrió los ojos después.

—¡Choriflaite! —dijo en voz baja pero clara y profunda.

La mesa del rincón soltó una figura huidiza y felina, un individuo flaco, desdentado, de melenas lacias.

—¡Estoy plantado, mi primero! —susurró—. ¡Fíjese! ¿Cómo?

Y mostró la mano derecha envuelta en sucias vendas.

—¡Vamos andando, angelito!

Se encogió de hombros el individuo y salió, resignado, meneando la cabeza. El sargento se le puso a la zaga, impasible.

El Pulpo, despierto, miraba con asombro. El del perfil de medalla se levantó.

—¡Me voy a mi perrera, soy un perro, y vivo como perro!

Y salió a trastabillones.

—¡Vamos también! —apremió el Abuelo.

El Pulpo sacó de un bolsillo un fajo de billetes. Las dos manos del Abuelo cayeron sobre el dinero, cubrién-

dolo, mientras los brillantes ojos giraban rápidamente en el contorno. Satisfecho al parecer de la veloz ojeada, cogió los billetes y se los guardó.

—No tengas cuidado, Pulpo, aquí están seguros. Y vamos pronto, ésta es una cueva de hampones. ¡Si nos quedamos acá nos van a robar hasta el ombligo!

Al salir, las calles aparecieron de nuevo mojadas.

LOS TÚNELES MORADOS

YA NO existía la conciencia.

Sólo una lucha en descenso, un combate en tinieblas, una lenta fuga hacia la destrucción. Las células corroídas resbalaban por abismal pendiente, por un túnel morado.

No negro, muerte.

No rojo, vida.

Morado, obscureciéndose.

Ya no dolor. Los protoplasmas derrotados, las finas raíces nerviosas, insensibilizándose, no podían registrar y transmitir los impulsos misteriosos, las llamadas recónditas.

Era un vuelo hacia abajo, hacia las sombras, hacia el distante país de la nada.

Sobrevino súbitamente levísimo reflujo. Apareció una luz brillante, un fugaz resplandor. Se abrieron las brumas, y, en el fondo iluminado, la conciencia, recobrada un instante, alcanzó a vislumbrar una imagen nítida y lejana, sonriente, trascendida de dulzura y consuelo.

La alegría celeste de la moribunda logró traspasar en afán sobrehumano la barrera de la muerte.

*Los labios macerados se agitaron imperceptiblemente.
—Mamacita querida...*

LOS TÚNELES MORADOS

EL CHINO Domínguez se detuvo en la esquina, irresoluto, indiferente a la llovizna pertinaz. La visera de la gorra no alcanzaba a proteger el rostro, y los cristales de los anteojos aparecían salpicados de lluvia, empañados, deformando la visión.

Allí permaneció el muchacho largos instantes, asaltado por sombríos recuerdos, añejos, mas de pronto redivivos. Logró desecharlos sin embargo, ayudado por el influjo del alcohol que atomizaba y dispersaba los pensamientos. De repente, ignoró hasta los motivos de su vagabundaje por los arrabales.

Pero la conciencia reflujo.

"El Oso . . .", dijo, y se dejó ir hacia el fondo negro de la calle inundada.

El viento traía por momentos ritmos dislocados de jazz que se hacían más y más tensos, más y más evidentes.

Vino un automóvil con los faros encendidos, cabeceando por la calle sin pavimento. Pasó con el motor urrido, roncando. Un jovenzuelo manejaba, pegado al volante, haciéndolo girar con violencia. Desde adentro del vehículo venían risas de mujeres, y la voz de alguien que cantaba intermitentemente, una voz aguda quebrándose en la misma medida en que el automóvil oscilaba.

El muchacho se encaminó lentamente, a leves tambaleos, sorteando con dificultad las charcas de la acera lodosa, hacia los puntos desde donde venían las llamadas invisibles.

Torció esquinas, anduvo, desanduvo, hasta embocar en las dos inquietas cuadras del barrio nocturno.

Cabarets, casas de cena, automóviles, coches de caballos, sombras huidizas, carabineros.

“Voy a empezar por el más distante”, dijo, y ascendió por la calle que allí se empinaba. En la esquina próxima, rebasado ya el sector galante, atisbó desde lo alto el velado panorama.

El viento soplabá sin fuerza, apenas movía los ondulantes cendales de la niebla. Había dejado de llover, y las casas, las perspectivas, las luces, la ciudad en fin, se mostraban borrosas, desleídas bajo mortajas de translúcidos ópalos.

Desde más allá, todavía, desde el fondo misterioso del arrabal, el viento transportaba ecos errantes, dispersos.

El Chino Domínguez anduvo una, dos cuadras, hasta enfrenar la casa de ladrillos desnudos, rezumados, cuyas junturas se destacaban, siniestras, a la débil vislumbre de un foco cercano. Apretó un botón de timbre. Se abrió una ventanilla. Y luego, una puerta.

El pasillo en sombras dejaba ver allá al final una pista de baile iluminada pero desierta. La tumultuosa musiquilla, quebrantada en sincopados altibajos por los chillidos repentinos de un clarinete desafinado y burlón, llenaba la pista, corría por los muros, y se escapaba hacia la noche a través de batientes mal ajustados, claraboyas, hendiduras.

Antes que el Chino Domínguez avanzara, un hom-

brecillo salido de la pista vino por el pasadizo, meloso, servil. El muchacho soslayó la mano que se le tendía y contestó secamente las buenas noches. El individuo se aplastó contra la pared. Pasó el muchacho y se asomó a la pista. En un extremo, sobre un altillo, astrosa orquesta de ciegos. En el otro, el bar: una estantería con botellas, un mesón chorreado tras el cual una mujerona aburrida lavaba copas.

A lo largo de los muros libres, absortas, acaso rendidas por la fatiga, o el hastío, ajenas a la frenética estridencia de los tocadores, diez o doce muchachas dormían, sentadas en extrañas posturas: inclinadas hacia adelante, los rostros en las manos, los codos en las rodillas. O echadas sobre los respaldos de los asientos. O torcidas en inverosímiles escorzos. Todas jóvenes, muchachas adolescentes, mal vestidas las más, casi andrajosas.

Arriba, las vigas desnudas mostraban las costillas negras de su esqueleto y la ondulada piel de calamina. El rededor, sórdido, siniestro.

El pensamiento del Chino Domínguez se desplazó con rapidez hacia otras zonas. Evidentemente allí no estaba el Oso. Pero esa preocupación desapareció sin dejar matices; en su lugar, y desalojando el pesado sopor del alcohol, se abrió y se levantó en su conciencia el celo funcionario, cierta insobornable jerarquía con vagos contornos autoritarios: "El Estado soy yo, putas pobres, qué vamos a hacerle, mala suerte, aquí hay algo malo, denigrante..."

Observó de nuevo, con evolvente atención ahora, ese mundillo sumergido. El homúnculo no se apartaba de su lado y miraba con aterrada hostilidad ora los gestos del muchacho, ora las mujeres derrumbadas en las sillas.

—¿Cuándo estuve aquí la última vez?

El hombrecillo (lo apodaban Moroco, es *muy caballero, muy buena persona*, así lo alababa cierto parlan-chín mulato dueño de restaurante nocturno) sopló la respuesta mostrando los dientes negros ribeteados de oro:

—No lo recuerdo, señor inspector...

El Chino Domínguez, solemne, glacial, metió la mano en los bolsillos en busca de su libreta. Nada encontró. Volvió a buscar. Nada. Sólo un trozo arrugado de papel, una contraseña de galería que guardó con aire misterioso.

—No importa —dijo en tono ambiguo, vagamente distraído, como no concediendo valor a la pregunta. La búsqueda infructuosa de la libreta, los bolsillos vacíos, la contraseña, lo ligaron por un momento, tenazmente, a otros planos mentales. Se distrajo. La distracción engañó al hombrecillo.

—Señor inspector, ¿se serviría un coñaquito?

El minúsculo intento de soborno provocó el reflujo. Reapareció el funcionario.

—¿Cuántas menores tiene asiladas?

—¿Menores?

—Sí, menores. Menores de veintiún años.

El hombrecillo esbozó una sonrisa cínica y temerosa que apenas distendió los finos labios de rata.

—Menores... —dijo, y se encogió de hombros. Y luego: Todas son menores... ¿Y qué voy a hacer? Llegan aquí con crías, algunas recién nacidas; no tengo corazón para rechazarlas, les compro vestidos, les doy de comer, y me pagan como pueden, de a poco, según las ganancias... Pero el negocio anda muy mal, fíjese, anoche no más me allanaron los carabineros y me llevaron todo el trago... Así voy a la ruina, las niñas quedarán botadas, venga por favor...

Del bolsillo trasero del pantalón extrajo un llavero,

y abrió una puerta. Se movía rápido y felino, deslizante. Los pantalones campanudos, sin doblez, escurriéndose y recogándose sobre las zapatillas de goma, inspiraban repugnancia y conmiseración.

—¡Mire!

En medio de viejos trastos, de damajuanas y de botellas, relucían los immaculados esmaltes de una lavadora automática.

—Fíjese, no soy mal hombre, las niñas me quieren... Les compré este aparato para que laven sin sacrificio sus ropitas, sus sábanitas, sus pañalitos... Cuando no se quedan, no ganan las pobres... Entonces les adelanto, para teatro, para coloretes. Algunas tienen su *lachito*, tampoco les pongo dificultades...

La impúdica ingenuidad del esmirriado individuo desató en el Chino Domínguez cierta soterrada y depreciativa ira.

—¡Traiga lápiz y papel!

Fue el individuo como resbalando hacia el mesón del bar, y regresó con el block en que se anotaban los consumos de los parroquianos. Buscó luego en los bolsillos, y tendió al muchacho valiosa estilográfica de oro.

El Chino Domínguez cogió ambos objetos, y, antes de escribir, observó alternadamente con silencioso asombro al hombrecillo y a la estilográfica. Luego garabateó en el papel algunas líneas. Devolvió el lapicero, y arrancó ostentosamente la página. La dobló, parsimonioso, y la guardó con estudiada reserva.

Una ráfaga de alarma cruzó por el rostro del hombrecillo.

—Señor inspector, con otra multa me hunden...

El Chino Domínguez encogió los hombros, y se dirigió hacia la salida. Uno de los ciegos pellizcó una cuerda

de su violín. El clarinete volvió a chillar, destacándose con nítida violencia entre los pataleos de la batería y las aporreaduras del piano.

Casi en la misma puerta, el hombrecillo tentó el último recurso:

—Señor inspector, tenga la bondad, vea...

Abrió una puerta lateral, alzó el brazo hacia la pared interior y dio la luz.

Eso era. Una cuadra. De muros enladrillados, sin estuco, versión interna de la fachada, un cuarto enorme, como de hospedería, con lechos puestos uno al lado del otro, seis o siete.

Casi en todos ellos dormían criaturas, la mayoría lactantes envueltos en raídos chales. Uno de ellos despertó de pronto, un infante de dos o tres años. Sentóse en la cama, mirando con ojos atemorizados y pensativos a los dos hombres parados en el umbral.

El Chino Domínguez, penetrado de asco, de estupor y de piedad, todo a la vez, observaba las sábanas mugrientas, las almohadas sudadas, las sobrecamas en hilachas, las bacinicas, las criaturas.

Olores agobiantes a paja húmeda, a ratones, a orines podridos, circulaban tenazmente por el revuelto cuarto.

El niño despierto, tranquilizado al parecer por la inmovilidad de los dos hombres, rebuscó algo bajo la almohada. Apareció un mendrugo entre las manitas. Y empezó a roerlo, vorazmente, sin apartar la mirada de las taladrantes pupilas.

Sonaron recios golpes en la puerta. El hombrecillo, seguido por el muchacho, abrió una ventanilla y miró atentamente hacia afuera. Satisfecho del examen, abrió la puerta.

En la calle había un individuo obscuro, de manta. Le brillaron los dientes en la sombra.

—¿Se puede entrar, don Jesucito?

Torció la cabeza. La luz del foco le dio de sesgo. El Chino Domínguez lo reconoció. Era un repartidor de telegramas, cojo, descarado, sonriente.

Salió el Chino Domínguez, y el mensajero entró. Empujada con violencia, la puerta cerróse, furibunda, tras el muchacho.

Luego, mientras bajo la luz del foco rompía en menudos trozos el papel que escribiera momentos antes, escuchó adentro sordas maldiciones.

Pareció estupefacto. Le entró de pronto frío terror, y huyó entonces, casi corriendo, hacia abajo, hacia los iluminados lupanares.

LOS TÚNELES MORADOS

LE DOLIA, obstinadamente, la leve mordedura.

No era un dolor agudo, de herida, sino vago y sordo, subrepticio, pero tenaz y profundo.

La embriaguez no lograba sacudir su descontento, la dura molestia.

Iba por las calles solitarias, aterido, los zapatos rezumantes, la fina llovizna barnizándole el rostro, mojándole los jarales de la melena agreste. En la boca, el regusto desagradable del pescado. Y el deseo invencible de beber, de ahogar el doloroso repunte.

Llegó a la Plaza. Las ramas descarnadas de los grandes tilos disparaban repentinas ráfagas de gotas al ser sacudidas por la ventolera.

El reloj municipal marcaba las dos de la mañana.

Las tabernas de los alrededores habían cerrado. Al reparo de los portales se acurrucaban las sombras inmóviles, absortas, de los serenos. En torno a la Plaza, sus pupilas cubiertas brillando bajo el agua, los automóviles de alquiler esperaban llamadas. A través de las ventanillas veíanse a los choferes dormitando en los asientos.

El hombre, después de golpear infructuosamente algunas puertas, decidió encaminarse a cierto restaurante nocturno, en las inmediaciones del barrio alegre.

Al entrar, bailaron tras él las consabidas mamparas.

Había humo adentro, sonar de copas, trasnochadores ebrios.

Sentóse al mesón del bar. La cantinera, una hembra canosa, gruesa, de pelo ensortijado y gesto procaz, lo miró con dureza.

—¡Una caña de blanco!

—¡Sí, cómo no, pero me paga primero!

—¡Aquí está!

Recogió, avizor, el vuelto, y de un solo trago bebió el gran vaso.

—¡Otro!

Y pagó, con violencia ahora. Mientras la cantinera volvía a escanciar, el hombre atisbó penosamente hacia el rincón que formaban dos vitrinas en donde se exhibían diversos comestibles.

La embriaguez crecía en él con lentitud, estimulando cierta sombría euforia. No apartaba los ojos del rincón, cautivado por singular espectáculo: el de una mujer gordísima que comía sin descanso, masticando solemnemente, pero a dos carrillos, las viandas que le pasaba de rato en rato la tabernera.

El hombre miraba, sugestionado, mientras bullía en su mente pertinaz asociación, una semejanza que no lograba identificarse.

Obsesionado por trémulas imágenes, corroído por una curiosidad a la que se mezclaba una suerte de angustiosa fatiga, sus pensamientos cayeron de pronto en el vacío, en una salvadora laguna.

Bebió entonces, a sorbos espaciados, del vaso que tenía por delante.

Los dientes de la voluminosa hembra triturando ahora los quebradizos cartílagos de una jaiba; los labios sensuales y voraces chupando los recovecos del capara-

zón rubicundo; el rítmico balanceo de los pechos enormes y de la panza inmensurable; sí, todo ese anodino acaecer removió la conciencia aletargada del hombre y lo incrustó de nuevo en la precipitada cadencia de los acontecimientos recientes.

En el tumulto de las impresiones resaltó, nítido, el recuerdo de la mujer cuajada de anillos que atendía el mesón en el Bar Moraleda.

Sus ojos iban de la tabernera a la tragona insaciable, taladrándolas, analizándolas con despreciativa impertinencia. Confundiéndose en el juego de las imágenes visuales, aparecía y desaparecía la de la mujer de los anillos.

“¡Chanchas!”, pensó. Y en voz alta:

—¡Puah!

Escupió.

La tragona dejó repentinamente de masticar y arqueó, ofendida, los labios chorreados de manteca. Los ojos de la tabernera llamearon.

El hombre, levemente atemorizado, apartó la mirada y cogió el vaso sin reparar en un grupo que entraba desde la calle.

Sobre su espalda cayó una mano cordial.

—¡Oskar!

Era Martinelli. Tambaleaba.

—Oskar, estupendo borracho, *lo que siempre se ha buscado, no debiera hallarse nunca*. Pero he aquí que te encuentro, sin buscarte. Ya no me interesa discutir. Ahora ando calentando los fierros —hizo ademán de beber—, con este amigo, te lo presento.

—Demetrio Jamile —dijo el aludido.

Tras los hombros del árabe asomó la barbita diabólica del Vizconde.

—¡No! —dijo—. Demetrio, no. ¡Dos-me-tros!

Y midió en el aire una cinta imaginaria.

Oskar estrechó la mano que se le tendía, y observó con apático detenimiento al desconocido. Le pareció altanero, *sobrador*.

El árabe (cenceño, corto de estatura, bigotito rizado, calvicie incipiente, perfil rapaz) hablaba con gárrula petulancia:

—¡No, señor, a mí no me viene usted con sobrenombres! ¡Demetrio soy, hasta la muerte! ¡Demetrio! ¡Demetrio Jamile! Ah, pero nada tengo que ver con mi padre. El maneja la tienda y el negocio al por mayor. Yo mando mi fábrica. Y aquí donde me ve, recién he cumplido los veintidós... A ver, señora, dos botellas de blanco y cuatro copas, en aquella mesa. Me caigo de cansado. Estuve ocho horas seguidas en "El Bogarín", jugando. Y me ganaron quince mil... ¡Pchs!, ya me desquitaré... Asiento, caballeros; un momentito, ya vuelvo, voy a *mear una diligencia*.

—Me cae pesado este turco —dijo Oskar, bostezando. Pero el individuo ya regresaba.

—Vizconde —preguntó Oskar, abúlico, distraído—, ¿qué fue de la colorina?

—Ah, *la bailarina de los pies desnudos*... Nada sé. Y ¿qué te pareció el silletazo? Le di en la pura coronta a ese ratón inmundo. ¡Je..., je..., je!

—Cuidado, Vizconde.

—¿Cuidado?

—¡Sí, los carabineros!

—¡Pchs!... No le harían caso. Tiene muchas cuentas pendientes. ¡Salud!

El árabe miraba con sus negros ojos.

—¿Por qué le dicen Vizconde a usted?

—Pues..., porque soy Vizconde. Vizconde de L'Haulère... Ah, en mi último viaje a Suecia pasé por el Mediodía de Francia; ahí estaba el castillo de mis antepasados. ¡En ruinas, cabros, en ruinas! Sobre la torre del puente levadizo, eso sí, se conservaba intacto el escudo de armas: un uslero en campo de plata y cuatro leones rampantes. De ahí el nombre: L'Haulère...

La gravedad con que escuchaban Oskar y Martinelli confundía al árabe. Observaba la raída vestimenta del Vizconde, su chaqueta demasiado larga, vaheante, los puños molidos. Sentíase vagamente mortificado por esas palabras que se le antojaban burlonas, maliciosas. Pero ¿y si fuera cierto lo que ese individuo decía? Se ven tantas cosas raras. Ahí estaba su padre, por ejemplo, chorreado, seboso, y sin embargo *podrido en plata*. La curiosidad congénita lo hizo interesarse súbitamente por conocer mayores detalles acerca de ese personaje sonriente, irónico, de gruesa nariz en arco y menguada perilla faunesca.

—Diga, señor Vizconde, ¿qué lo llevó a Suecia?

El muchacho cerró los ojos, meditando. Se animó repentinamente. La fantasía lo cogió en su vuelo.

—¡Pchs!... Es largo de contar. En pocas palabras: soy investigador semántico, ¿comprende?, y como mi madre no hallaba qué hacer con las libras esterlinas, me envió a Suecia, sí, a Suecia, a determinar los posibles entronques filológicos del sueco con las raíces griegas y caldeas...

—Un momentito, ¿libras esterlinas dice usted?

—¡Claro! ¡Libras esterlinas! O mejor dicho, libras irlandesas. Porque ha de saber usted, distinguido señor, que mi madre posee en Irlanda, o mejor dicho, en la verde Erín, hilanderías de lino...

Martinelli reprimió a duras penas la carcajada. El

árabe, ya un tanto escamado, miraba al Vizconde con ojos recelosos.

—...Pero sepa, mi querido libanés, que a mí, particularmente, no me interesa el lino. ¡No, señor! Lo que me interesa, ¿sabe usted?, es la City, eso es, la City, el riñón de Londres... No sé cómo habrán quedado mis edificios con las incursiones de los Stukas... ¿Eh?... ¡¡Fffffffffffiiiií... pam!!

—¡Ja..., ja..., ja!

Oskar sonreía, amostazado.

El árabe pareció estupefacto. Crispó los labios con enojo. En la frente levemente sudorosa se insinuó una arteria congestionada, una lombriz engordando a prisa bajo la piel.

—¡Basta! —gritó—. ¡Nadie se ríe de mí! ¡Ningún *pinganilla*!... ¡Además, vaya sabiendo que no soy libanés!... ¡Soy chileno!

—No —dijo Oskar en tono sentencioso y rotundo—. Usted no es chileno.

—¿Qué se imagina usted? Por más que los de raza chilena son perezosos y borrachos, no diré que no sean inteligentes y capaces, son, pero flojos y apáticos, sí, por más, tengo que considerarme chileno... ¡Aquí está mi carnet!

—¡Guarde la cédula! ¡No interesa! Le repito: usted no es chileno. ¡Usted es un turco nacido en Chile!

Martinelli escuchaba, sardónico. El Vizconde, mesándose la barbita, escuchaba con mordaz complacencia.

La lombriz en la frente hinchóse algo más todavía. Abrió la boca el árabe. Pero vino la gran palma abierta de Oskar empujando el aire, y ahogó las palabras.

Se rompió, bruscamente, la tensión.

Alguien rasguñó, desde afuera, las mamparas de la

entrada. Oscilaron los batientes, y, luego, se abrieron con violencia dando paso a un conscripto inefablemente borracho que cruzó a tumbos el local hacia el fondo.

De una mesa salió una cuchufleta:

—¡De buen porte va el milico!

En los rostros cansados de los trasnochadores aparecieron sonrisas. El conscripto (capote mojado, la visera de la gorra cayendo hacia la nuca, rostro llovido y chorreado) pasó, enderezándose y ladeándose, y se clavó de cabeza en el hocico negro de un pasillo como una lezna de trapo en un agujero.

Por el rostro congestionado del árabe vagó despreciativa ironía. Oskar bebió un sorbo y alzó el índice en gesto admonitivo e inapelable.

—Sucedan cosas —dijo—. Cosas... Por ejemplo, había unos individuos, antes, unos tales Gómez, o Tapia, o Gaete, sí, varios... Fueron los primeros dueños del país, los conquistadores... Arriesgaron el pellejo, las tripas; los indios eran bravos. La guerra interminable los arruinó. Un siglo después, o dos, cuando el mapuche fue confinado en el sur, muy lejos, vino otra conquista. Llegaron los vascos, pusieron tienda, enriquecieron. Compraron los solares, las fincas, las encomiendas, a las viudas o a los nietos de aquellos tales... Después plantaron viñas. Gobernaron. Voltearon a Balmaceda... Corrió el tiempo. El roto se alzó. El vasco tuvo miedo. Sí, miedo. Siguió vendiendo vino, sebo, cuero. Pero entregó los solares a una nueva ola conquistadora. A una ola de hilo mercerizado, hilo de algodón, de rayón, de nylon...

Miró fijamente al árabe. Elevó el tono de la voz. En la taberna se produjo el silencio.

—...¿Sabe a quiénes me refiero? ¿Eh?... ¡¡Ladrones!!

—¡¡Más ladrón serás tú!!

Era la tabernera.

Salió la mujer desde detrás del mesón, iracunda, un garrote en la mano.

—¡Vete de aquí, bolsero! ¡Eso eres! ¡Un bolsero! ¡Ladrón de copas!... ¡¡Bolsero!!

El hombre se puso de pie, más sorprendido que atemorizado. Los bebedores de las mesas vecinas se alzaron amenazantes. El hombre quiso decir algo duro, un insulto, algo soez que apabullara a la hembra, por ejemplo: ¡¡¡Cabrona!!! Pero, reprimió velozmente el deseo. Si hablaba, el garrote le caería encima. Si golpeaba a la mujer, defendiéndose, los parroquianos lo molerían a patadas.

Prefirió escabullirse. Salió lentamente, cauteloso, andando hacia atrás.

Pisó de nuevo la calle.

Ya no llovía.

ESA CARTA

"EL ÑIELOL descendía en suaves laderas desnudas hasta las mismas márgenes del cementerio. En los amplios calveros se alzaban árboles aislados, robles de copa poderosa y sombra acogedora.

Por allí transcurrieron algunos días de mi adolescencia, en solitarios vagabundeos sin objeto aparente.

Era el verano, las vacaciones.

Penetraba en el bosque por el lado de la Quinta Agrícola, y me hundía en la olorosa penumbra de la maraña verde. A media falda, bajo el sombrío dosel de enredaderas y parásitas, apagaba la sed en la vertiente ritual del Agua Santa. Y seguía trepando, hasta salir a los calveros.

Allí me sentaba, junto a algún árbol centenario, a contemplar los valles luminosos, las lejanas lomas doradas, el profundo cielo, los vilanos fugitivos, las avispas locas.

Aquella mañana fui otra vez a esos parajes. Aturdido ahora, descentrado, trascendido de vergüenza y de arrepentimiento, manchada mi castidad salvaje.

Había conocido a la mujer.

No a la manera bíblica, romántica, sino torpe, ato-

londrada, impúdicamente. ¿Detalles? ¿Para qué? Imagina, si puedes...

Me sentía perdido, condenado. En el difuso estupor se insinuó de nuevo el anhelo de desaparecer, de apagar bruscamente el odioso recuerdo. Gritaba entonces. El grito me salía infantil, y aquietaba el torturante, informe torbellino.

Pasaron las horas.

Regresé al atardecer, escurriéndome como perro apaleado. Tía Mercedes se hizo la desentendida, la inocente. Aparentó no reparar en mí.

La odié ferozmente.

Pero esa noche la asquerosa vieja volvió a meterse en mi lecho."

LOS TÚNELES MORADOS

ERAN MANOS mágicas. Vivían una propia existencia. Regordeta, de uñas cortas, parecían obtusas, pero su torpeza era sólo aparente. Porque iban y venían, vivas, ágiles, escanciando copas en el ancho mesón, cobrando, devolviendo, trinchando fiambres, pollos, cortando pan en tajadas mollares, sirviendo, en fin.

Nada tenían que ver aquellas manos con la faz terrosa, indígena, impenetrable, de su dueño. Los ojos, sí, brillando tras la grieta de los párpados rugosos, aparecían avizores, ladinos.

Alternada o simultáneamente, entraban o salían del bar dos mujeres llevando platos y botellas hacia interiores desde donde venían risas, gritos, rumor nocturno.

Acodado sobre una mesa, un noctámbulo solitario acechaba taimadamente al cantinero.

Su voz en cierto instante sonó plañidera:

—Don Agustín, devuélvame el paraguas; créame, no tuve intención de embrollarle nada. Estaba seguro de andar con dinero, algo, no mucho, en este bolsillo lo tenía, se me cayó, se me perdió, no lo sé; por favor, mi paraguas...

Por el rostro de terracota vagó imperceptible sonrisa que pareció acelerar el afán de las manos.

—Don Agustín, yo también soy liberal...

Las manos se detuvieron bruscamente en el aire.

—¡Usted no es liberal, no!

—¿Cómo? ¿Pone en duda, acaso, mi acendrada doctrina?

—No me parece que sea liberal. Porque nosotros, los liberales, somos los que tenemos la plata. ¿Y el jovencito quería hacerme un *perro muerto*?... ¡Je!

Las manos cayeron con amorosa furia sobre un enorme pan de molde, tajándolo a grandes cuchilladas. Sobre la tajada, el cuchillo, de plano ahora, difundía una capa de mantequilla. Encima venía el jamón. Y luego otra pared de pan. Dos cuchilladas en cruz. Y cuatro *sandwiches* de tiernos rebordes partieron en un plato hacia los rumores interiores.

La mujer pasó al lado del noctámbulo. Quedó en el aire, flotando, el aroma tibio del jamón. Se dilataron las fosas nasales del individuo, y en las mucosas bucales, deshidratadas, secas, se insinuó débil flujo de saliva.

Deglutió entonces algo, inconscientemente. En la mente rencorosa brotaron reproches: "Tabernero desgraciado, vampiro, te he dejado miles de pesos y ahora te achaplinas por una botella de vinazo... Ahí está mi Dios mirando; El te va a castigar, por ladrón, por sanguijuela..."

—¡Candado!

En el vano de la puerta habían aparecido repentinamente el Abuelo, el Pulpo y el llamado Rafael.

—¿Qué haces aquí, hijo de la *payuma*,* nacido en Carahué y criado en Corral, sólo como un paraguas?

—Paraguas... ¡Pregúntale a ése!

Y señaló al cantinero.

Diose vuelta el Abuelo.

—¿Qué pasa acá, don Agustín?

* Payuma: paloma, en mapuche.

—Mientras no pague la botella, no entrego el paraguas.

Un billete cambió de manos. El cantinero sacó un paraguas desde bajo el mesón, y lo entregó al Abuelo.

—Aquí tienes tu paraguas, Candado.

—¡Pchs!... ¡Gracias!... Perdonen, no tengo cómo corresponder, me he quedado sin un cobre.

—Es lo de menos, viejo.

—Sí, lo de menos... Lo peor es que no me atrevo a volver a la pensión.

—¿Eh?

—Lo dicho. Mi hermano, el egresado de Leyes, tú lo conoces, fue invitado esta noche a un matrimonio. Nada de particular... Salinas, buen sastre, le ofreció para la tarde un traje nuevo. No teníamos ni un cinco, y nada a que echar mano. No te quiero cansar con detalles domésticos; mi hermano me mandó a empeñar donde la Tía Rica el que tenía puesto, y mientras llegaba el nuevo se metió en cama. Ahí debe estar todavía. Fui, cobré, y, en vez de pagar al sastre, ¡maldita sea!, me *enruleté*... Me limpiaron, y mi hermano en la cama como un tigre dentro de una caja de fósforos...

El Abuelo se retorció el mostacho, caviloso.

—¿Es mucho?

Una gota de esperanza, muy remota, mojó las pupilas del muchacho.

—Doscientos... —suspiró.

El Pulpo y Rafael miraron al Abuelo. Este, cavilando, cavilando, hurgó bolsillos y extrajo dos billetes arrugados que alisó con el canto de las manos.

—Aquí están —dijo, y luego con aire sibilino—: Tahúr Abel, ¡sálvate de las iras de Caín el "encamado"! Miró hacia el mesón.

—Don Agustín, dos botellas de blanco para bajar la pena.

Observó después el reloj del muro.

—Las tres de la mañana... ¡Brrr!... ¡A las cuatro, empanadas donde la tía Nicolasa! ¡Salud, borrachos! No dan para más los fondos...

—¡Salud!

—¡Hip!...

LOS TÚNELES MORADOS

YA NO llovía.

La ventolera agitaba la bruma. Las luces de los dinteles aparecían difusas, siniestras, pese al regocijado disloque de las melodías que escapaban hacia la noche.

Desde cierta distancia era posible ver una falda blanca cayendo de una rodilla apenas asomada en el hueco de una de esas tantas puertas.

El Chino Domínguez se aproximó. Allí estaba la mujer, afirmada lánguidamente en el marco, pensativa, masticando algo. Miró al muchacho, silenciosa, durante largo rato, sin variar de postura. Un sesgo despreciativo le cruzaba la actitud.

Brillaban sus dientes en la sombra.

—Entre, pues, ¿qué es lo que espera?

—No. No ando en funciones, Olguita. Busco al Oso.

—¿Al Oso?

Fluctuante recuerdo gravitó intensamente en el vaivén de rostros innumerables. El Oso, sí, tierno, potente y desvalido.

Vino una pareja por el largo pasillo, y cruzó hacia la acera de enfrente. El individuo tambaleaba.

—No ha venido —dijo la mujer poniéndose tensa—. Miré, ahí va el único cliente de la noche, con la Medea, a comer de seguro...

Con ambas manos se comprimió el vientre, sonriendo ahora:

—Me corto de hambre, ¿vamos a comer algo?

—Oh, perdóneme, no puedo invitarla, no tengo ni un centavo.

—Si es por eso, no importa, yo tengo...

Y al ver el gesto indeciso y ciertamente humillado del muchacho:

—No sea orgulloso, pues; si es prestado no más; me lo devolverá una vez que tenga... Acompáñeme, estoy sola y mi amorcito viene muy tarde, cuando los clientes ya se han ido. ¿Vamos?

Sin esperar respuesta cogiólo del brazo.

El Chino Domínguez, abúlico, desconcertado, se dejó conducir. Sólo atinó a preguntar:

—¿Dónde?

La mujer se aproximó a un foco empañado por la niebla y miró su reloj.

—Donde el Cortado —dijo—; ahí no más, a la vuelta de la esquina.

Apenas entraron, la mujer le soltó el brazo y fuese, anhelosa, al encuentro de un individuo que bebía solitario en el mesón de la cantina.

—*Chuchoca*, mi hijito, yo no sabía que estuvieses por aquí tan temprano; perdóname; vámonos a la pieza inmediatamente, tenía tantos deseos de estar contigo...

El individuo (perramus claro, melena larga y brillante, pantalones de bastilla apretadísima, zapatos de gamuza, mostachito altanero) sacudió con displicencia la ceniza de su cigarrillo, bebió el resto de su vaso, pagó, y salió cogido de la mujer.

El Chino Domínguez, impávido, indiferente, los vio

pasar: el individuo, ondulante y elástico; la mujer, las cejas enarcadas.

Allá, en el fondo del frío y húmedo bodegón, se abrió apenas una puerta. Asomó un rostro curioso, movedizo, de perilla trémula.

—¡Chino!

Era el Vizconde.

—¡Ven hacia acá, inmediatamente!

El grito promovió torpe reflujo en las posturas trasnochadas y friolentas de los bebedores, sentados por ahí, junto a mesillas chorreadas, en los rincones. El cantinero, inclinado en el mesón sobre unos papeles, lápiz en mano, levantó la sonriente faz. Blanquecina cicatriz le cortaba un lado desde la oreja hasta la comisura. Sonreía siempre. Una sonrisa fría y feroz, implacable, felina.

—¡Ven, te digo!

La puerta cerróse tras los muchachos.

—Chino, tengo el alto honor de presentarte a Mustafá Kemal y a Milosz. Supongo que conoces al bravo Martinelli...

Creció otra vez en la frente del árabe la ceñuda lombriz.

—Hasta cuando jode, Vizconde cucaracho; no me llamo Kemal ni nada; me llamo Demetrio, Demetrio Jamile; hasta cuándo...

El llamado Milosz era hombre muy alto, rubio, semicalvo, de anteojos, lento y circunspecto. Menos beodo que sus acompañantes, estrechó con amabilidad cortesana la mano que se le tendía y balbuceó dos palabras ininteligibles.

En la mente del Chino bulleron cambiantes resonancias. Milosz. Conocía ese nombre. Erale casi familiar. Pero

en las brumas de la embriaguez latente aparecía y desaparecía sin dejar rastros.

—Milosz, no sé —dijo—, no recuerdo.

La barbita del Vizconde empezó a tiritar.

—Sírrete de mi vaso, Chino; salud a la noche; escucha: *El viejo día que no tiene objeto quiere que uno viva/ y lllore y se queje con su lluvia y su viento...* ¿Recuerdas ahora?

El Chino Domínguez se animó repentinamente. El nombre aleteó con persistencia en la memoria fugitiva hasta fijar, tenaz, su influjo.

—Milosz —dijo—, sí, el lituano profundo.

Pero algo se le desmoronaba adentro, ciertos enlaces que no lograban ajustarse.

—No —dijo de pronto—, no puede ser, Milosz ha muerto...

—Ya lo sabemos —dijo el hombrón, dulcemente, en castellano diáfano, mas trabado en duros perfiles—, Milosz ha muerto, y si este caballero me ha llamado como él, es nada más porque yo también soy lituano. No. Era lituano. Ya no lo soy. Ahora soy ciudadano de los Estados Unidos.

—Espía —dijo Martinelli escupiendo la palabra.

—Oh, no... Espía no. He venido tan solamente a estudiar español con beca de intercambio. Nada más... Oh, sí, otro plato más y otras dos botellas —dijo de pronto—, mirando al tabernero que asomara el rostro cortado por los batientes entreabiertos.

En las pupilas del Vizconde bailaron picarescas llamas. Entrecerró los párpados y preguntó con inocencia artera:

—Oiga, Mustafá, ¿conoce usted a Milosz?

El árabe, suspicaz y escaldado, acechaba alternativamente los rostros intuyendo la burla. Nada. Martinelli bebía, el lituano bebía, el Chino dormitaba en actitud de extrema fatiga.

El Vizconde contemplaba detenidamente las palmas de sus manos.

Las cejas del árabe se apretaron con aires de entendimiento.

—¿Milo? —preguntó—. ¿Qué fabrica?

—¡Leche en polvo!

—¡Ja..., ja..., ja!

—¡Je..., je..., je!

Apareció de nuevo la lombriz iracunda. Pero ya venía una mujer con platos humeantes, y los cinco individuos se aprestaron a la merienda reparadora.

Iban y venían las cucharas, chocando contra los platos, amigas, cordiales bajo las luces macilentas. Nadie advirtió el levísimo girar de los batientes ni el paso sigiloso de alguien que se deslizaba hacia adentro.

Por detrás de los hombros del lituano apareció subiendo lentamente, como empinándose, una cabeza dorada, centelleante, de pupilas muy negras, ingenuas, asombradas. Esa impresión de castidad se rompía en la boca de gruesos labios húmedos y lúbricos.

Era la enana rubia.

Las cucharas cayeron en los platos. El lituano retiró la silla y la rechoncha pigmea se trepó en las rodillas del hombre besándolo vorazmente. Lo contempló después con detención.

—¡Te quiero! —dijo—. ¡Dame diez pesos!

—Oh, aquí están.

La mujercilla (aparentaba no más de quince años, acaso tendría treinta) se deslizó hasta el piso, quedando

de pie entre las piernas del hombre, y empezó a manosear frenéticamente su bragueta.

Los otros retiraron también las sillas, y desalojaron la mesa hacia un rincón. Se formó una rueda palpitante. Sin detener el rápido manoseo, la enana hacía chapotear los labios en la boca del lituano, que respondía con fogosidad.

Martinelli, enardecido, hizo crujir los dientes. Por un alto ventanuco asomó fugazmente la sonrisa congelada del tabernero. La increíble pareja, desentendiéndose de la lujuriosa emanación, se agitaba en contorsiones espasmódicas.

—Parecen una trenza de *chunchules* —susurró, diabólico, el Vizconde.

Brillaron malignamente los ojos de Martinelli.

—¡Tómela, hombre!

La enana descorrió de golpe los cierres de la bragueta, y, con diestro movimiento de manos y muslos, aventó sus pantaloncillos. Vino el Vizconde y le alzó por atrás las faldas. Asomaron dos gordas nalgas granujientas y amoratadas.

El grito iracundo de Martinelli levantó al hombre de la silla:

—¡¡Chanchos!!

El lituano, la faz en ascuas, ciñó velozmente el pantalón, apartando sin rudeza a la pigmea abrazada a sus piernas. Abarcó luego con ojos acusadores a los circunstantes y fuese hacia la puerta. Antes de salir reprendió, hipócrita y taimado:

—¡Intelectuales podridos!

La enana rubia siguió presurosa tras el hombre. La contuvo una exclamación sardónica del Vizconde:

—Petisa, ¡se te quedan los *churrines*!

Y señaló los pantaloncillos derrumbados sobre el piso. La mujer cogió la prenda y vino hacia el muchacho. Lo miró profundamente con sus negros ojos.

—¿Me das diez pesos?

El Vizconde encogió los hombros.

Salió la mujer. Quedó flotando en el aire un olor agrio, fungoso, a cuero mojado.

El pensamiento del Chino Domínguez refluyó. Recordó cierta imperiosa obligación.

—Me voy también —dijo—. El Oso...

Y salió a la calle borrada por la bruma.

LOS TÚNELES MORADOS

LA VIDA de la ciudad en que vivimos, de una ciudad cualquiera, de toda ciudad en fin, vibra en dos tiempos dispares. Un *allegro vivace*, el día. Un *adagio tranquilo*, la noche.

Acaso sea arbitraria esta forma de expresar. Si lo diurno se identifica con lo vivo y trascendente, con el afán acelerado de hacer, deshacer, rehacer, de merodear en torno a la gloria, a la fortuna, a la esquiva felicidad, la noche en cambio pareciera ser el reparo a tanta inquietud, los pulsos lentos y asordinaados de la recuperación.

Pero esa cadencia sinfónica de la noche es tan sólo aparente. Una palpitación se difunde en ondas radiantes y quebranta cierto envolvente ritmo.

Parpadea una luz en una alta ventana. Alguien espera a alguien. Alguien acaso esté muriendo.

O amando.

Puede ocurrir también que la pena, o el temor, o la angustia, hayan encendido esa luz misteriosa que tiembla, se extingue, renace.

El trasnochador imaginativo se hunde en cavilaciones. ¿Qué ocurre en lo invisible, tras esa luz sugestionante?

Una ciudad de provincia, en el Sur, digamos. En torno a su plaza, y hasta no más allá de medianoche, se concentra el hormigueo noctámbulo. Salen los borrachitos (caballeros o *pílicos*) de bares o tabernas, restaurantes o *boîtes*. Unos se marchan de a pie, tambaleando, expuestos a los atracos, o a ser cazados por los radiopatrullas. Otros, los menos, cogen automóviles, propios o de arriendo, y parten. A poco, sobre las calles céntricas cae la soledad. Sólo guardias montados, un coche que pasa, el chisporroteo vibrante y fantasmal de los avisos de neón, rompen el sosiego.

En las noches de invierno, chubascos y ventoleras deciden urgentes retiradas, *la vuelta al hogar*. Las perspectivas aparecen desiertas desde muy temprano. En los muros de los edificios, en las duras láminas del asfalto, el latigazo de la lluvia revienta y se abate, una y otra vez, golpeando y escurriéndose.

Pero si de noche, a cualquier hora de la noche, en invierno o en verano, encamináis los pasos hacia los suburbios, hacia ciertos arrabales que yerguen indecisos perfiles en la frontera de la ciudad y la campiña, podréis escuchar un sordo rumor, una emanación casi subterránea de vida fermentando.

Es el submundo que vive de noche, una ola de murciélagos ávidos, prostitutas, rufianes, asesinos, borrachos. La noche les concierne. Son sus dueños. El juerguista de ocasión, el trasnochador eventual, no cuentan, se renuevan incesantemente, su papel no es otro que el muy incauto de mantener la existencia del enjambre sombrío.

Desde oscuros trasfondos, ladridos exasperantes escoltan con odiosa pertinacia los pasos de los transeúntes.

—¡Malditos perros! —dijo Oskar, apurando el andar.

Lo corroía cierta desazón, un descontento que oscilaba entre la angustia y el odio. “Malditos perros —rezongaba—, malditos, ¿de qué sirven la cultura, la filosofía, si nos destruyen desde fuera con sutiles pero implacables armas? Hazte rico, empedernido ladrón, vende zapatos o camisetas, pan o vino, clavos o ladrillos, compra si quieres sudor, y vende lágrimas, los negocios son los negocios, te llamarán señor, tu mujer echará pieles y diamantes, y te pondrá los cuernos... , ¡ja... , ja... , ja!...”

La bruma parecía condensarse en torno a las distanciadas luces de los focos. Allá lejos, un grupo de individuos parecía agazaparse, esfumándose bajo el velo neblinoso.

Algo latía en el aire, una suerte de vaga amenaza.

Oskar se detuvo en cierto umbral difuso. Menguadas mamparas cortaban la luz interior en negro rectángulo. Pero la luz se derramaba por los bordes de aquéllas, y salía hacia la noche, macilenta, siniestra, mientras la bruma parecía rechazarla hacia adentro, lamiendo con ondulantes lenguas sus imprecisos contornos.

El hombre permaneció en el umbral por largos instantes, pensativo, como apesadumbrado, recordando.

Era también la noche, la niebla. Ramón lo llevaba a casa de Margarita, en la Costanera, saltando charcas pestilentes, orillando acequias de aguas pútridas, un tanto perdido en ese dédalo de miserables viviendas.

—Por aquí —decía Ramón, deteniéndose, avanzando, retrocediendo. Detrás de una esquina, afirmado en el muro, alguien lloraba. Se aproximaron. Era una muchachuela haraposa, enteca, de cabellos lacios y mojados. “¿Por qué lloras?”, preguntó Ramón. Nada. Los sollozos crecían. “¿Dime?” La muchachuela levantó el brazo y se-

ñaló vagamente hacia el final de la calleja. "Esos hombres", dijo.

Forzando la visión lograron atisbar junto al farol de la otra esquina unas sombras inmóviles. "¿Qué pasa?" "Estoy sola en casa, con mis hermanos chicos." "¿Y tus padres?" "Donde mi madrina, bebiendo; todos los sábados hacen lo mismo; vuelven a medianoche, borrachos, se caen al barro, nos castigan." "¿Y esos hombres, qué?" "Echaron la puerta abajo, me querían tomar, arranqué..." "¡Vamos para allá!"

Fueron. La noche, o la bruma, o los muros, se tragaron aquellas sombras. Nadie. La niebla. La soledad. Y la niña llorando. "Buenas noches, cierra tu puerta, ¡y tráncala!, esos hombres no volverán."

Y de nuevo la búsqueda titubeante. En cierta cantina chorreada bebieron cerveza. El tabernero dio la dirección exacta.

—¿Te llamas Oskar? —preguntó la mujer—. ¡Qué raro, tienes el nombre de mi hijo! —y le miró con dulzura.

Había otra mujer allí, Gladys, madura, ladina, de sonrisa estropeada. Y dos hombres muy jóvenes, casi unos muchachos, al parecer estudiantes.

—Amigos —dijo Margarita, presentándoles.

Oskar bebía vaso tras vaso, huraño, sombrío, sin atender a la animada charla de Ramón. Desde una garrafa empajada Margarita vaciaba vino en un jarrón de vidrio, y escanciaba veloces rondas.

Comieron después emparedados, todos, menos Oskar, cuya mirada vagaba en torno sin curiosidad, observando los muros de pino, el ancho lecho, un diván, una electrola de gran tamaño, una colección de flamantes valijas.

—¿Por qué no comes? —preguntaba Margarita, tierna y regocijada, sensual y materna.

—¡No quiero comer!

—¿Y beber?

Sin esperar respuesta, llenábale el vaso.

Ramón quedóse de pronto dormido en el diván. Oskar, a pesar de la conciencia obnubilada por las continuas libaciones, intuyó la sensación de espera abrumadora que trascendían los gestos humildes de las dos mujeres. Abrazó a Margarita, entonces, y estrechó las manos de los jóvenes.

—Perdonen —dijo.

Despertó a Ramón, quien, aún adormilado, se dejó conducir sin protestas hacia el exterior, hacia las aceras lodosas y míseras.

Cruzaron una charca fangosa, tanteando con precaución el espesor del barro.

—¡Diablos! ¿Dónde está mi zapato? —gritó Ramón repentinamente, parado como una grulla en un solo pie.

La bruma ondeaba por encima de sus cabezas, oscilaba en los muros y en los techos, cargada de misteriosa luminosidad. Eran lejanas vislumbres brillando en el barrizal, sesgados escorzos que transformaban esa movediza piel opaca en temblores metálicos.

—¡No busques más, aquí lo encontré! —exclamó Ramón recogiendo algo.

Y salieron del lodazal, pateando el suelo firme para desprender las gruesas pellas arcillosas.

Y ahora, antes de empujar las cortas mamparas, el pensamiento, tenso siempre, abandonó por un instante los panoramas externos. "Es extraño —se dijo—, lo que ocurre a la gente, a mí nó, a los demás, esas vidas en extre-

mo resonantes, plenas de aconteceres, acumulando experiencia y sabiduría, astucia, riquezas. Y yo, ¿qué he logrado obtener? Tedio, amargura, acaso algo grande, indiferencia ante la muerte.”

El recuerdo de su mujer, de los dos niños, lo clavó un segundo.

—¡No, eso no! —dijo.

Y empujó las mamparas que bailaron rechinantes tras sus pasos.

ESA CARTA

“FUE ENTONCES cuando escribía mis primeros versos, a escondidas, como un ladrón tímido y sigiloso. Me pregunto, ¿qué impulso me llevó al duro terreno prohibido? No lo sé. De algo, sí, estoy seguro. No se trataba de esa vocación irremediable de que hablan los poetas verdaderos. Tal vez fue el deseo inconsciente de evadirme del recuerdo odioso y grotesco de tía Mercedes, de sus muslos flacos y velludos, de sus labios vesicantes.

Tía Mercedes y tía Dolores cosían en casas acomodadas. Les pagaban una miseria, pero a veces les regalaban ciertas apetecibles sobras.

Vivíamos en las afueras de la ciudad, detrás del cementerio, en una casa muy ruinosa. No obstante, alguien les arrendaba un cuarto, una mujer a quien por mandato de mis tías alguna vez acompañé (para que la gente no hablara) a esos cursis salones de baile llamados *filarmónicas*.

Me aburría horrendamente. Y aquella maldita mujer no se cansaba de bailar. Regresábamos de noche, cansado, huraño, atento sin embargo a no dejarme ver por alguno de mis avispados compañeros.

¿De dónde salieron los medios para la adquisición de libros, cuadernos, los mil implementos necesarios en esas humanidades interminables? ¿Y zapatos? ¿Y camisas?

Pobre tía Dolores. Uno a veces vive de milagro, remendado, endeudado, maldiciendo la suerte, comiendo una vez al día, muriendo de a poco. La gente es compadecida, lamentan lo penoso que pueda ocurrirte, se conduelen. Pero llegado el instante cierran la bolsa. Y ahí te quedas, sin hallar qué hacer.

Años de Liceo, sin padres ni hermanos, años miserables, desdichados, estudiando sin alegría en libros que me prestaban a regañadientes, a veces deseando morir.

Me reprobaron en el bachillerato.

Me negué a repetir ese examen. Ya no tenía objeto. De todas maneras no hubiera podido seguir estudios universitarios.

Mi deseo es olvidar ese tiempo ingrato. Hay algo, sin embargo, que sobrevive tenazmente, leves matices amarrando mi corazón a un pasado muy lejano, tanto, que pareciera no existir.

Tendría por entonces poco más de doce años. Alguien, no recuerdo quién, prestó a tía Dolores una vaca con ternero recién nacido.

Pueril, ¿no?

Tía Dolores ordeñaba de madrugada. Yo conducía el animal, antes de irme al Liceo, a una granja próxima a nuestra vivienda, en donde tía Dolores contratara talaje.

Ibame por la calle suburbana, arreando la vaca y el ternero, descalzo en los días de lluvia, chapoteando alegremente en el barro.

A media tarde era necesario separar la madre del voraz mamoncillo. Corría entonces por los extensos potreros, saltando alambradas, clavándome en los cardos, maldiciendo a veces, o gritando, hasta conseguir ese propósito.

Al frente, lejos, en el primer plano, el cerco de cipreses del cementerio imponíame su severo influjo. Desde la

margen misma del seto obscuro se alzaban las laderas del Nielol, sus pellines centenarios, su fronda selvática.

Hacia el fondo de los potreros, en anchurosa depresión inundada, crecía un extraño bosquecillo. Los árboles brotaban desde el fondo de esa laguna, y las ramazones entrecruzaban sus brazos retorcidos casi a flor de agua. Todo era misterioso allí, el agua quieta, las raíces acuáticas, la espesa bóveda vegetal.

En las tardes ardientes, mientras sobre mi cabeza volaban las semillas de los cardos, y las chicharras extrañadas en el pasto zumbaban enloquecidas, tendíame a orillas del agua a observar la soñolienta parsimonia de los bagres, sus cómicos bostezos, la gracia perezosa de sus evoluciones.

Cierto día de invierno me consumía la fiebre. Desde mi lecho, junto a la ventana, miraba cómo afuera el viento rugía iracundo. De pronto, entre las nubes arrastradas vertiginosamente, asomó un pájaro que luchaba contra el huracán, rígidas las grandes alas, ora verticales como negra hélice detenida, ora temblando en el supremo esfuerzo del vuelo. Así, frontal o sesgado, inmóvil o aleteante, el pájaro avanzaba conducido por reclamo invencible. Nada podía la furia del vendaval contra esa voluntad instintiva.

Cuando el ave se perdió tras el marco de la ventana, me desplomé sobre el lecho, trémulo, palpitante.

¿Por qué recuerdo ahora, con tal intensidad, tan pequeñas cosas?

Tía Dolores guardaba, como el tesoro que eran, seis cucharas de plata.

Las robé. Y las vendí.

Con lo poco que me dieron, y decidido a nunca regresar, me vine a esta ciudad dispuesto a ganarme la vida."

LOS TÚNELES MORADOS

COMO SI obedecieran a singular conjuro, apenas pasadas las tres de la madrugada el restaurante de Agustín empezó a llenarse de parroquianos, casi todos ellos embriagados.

Entraban hombres y mujeres, se deslizaban por los pasillos hacia los interiores, o penetraban al bar. Algo de la noche venía con ellos, cierto influjo nocturno, una dura persistencia que no se sabía dónde situar: si en los rostros marchitos, o en el húmedo desaliño de las ropas, o en los misteriosos zapatos insomnes.

En torno, y más allá, risas, gritos, blasfemias rotundas. Y humo. Y la musiquilla de una radiola que Agustín manipulaba a ratos con tosca unción. "Rimpianto", "Los millones de Arlequín", "La muchacha del circo"...

Apretada fila de bebedores se codeaba sobre los bordes del mesón tras el cual Agustín (rostro pétreo, manos volatineras) servía y cobraba, cobraba y servía, girando en tiesos pasos de baile.

—Eh, miren a ése —dijo de pronto Rafael, señalando a un individuo de impermeable raído y sucio, furtivamente adosado a la oquedad formada entre un gran refrigerador y el mesón. El individuo (melena rizada, rala, encaneciendo; faz agarena, macerada, espaldas descomuna-

les) pareció sentir en la nuca las miradas punzantes, y se aplastó más todavía contra el muro, masticando a prisa cierto emparedado. El movimiento de las mandíbulas se reflejaba en isócrono aleteo de orejas.

—Sí, ese mismo —dijo Rafael—, mírenlo, es *cogotero*, cuidado con él.

Alguien entró en esos instantes, un hombre grueso, retaco, de rostro perruno, sombrero en mano. Rafael lo miró distraídamente, mas, de pronto, como reconociendo a un enemigo, su actitud se hizo tensa.

—El desgraciado —dijo, y volvió los ojos hacia el rincón.

El hombre de impermeable sucio ya no estaba.

—¿Y el cogotero? ¡Vaya! —dijo el Abuelo, grandemente asombrado—; de veras, ¿qué pasó? Ese hombre se deshizo en el aire, se esfumó bajo nuestras propias narices, acaso no sea sino un duende...

—Un mago —susurró el Pulpo.

Mientras, el hombre cara de perro se introducía a fuerza de codazos en la fila de bebedores, separando rudamente a los recalitrantes que le miraban enojados pero se apartaban respetuosos al reconocerle.

—¡Un Santa Carola Reservado! —mandó el hombre.

—¿Una botella?

—¡Una botella, por supuesto, qué te imaginas! —Y empezó a beber a grandes sorbos ese vino fragante, levemente ambarado, de rútila transparencia.

Al cabo de escaso tiempo el hombre vació en su copa el resto de la botella. Alzó el brazo entonces, y miró al trasluz el líquido de color de topacio. Luego lanzaba rá-

pidas ojeadas en torno, tratando de promover el interés de los trasnochadores. Después, manteniendo la copa en alto, describió con el otro brazo ampulosa trayectoria. Habló con voz campanuda y engolada:

—El arte, señores, es la flor de la vida. Ah el arte...

Lo interrumpió furibunda imprecación:

—¡¡Cállate, animal!!

Era Rafael.

El hombre cara de perro enrojeció de ira, y se contrajo tal un *bull-dog* a punto de embestir. Los ojos inyectados giraron lentamente, deteniéndose en cada uno de los rostros.

Todos permanecían silenciosos, expectantes, hasta el tabernero. En la radiola se adelgazó el sonido; la música apenas si se escuchaba como una melodía de fondo, muy lejana.

La mirada relampagueante se clavó en Rafael. La sostuvo éste sin pestañear, erguida la cabeza, retadora, e insistió con fría decisión:

—¡Un verdadero animal!

Sin mover los pies, el hombre cara de perro adelantó, agresivo, el cuerpo. Pero el gesto duro de los cuatro muchachos lo obligó al reflujo. Torció la boca entonces, en gesto desdeñoso y mordaz:

—¡No me interesa discutir con *pelusas*!

Rafael bebió de un trago el vaso que tenía en frente, y se levantó.

—Perdona, Abuelo —dijo—, y también todos los caballeros presentes... ¡Me voy! —La expresión se le volvió sardónica—. ¡Este animal me hace doler las tripas!

Escupió en dirección del hombre cara de perro y se dirigió hacia la puerta. A unos pasos de la salida sintió

en la espalda un golpe suave, blando, pero perceptible. Se dio vuelta vivamente. A sus pies encontró el sombrero, todo abollado, que el hombre cara de perro le disparara en repentina mas tardía provocación.

Sólo se escuchaba la musiquilla, distante, como filtra da por un muro. Un borracho que dormía de bruces sobre una mesa despertó de pronto, sobresaltado por ese inusitado silencio.

El muchacho, sin abandonar una misteriosa y sarcástica sonrisa, recogió el sombrero, lo desarrugó, limpiándolo con la manga. Lo contempló, luego, intensamente, y se lo encasquetó con donaire. Subióse el cuello del vestón, y salió a zancadas fachendosas sin mirar a nadie.

Irónicos rizos de asombro corrieron por la concurrencia. El hombre cara de perro pareció estupefacto. Vino, tambaleando, hacia la mesa de los muchachos; lo cortó un instante la apostura despreciativa del Abuelo.

—¿Quién es ese individuo que me robó el sombrero?
Silencio.

—¡Llamo a los carabineros!

Hombros obstinados, encogiéndose.

—¡Yo soy Sergio Miranda! ¿Entienden? ¡Sergio Miranda, el gran pintor!!

—¡No será tan grande cuando grita tanto!

—¡De muy cerca viene la recomendación!

—¡Ji..., ji..., ji!...

La cara de perro envejeció de repente, a manchas moradas.

—¡La envidia —dijo—, la cochina envidia! ¡Me pelean mis cuadros! ¡No me perdonan el éxito!... ¡Mi técnica es inimitable!

—Ahí está el peligro: la técnica y el éxito... Puede

que sea usted un gran pintor. Pero, repitiéndose, no será nunca un gran artista.

—¡Ignorante!

—¡¡Animal!!

Alguien aplaudió desde la puerta.

—¡Bravo, Abuelo!

Era el Chino Domínguez.

ESA CARTA

"ALGUIEN, ALGUNA vez, la llamó *ciudad brumosa*. Yo mismo creí, a primeras, en la veracidad del aserto.

Creí.

Ahora ya no estoy tan seguro de su exactitud.

Cuando llegué, hace ocho años, cierto triste mediodía de invierno, un temporal golpeaba la ciudad. Las calles, los edificios, las perspectivas, todo aparecía velado, esfumándose bajo la furiosa lluvia incansable.

Alojé en un fonducho frente a la estación, racionando mis escasas monedas. El temporal cesó durante la noche. A la mañana siguiente, la bruma cubría la ciudad con su opaca, impalpable mortaja. Y algo de esa impresión se replegó dentro de mí, persistiendo tenazmente, después, aún debajo del influjo tierno de las verdes primaveras y de los veranos dorados que se sucedieron.

Guiado por los avisos de los diarios, busqué trabajo. Y a la par con el fluir del día, aumentaba mi angustia.

—¿Tiene recomendaciones?

—¿En qué trabajó antes?

—¿Conoce el ramo de trapos?

—¿Sexto año de humanidades?... Mm... No nos sirve.

—Necesitamos un repartidor, este puesto no es para usted...

—Ya tomamos uno.

La mitología, Euclides, el Renacimiento, los enciclopedistas, Newton, Galileo... Palabras sin sentido para los astutos e ignaros comerciantes. Más importancia tiene para esta clase de gente, en la mayoría de los casos, la diferencia entre el osnaburgo y la crea, o entre el zapato plantillado y el enchinchado, que entre Hegel y Kant.

Aquella noche regresé a la pensioncilla, hambriento, aterido, los zapatos inundados. Bajo las sábanas húmedas, insomne, helado hasta los huesos, los remordimientos me martirizaron. Mis pobres tías... Imaginé su asombro, su pena rencorosa ante las cuatro letras de esa despedida en que, hipócritamente, les pedía perdón.

De pronto, bruscamente, sin transposiciones ni matices, sentí morir la adolescencia. Ahora sí que estaba solo. Comprendí que, hasta entonces, la soledad de mis años pasados no era sino una suerte de engañosa metafísica, una constante psicológica de perfiles inestables. Mi padre primero, luego mis tías, siendo como eran indefensos y desdichados, lograron encontrar fuerzas de ruda abnegación para protegerme y salvarme. Y les había pagado con la más repugnante ingratitud.

Por un instante sentí el impulso quemante de regresar, de besar, abyectamente, las manos de tía Dolores. Pero el recuerdo repulsivo de tía Mercedes y el terror de verme convertido en parásito por el resto de mis días, endurecieron mi sentimiento.

No regresar.

No.

Muy pasada la medianoche, acaso en la madrugada,

me despertaron violentos crujidos de la puerta. Alguien pugnaba por abrirla con torpes empujones.

Me agitó la ira. Me disponía a increpar al imprudente, cuando escuché menudas y veloces pisadas. Una voz de mujer susurró:

—No, don Joaco, hay un alojado, su cuarto es el otro...

Una respuesta gutural. Pasos inseguros, alejándose. Y en el cuarto vecino, un corpachón derrumbándose como un saco de papas sobre un somier quejumbroso.

Decidí cambiar de alojamiento. Era un propósito normal. Pero ¿y dinero?

Al día siguiente, día gris y desapacible, recorrí tiendas y fábricas, farmacias, restaurantes. Nada. De vuelta al fonducho repartí mis monedas: tanto para dormir, tanto para comer un plato en las cocinerías del mercado. Me alcanzaban para una semana más.

¿Tendría que morir de hambre, tirado en la calle, como un perro?

De ninguna manera. Existían, y existen, infortunadamente, recursos fuera de ley. La ley... Palabra sagrada para gente honorable. Palabra sorda para el desesperado.

Una estrella errante me salvó en el momento decisivo.

Otro día, nebuloso y triste. Por las calles hervidoras pasaba gente, hombres apresurados, mujeres orgullosas, niños. Y lujosos automóviles, microbuses repletos, ciclistas.

Despojado de mi corbata, el pelo revuelto, crecidas las barbas incipientes, vagabundeeé por los arrabales. Una enorme casa, de agrietados muros de adobe, atrajo mi atención en cierta esquina. Por grandes ventanales embotados escapaban hacia la calle ruido de motores, zumbido de poleas.

Me asomé a curiosear.

El corazón me dio vuelcos. Eran las maderas de mi infancia, las virutas nostálgicas rodando por el piso lo que allí, enternecidos, vieron mis ojos. Y seis o siete individuos, afanosos, a la cintura el redivivo mandil de tocuyo.

Latiéndome las sienes, penetré al almacén de la mueblería por la puerta de la esquina. Un hombre, sentado en deslumbrante sillón azul, leía un periódico. Al sentir mis pasos bajó el papel y me miró un instante por encima de los anteojos con aros de alambre. Se enderezó dificultosamente.

—¿Qué quieres?

Su voz, baja y profunda, rica en inflexiones, de pronunciado acento español, imponía respeto.

—Busco trabajo señor.

—¿Te gusta el trago?

—Nunca he bebido, señor.

—Ya lo harás, y ¿qué sabes hacer?

—Ayudante de mueblista, tal vez.

—¿Adelantado, o segundo?

—Segundo, señor.

—¡Ven por aquí!

Entramos al taller. Los obreros me miraron curiosamente. El hombre cogió un trozo muy pulido de madera.

—¿Qué es esto?

Un alud de viejas resonancias atropelló mi corazón alborozado.

—Raulí, señor,

—¿Y esto?

—Mañío, señor.

—¿Y esto otro?

—Avellano.

Fue el hombre hacia un pañol de herramientas. Co-

gió una garlopa y de dos golpes de martillo extrajo el filo de acero y la cuña. Me tendió las piezas.

—¡Cepilla esa tabla!

—¿De plano o de canto?

—¡De canto!

Casi mecánicamente armé la herramienta. Con aires de entendido avizoré a ras su brillante superficie inferior. Tanteé con los dedos el acero sobresaliente. Aflojé, golpeé. Moví los brazos, y de un solo rizo desbasté el rugoso lomo.

Me ardió el rostro.

—Ven —dijo el hombre.

Fuimos, él delante, cojeando.

—Señor, también podría ayudar en las cuentas, en las facturas.

El hombre me miró, inquisitivo. Me alargó una lapicera.

—Escribe —me dijo, y me dictó una frase.

Cogió el papel, leyó, y volvió a mirarme, profundamente.

—Tienes una hermosa letra.

—Regular no más, señor.

—No. Buena. Mejor que la mía... Ven desde el lunes, el jornal es de tanto.

—Gracias, señor... Pero ¿no podría empezar desde ahora?

Y ante su gesto interrogante:

—Es que estoy muy necesitado.

Mis compañeros me acogieron con silenciosa cordialidad. A media tarde, en tarros de hojalata, prepararon café. El maestro Nieves, de quien fui designado ayudante, me convidó la mitad de su pan.

Maderas. Virutas. Olores penetrantes, a cola, a barniz. Y los pensamientos, refluyendo.

Al día siguiente, en un intervalo de la faena:

—Maestro Nieves, ¿dónde podría encontrar alojamiento barato?

El cuarentón (rostro ascético, rasurado, sienes plateadas) me contempló con sus tranquilos ojos pardos. Meditó un instante.

—¿Barato? —dijo por fin—. Nada es barato. Tal vez el Hogar, sí, el Hogar...

Y me dio una dirección.

Apenas salí del taller busqué, preguntando, aquélla. La casa presentaba tranquilo aspecto. Sobre el dintel, un largo letrero: **EJERCITO DE SALVACION. Hogar para hombres.**

Abrió el portero, un muchachón adusto. Enarcó las cejas.

—¿Habría una cama?

El muchachón torció el rostro hacia el largo pasillo.

—¡Teniente Romero!

Vino el teniente, pálido, cenceño, ojos fulgurantes, orejas de plato. Vibraba en su voz no sé qué cálida resonancia, un tono admonitivo y convincente, de predicador.

—Lástima —dijo, después de observarme atentamente—, todos los cuartos individuales están tomados... Sólo queda una litera, en un colectivo; no sé si le convenga; véala, por aquí...

Camas sobrepuestas. Cubiertas manchadas. Olores fúrgosos.

—¿Cuánto cuesta?

—Tanto.

Era cifra inferior a la mitad de lo que me cobraban en el fonducho.

—La tomo.

El gesto del teniente se tornó caviloso.

—¿Inmediatamente?

—Sí, me quedo.

—Debo hacerle una recomendación. Le aconsejo entregarme en custodia los valores que tenga, dinero, reloj... Viene por aquí gente de malas costumbres, se los podrían robar, y la casa no responde...

—Oh, no. Nada tengo.

—Ah, ésa es su cama —y me señaló una litera baja—. Hay dos horas de salida, una a las seis y otra a las siete de la mañana.

Pagué.

Fuese el hombre. Una ampolleta pegada al cielo raso y protegida por un canastillo de alambre difundía sobre la superficie una luz mortecina quebrándose en las oscuras oquedades de las literas.

Me acosté, temeroso, ocultando mis ropas bajo la frazada. Pronto se inició el desfile de los pensionistas. Sonaba el timbre de la puerta, y entraban de a dos, o de a tres, algunos furtivos, huidizos; otros, rudos, vociferantes.

Sombras perplejas. Ropas deslizándose. Crujidos. Olores acres, a cuerpos sudados, a orines.

Un borracho empezó a cantar súbitamente:

*Salid, niñas bellas,
salid al balcón...
Que mi al...*

Un hipo magistral cortó el canturreo. Risotadas bestiales. Escupitajos. Maldiciones.

A las once de la noche apagaron la luz. Me dormí muy tarde, tembloroso, espantado.

Me despertaron sacudones nada suaves. Era el muchachón de la portería.

—¿A qué hora piensa levantarse?... Todos se han ido ya.

Me vestí rápidamente.

Pero mis zapatos no estaban. En su lugar yacían unas alpargatas hediondas, rezumantes, podridas.”

LOS TÚNELES MORADOS

EL MESON formaba una herradura. El rincón abierto se prolongaba en un cuarto penumbroso en que dos mujeres preparaban cierta humeante fritanga.

Oskar se afirmó en la cubierta. Trató de recordar algo sin conseguirlo, algo que continuaba mordiéndole adentro. Sintió de pronto una profunda lástima de sí mismo. "Un borracho —dijo—, un borracho despreciable..." Lo invadieron el desconsuelo y un extraño sentimiento de humildad. "Bien merecido me lo tengo", pensó... Luego lo dominó la ira, el rencor. Después, congoja, una melancolía invencible. Pero los pensamientos no podían anudarse, iban a saltos, rompiéndose.

Se acercó una de las mujeres.

—¡Una caña de tinto!

La mujer cogió un vaso y una botella. Antes de escanciar observó con detención al hombre. Y al reparar en el temblor de sus manos, en el leve mas persistente tambaleo:

—Pague antes —dijo—. El patrón no quiere *roscas de curados*.

El impulso de protestar ardió en el hombre, pero se le disolvió instantáneamente en la bruma de la embriaguez.

Juntó penosamente las últimas monedas.

—No tengo más —dijo.

La mujer hizo un gesto vago, y sirvió el vaso. El hombre bebió la mitad del contenido. Y, sin soltar el vaso, persiguió una idea huidiza que se esfumó soslayando la imagen.

Diose a mirar, después, lo circundante, los muros desnudos, una puerta, un hombre que dormitaba rígidamente sentado a una mesilla en un rincón.

Acudió la idea, nítida.

—La hora —dijo—. ¿Qué hora es?

—Pregúntele al patrón —dijo la mujer, y señaló al hombre sentado.

Fue hacia la mesa Oskar, y sentóse pesadamente frente al hombre.

—Perdone, caballero, me embriagué de repente... La hora, por favor.

El hombre, un viejo calvo, gigantesco, barba y sienes acribilladas por tías y cortas púas blancas, miró la muñeca del brazo derecho y contestó con voz de sochantre:

—Un cuarto para las cuatro, mi señor.

El brazo izquierdo, tendido sobre la mesa, parecía no pertenecerle. Era un brazo estatuario, inmóvil, repelente. Oskar miraba fascinado. "Esa mano", pensó... Era una mano encogida, crispada, los dedos lisos, lustrosos, de horripilante color amarillo, emergiendo muerta desde la manga de lana.

El viejo sonrió. Asomaron dos robustos colmillos de oro en la boca taimada. Con la mano derecha extrajo un lápiz desde algún bolsillo, y golpeó rítmicamente la mano amarilla.

Una percusión hueca, escalofriante.

—Bonita, ¿no? —dijo el viejo—. Es de madera, me

la hizo el chico Valencia, perdí la mía en el terremoto; una viga, ¿sabe? —La voz se adelgazó más todavía, insinuante, viscosa—: Por si se le ofrece, ¿sabe?, arriba tengo camas... Si quiere, hablele a alguna de las niñas que atienden, una de ellas es hija mía...

Y como disculpándose, mientras los ojillos escrutaban cínicos y maliciosos:

—Es que el negocio anda muy mal, mi señor.

—*Viejo chanco* —dijo Oskar, o tal vez quiso decir y no lo dijo, y sólo pensó decirlo, pues el viejo continuaba sonriendo. En cambio, se preguntó a sí mismo en voz alta:

—¿Qué significa la palabra *ausencia*? ¿Ah?

El viejo encogió los hombros, pestañeando, y bostezó.

Alguien se asomó fugazmente en la puerta del muro. Al cabo de un instante los batientes se abrieron, y el jovenzuelo de ojos azules apareció en el umbral.

Oskar detuvo en él la mirada errante. En la mente confusa cambiantes recuerdos pugnaron por asociarse. "De veras —dijo de pronto, asombrado, y buscó en sus bolsillos la tarjeta, sin encontrarla—. Qué importa, la he perdido, granuja..." El jovenzuelo llamó con la mano. Oskar bebió el resto de vino y se levantó.

—Venga —dijo el muchacho—; por favor, comparta nuestra mesa... Estuve donde las niñas, con mis amigos, y ando un poco... intemperante. Pero a esta hora, ¿qué?... ¿Viene? Lo invito.

Oskar se dejó conducir al cuarto vecino. Uno de los muchachos dormía de bruces sobre la mesa. El otro parecía meditar.

Vasos. Una botella de coñac a medias.

Tedio.

Cansancio.

El de ojos azules cogió la botella.

—¿Me recuerda?

La embriaguez de Oskar reflujo en una ola obscura, dejando al descubierto cierta opaca lucidez.

—Sí —dijo—, algo.

—¿Le sirvo un trago? Es coñac.

—¡No!

—Oh, lo que usted quiera... ¿Tinto?

—Bueno, tinto.

El de ojos azules batió palmas. Vino una de las mujeres.

—Traiga un tinto de buena familia para el caballero.

Trajo una botella la mujer, escanció, fuese, y a continuación reapareció con platos de pescado frito.

—No quiero —dijo Oskar—. Me carga el pescado, toda la vida comiendo pescado..., pescado frío, arroz frío... ¡Abajo Marmeladoff!

—Pero ¿qué le pasa?

—Nada, oh, perdone... Sólo quiero beber.

Y se echaba al colete grandes vasos de vino.

Habían despertado al que dormía. Pronto se vaciaron los platos. Flotaba en el aire la pesada noche, la dura fatiga. Y, no obstante, la llegada de Oskar parecía fustigar cierta inaudita sensación de acontecimiento inesperado y a punto de producirse.

Oskar bebía, agotando la botella.

—No —dijo el de ojos azules—. Ya no podemos beber.

—¿Y ese coñac?

—Ahí se queda... Si lo desea, puede guardarlo.

—Me lo llevo —dijo Oskar, y cogió la botella.

—Espere, no se vaya todavía, tengo que proponer-

le algo; no estoy muy lúcido, pero trataré de ser explícito...

Una gota de punzante desconfianza corrió por el entendimiento de Oskar. Desconfianza y curiosidad. La confusión mental empezó a ordenarse por cauces distorsionados.

—Usted dirá...

—Al grano, entonces. Mi tío prepara su candidatura presidencial, y he venido desde Santiago con estos amigos a reclutar periodistas de garra. Me hablaron de usted...

—¿Quién es su tío?

—Ah, por ahí debía empezar... El General Inocencio. Se retiró de las filas, pero el arrastre es formidable... Compramos un diario en la capital, y queremos gente sin compromisos, decidida, valiente... La paga es espléndida, el triunfo seguro, creo que no vale la pena pensarlo dos veces.

—Un momento... ¿Usted se refiere al ex Ministro?

—¡Exactamente!

El pensamiento de Oskar nadó, veloz, entre dos aguas. Arriba, un estupor iracundo. Recordó apaleos de obreros, encarcelamiento de periodistas, de empleados bancarios, la inflación devorante.

Abajo, una risa incontenible.

En medio, reptando, la embriaguez.

Por el rostro inexcrutable cruzó misterioso destello. Intuyó ominoso descalabro si provocaba pendencia. También, ahí, al alcance de su mano, estaba la botella de coñac. No quería perderla. Súbitamente, los planos se invirtieron. Frenó la risa que le ardía en la piel, y, con artera inocencia, se dio a escabullir el ofrecimiento.

Exageró, astutamente, la embriaguez.

—No —dijo—. Es un gran honor, pero no puedo aceptarlo.

El de ojos azules se impacientó. Su irritación pareció transferirse a los acompañantes.

—¿Se puede saber la razón? —inquirió con tono de hombre habituado a mandar.

—Sí, cómo no... Se trata de una vieja historia.

—¿Cuál vieja historia?

—Una vieja historia muy buena.

—¿Eh?

—Sí, muy buena y muy terrible.

—¡Dígala de una vez, hombre!

—No se puede.

—¿Por qué? Vamos a ver...

—No se puede, porque es muy terrible.

—¿Me está tomando el pelo?

—No, de ninguna manera, pero resulta que no se puede.

Los ojos azules fulguraron.

—No te *tuestes*, Raúl —dijo uno de los acompañantes—. No hay nada que hacer, el amigo está muy *cocido* y *cantinflea* a su gusto.

Oskar cogió la botella, y se levantó dificultosamente.

—*Good night!*... ¡Muchas gracias!

Y salió, a grandes tambaleos.

Cerraba la bruma. Pero sus velos aparecían lívidos, degradando la primitiva opacidad en el influjo de la madrugada inminente.

El hombre torció la esquina inmediata.

Nadie.

Alzó la botella, entonces, y bebió un largo trago. En

mitad de la cuadra volvió a beber, ahora hasta la última gota.

Anduvo algunos metros. Sintió de pronto girar el mundo, un torbellino lo cogió en rondas delirantes, los huesos huyeron de las piernas.

Y se aplastó contra el suelo como una bolsa de adoquines.

LOS TÚNELES MORADOS

EL HOMBRE cara de perro volvió al mesón, enfurruñado, ofendido.

—¡Otro Santa Carola!

Agustín descorchó prestamente la botella. "Este se va a curar hasta las patas; con tal que no arme camorra..."

Mientras, el Chino Domínguez sentábase a la mesa del Abuelo.

—¿Encontraste al Oso?

—Lo he buscado hasta debajo de las piedras. Se lo tragó la tierra.

—No te preocupes, ya aparecerá... ¿Un trago?

El Chino encogió los hombros, dubitativo.

—Es curioso —dijo, sacándose la gorra de cuero—, he comido apenas, pero sí he bebido, y el vino no ha logrado agarrarme... Me caigo de sueño, no busco más al Oso, que se las arregle solo. Ah, me encontré en la esquina con Rafael, no me habló, pero me hizo al pasar una gran reverencia... ¿De dónde sacaría ese chambergo?

—Je, los pinceles, hijo.

El hombre cara de perro bebía su botella. Al lado, un jovenzuelo movedizo y elástico, de talla escasa y

rostro lavado y burlón, comía vorazmente cierto grueso emparedado.

El hombre cara de perro, copa en mano, lo increpó con rudeza:

—¡Sáquese el sombrero!

El muchachote lo miró entre divertido y amoscado. Masticando siempre y sin apartar los ojos avizores del rostro agresivo, alzó el sombrero en afectado saludo.

—Ahí va a pasar algo —dijo el Pulpo—. ¿Conocen a ese *chicoco*?... Es *Musculito* Poblete, el mejor liviano del sur de Chile, osornino, de mi tierra...

En el mesón:

—¿Y qué más se le *frunce* al caballero?

—¡Que te saques el sombrero, te digo, hijo de perra!

—¡Y por qué no te vas a la mier...!

La palabrota naufragó en la ola de vino lanzada por el hombre cara de perro al rostro que pasó velozmente de la sorpresa a la ira.

Sin reparar en el líquido escurriéndose desde las mejillas hacia el cuello, el jovenzuelo cayó en guardia, bailó un instante en la punta de los pies y lanzó repentinamente un derechazo fulmíneo.

El hombre cara de perro se fue de espaldas contra el refrigerador, rebotó en la pulida superficie y cayó, atontado, al suelo. Vino Agustín lleno de azoro, abrió el refrigerador, y sólo entonces, al verificar la ausencia de daños, ayudó al caído.

—¡Váyase, por favor, no me comprometa, mañana me paga, váyase!

El jovenzuelo permanecía en guardia, furibundo, tal un gallito al rojo. La cara de *bull-dog* se fue adelgazando, adelgazando, hasta perfiles increíblemente lacios.

—Sí —dijo—, me voy; por usted no más lo hago...

La tensión de los noctámbulos se cortó a bostezos.

—Parece mentira —dijo el Abuelo— cómo embrutece la trasnochada; muchas veces me hice el propósito de suprimir esta bohemia estéril, agotadora, mas no he podido mantenerlo... Resisto durante meses, pero llega el momento en que la noche me traga... ¿Afán de evasión? ¿Desencanto? No lo sé. Y lo peor es que nada ocurre, siempre los mismos lugares, las mismas gentes, borrachos estúpidos, rameras infelices, desgraciados de toda laya; termino asqueado, pero vuelvo... ¡Ay! ¿Cuándo acabará todo esto?

—¡Pchs! —dijo el Chino—, cuando te cases.

—¿Casarme?... Buu, eso está muy lejos. Pienso en...

La frase quedó en el aire. El Abuelo pareció alucinado.

—Ya vuelvo —dijo el Barbón al pasar junto a la mesa—, es una suerte que te haya encontrado aquí —brillaron las pupilas penetrantes—, y con poco trago adentro.

Y se pegó nerviosamente al teléfono escondido tras el mesón.

—Acompáñame —dijo después al Chino y al Abuelo—, acabo de pedir la Asistencia, el caso es urgente y salía más corto llegar hasta acá...

Y en la calle, mientras avanzaban velozmente, casi corriendo por las aceras desconchadas:

—A la matrona de los bajos se le pasó la mano, me pidió auxilio, un útero perforado, mira qué colorina de tan mala suerte...

—¿Colorina? ¡Hombre —dijo el Abuelo—, creo que la conozco!

—Mejor así, rápido, rápido, la mujer se desangra... No hay, me parece, otro recurso que la histerectomía.

Tendida sobre la camilla del raído consultorio, apenas respirando, el rostro exangüe, palidísima, la colorina parecía desmayada.

El Barbón abrió un maletincillo, y extrajo de allí una suerte de almohadilla que amarró fuertemente al brazo de la enferma; conectó luego una especie de reloj, unos auriculares, de largas guías y un insuflador de goma con el que inyectó aire en la almohadilla; soltó luego el aire, que escapó silbando, mientras observaba la trémula manecila del reloj. Repitió la operación.

—Pésimo —dijo—, la presión ha bajado casi a cero.

—Además de la presión, ¿qué otra cosa has hecho?

—Un taponamiento con gasa.

—¿Nada más?

—Ah, sí, una hipofisina intramuscular.

El Abuelo, despabilado ya, buscó afanosamente las pulsaciones apenas perceptibles. Palpó después el vientre endurecido, tenso. Las manos expertas comprimieron levemente cierto preciso lugar.

La mujer lanzó un quejido.

—Coramina —dijo el muchacho—, ¿hay coramina?

—¿Cuántas gotas? —preguntó la partera.

La mujer, como impregnada de silencioso terror, se movía con rapidez furtiva y acechante.

—No —dijo el Abuelo—, gotas no, inyectable.

Por el rostro de la mujer cruzó una ráfaga de angustia.

—No tengo... Sólo gotas.

—¡Qué hacer, usemos gotas!

—¿Cuántas?

—¡Veinte! —dijo el Barbón.

Temblaban las manos de la mujer. El líquido se derramó en las encías lívidas. El vidrio del gotario castañeteó lúgubrementemente en los dientes trabados.

Se escuchó en la calle una sirena ululante.

—Vamos —dijo el Barbón—, ahí está el furgón de la Asistencia; no, usted se queda, nada tiene que hacer allá...

Atenuado por la distancia se oyó el canto de un gallo.

Sobre el paño de la camilla vacía quedaron grandes manchas rojas.

ESA CARTA

“EL MAESTRO Nieves me llevó a su casa; tal circunstancia, pese a las irónicas protestas de mis otros compañeros, me salvó de pagar el *piso*.

El hombre vivía con su madre, una anciana flaca llamada Clementina, señora Cleme le decían en la vecindad, y una sobrinilla de once o doce años de edad. Allí, acogido con ternura silenciosa, un poco ruda, viví algún tiempo. De día trabajaba. De noche, leía. El jornal, muy escaso, bastó sin embargo para darme por vez primera firme sensación de seguridad.

—No estudie tanto —decíame el hombre—. Se va a enfermar de los ojos.

Era presbiteriano. Dos tardes por semana después del trabajo concurría al templo. Las otras destinaba a la confección de mueblecillos que la señora Cleme vendía de casa en casa.

A veces leía la Biblia.

En alguna ocasión me contó su *camino de Damasco*:

—No crea, no siempre fui mueblista. Antes viví en el campo, en los alrededores de Angol; hortalicero, mi especialidad era el zapallo. Ah mi Dios, qué cosechas. Miles y miles. Por más las medias con los patrones *Buster*, mi parte era buena. Y ¿de qué me servía? Llegaba al pueblo, ven-

día mi carretada, y me largaba a tomar con los amigos... Por el camino, de regreso, perdía las prevenciones, el tabaco, la yerba, la plata y el sombrero... ¿Me creerá? Cuarenta y tres sombreros. ¡Cuarenta y tres! ¡Puros fracasos malos!... Hasta que un día, *capando* unos tomates, pensando en el vicio, escuché la voz del Señor... Así fue cómo me hice evangélico. Ojalá todos pudieran ser como Saulo, reconocer el error, encontrar la virtud y practicarla.

Otra vez, después que ayudara a la chica a resolver uno de sus menudos problemas escolares, el maestro Nieves me llamó aparte.

En su voz vibraba no sé qué soterrada resignación, una tristeza mezcla de indignación contenida y de estoicismo.

—Pero la cizaña crece hasta en el más cuidado jardín. No todos los evangélicos son mansos, limpios de corazón. Hay también ovejas negras, sepulcros blanqueados... Mire a esa niña, Anita, hija de mi hermana. Ella, mi hermana, es muerta. Trabajaba en una fábrica, y el bo-deguero, el predicador Miguel, hermano mío en el Señor, la engañó con palabras malas... La tomó el malvado, y cuando nació la niña se desentendió de la responsabilidad. Las botó a la calle. Yo las recogí. No quise manchar mis manos. Sería la voluntad del Señor... Pero mi hermana no pudo resistir la vergüenza. Murió la pobre. Ahí está la niña, creciendo. Dejo el castigo en manos del Señor... Cambié de iglesia. Antes era adventista, ahora soy presbiteriano.

La permanencia en casa del maestro Nieves me impuso forzada castidad. Ello me significó apreciables ventajas. Compré sopanda, frazadas, ropa, en lancinantes cuotas semanales.

Pero el ambiente se me fue haciendo difícil de soportar. En la calle miraba con ansiedad a las mujeres que pasaban. En verano especialmente. Los brazos desnudos, las grupas elásticas, los escotes provocadores, me producían dolorosa inquietud.

Y en el taller, el rudo primitivismo de mis compañeros, su falta de ambición, la inclinación irresistible hacia la borrachera, lastimaban un secreto orgullo indefinible. Eran artesanos magníficos, maestros consumados, amigos leales y generosos. Recuerdo en especial a uno de ellos, tallador de madera, un artista verdadero. Era en verdad sorprendente verle gubia en mano desbastando amorosamente las aristas que se le entregaban sumisas. Poco a poco surgían volutas, arabescos, hojas, graciosos corimbo, patas de animales mitológicos. Ganaba mucho. Aparecía por el taller los martes, o los miércoles, los labios brillantes, los ojos alucinados, las barbas crecidas, oliendo a vino.

Así eran. Nada les atraía. Alguna vez alguien les propuso incorporarse a la lucha política, el ingreso a un sindicato. Se interesaron al principio. Mas la conciencia de clase, latente en ellos, no lograba despertarse. Nadie concurrió a las reuniones. Yo mismo me desentendí desde el comienzo. No era desdén precisamente, sino indisciplina, abulia, un escepticismo inexplicable.

La esforzada artesanía endureció mis músculos. El trabajo de oficina escaseaba; el taller absorbía casi todo mi tiempo. Ahí fluían las horas, los días, las semanas.

El tedio empezó a rondarme.

Decidí cambiar de ocupación. Me presenté a un concurso, y gané una plaza de locutor de radio.

—No podías durar acá —me dijo el patrón—. Esto no era para ti. Qué hacerle, que te vaya bien... Si algún día quieres volver...

Dejé también la casa del maestro Nieves. La decisión me flaqueó cuando, en el momento de partir, vi los ojos de Anita velados de lágrimas.

Pero nadie escapa a su destino.

El revuelto mundillo de la radio me hizo conocer a una fauna humana pintoresca, pretenciosa, improvisada, bohemios, cantantes, actorcillos de humos largos y vuelos cortos. Había gente valiosa, claro está, pero eran aves de paso, luego se marchaban atraídos por el brillante candil de la capital.

La maldita hurañez me deparó, si no amigos, ningún enemigo, a excepción de un veleidoso y presumido poeta de quien no deseo acordarme.

Empecé a trasnochar, a beber. Más de una vez amanecí al lado de alguna hembra zalamera y venal. Y desgraciada.

Hasta que...

Dios, son las cuatro de la mañana. Ya no llueve. He mirado por la ventana hacia la calle, y la niebla errante deslíe los contornos. Todo aparece moribundo, las luces, los perfiles. El tiempo pasa, transformándonos. ¿Transformándonos? No, tal vez. Integrándonos. Pensándolo mejor, acaso el tiempo no fluya. Está. Somos nosotros el material informe que el tiempo conforma, perfecciona y aniquila.

Cierta noche, casi de madrugada, abrumado por el alcohol y la soledad, caí en astrosa taberna. Lo de siempre. Humo, rumor, olores capitosos, parejas en los rincones, borrachines gesticulantes.

Vino la tabernera, canosa, pelo rizado, gesto procaz.

—¡Un pisco!

Aleccionado por duras experiencias pagué de inme-

diato. El rumor del local cesó repentinamente. Se alzaron entonces, nítidas, cadencias de guitarras.

Puse el oído atento.

*Una copa más, tal vez un poco amarga,
por ese gran cariño...*

La canción se derramaba nostálgica, trascendida de grandes prosodias románticas. Y era en verdad extraño el contraste entre la finura de las voces y el aspecto raído de los guitarristas.

*...que nunca volverá...
¡Una copa más!*

Eran dos mozalbetes flacos, mal vestidos. Uno, rubio, de grandes melenas lacias y perfil de choroy. Cantaba fruncido para disimular el único diente, que, pese a los esfuerzos, asomaba indiscreto en las encías huérfanas. El otro, moreno, descarado, abría una boca de pez agonizante.

—¡Bravo!

—¡Muy bueno!

De varias mesas les alcanzaron copas. Vino hacia la luz un borracho tambaleante, tuerto, de labios apretados, caídos, furibundos.

—¡Un tango, maestros!

Y le brillaba el ojo.

Sonaron de nuevo las guitarras.

*¡Adiós, pampa mía, me voy,
me voy a tierras extrañas!*

Se fue el borracho a su rincón, y volvió con un niño cogido de la mano, a rastras.

—¡Ven, te digo, bailemos!

—¡No quiero, suélteme, papá!

Y miraba con sus negros ojos temerosos.

—¿Eh?... ¡Mírenlo!... ¡Conmigo no quieres bailar, carajo! ¡Ya, bailemos!

Y abrazado al niño dibujaba estrafalarios firuletes con las piernas, avanzando, retrocediendo, yéndose de lado, volviéndose.

En un giro la luz dio de lleno en el rostro del niño. Grandes lágrimas escurríanle por las mejillas.

Una voz retumbante dominó el pegajoso canturreo:

—¡Suelta al chiquillo, imbécil!

El tipejo apretó más todavía al niño, y continuó bailando. Resonó un puntapié. Y un puñetazo en los omóplatos. El individuo encogió los hombros y siguió bailando, delirante. Sólo se detuvo cuando las guitarras callaron de golpe.

El ojo fulguraba, iracundo.

Agachado, furtivo, el tuerto, ajeno a las maldiciones, salió hacia la calle con el niño de la mano.

—¡Algo para la música!

El guitarrista rubio recogía dinero en el dorso de su instrumento. Echó un billete.

Escuché de pronto a mis espaldas una voz aguda, de repelente tonalidad:

—¿Nos convida un traguito?

Una pareja sonriente me miraba. La mujer, pequeña, remendada, de dientes podridos. El hombre, muy moreno, casi negro, de *jersey* oscuro, cuello subido, de cabello en rizos, ojos sobornadores, sonrisa impúdica.

—¿Cómo te llamas?

—Raquel.

—¿Y tú?

—Mañunguito... ¿No ha oído hablar de mí? Dicen que soy de lo mejor...

—Eres marica, entonces.

—Oh querido, qué palabra tan fea... Soy, sí, vendedor de carne humana.

—¡Ni qué hablar!

Y bebí mi vaso.

Al cabo de un instante me sentí cogido por la manga. Era la mujer, los ojos llameantes, el gesto taimado.

—Oiga, no sea sinvergüenza, devuélvame los quinientos.

—¿Qué te pasa?

—Mi billete, pues. Aquí lo tenía hace un momento, en mi bolsillo, y usted no más me lo sacó.

—¡Andate a la...!

La mujer me cogió el brazo con ambos manos. Sentí las uñas clavándome la piel.

Me desprendí con violencia. La hembra trastabilló. Se formó un corro amenazante. Una voz de mujer, tranquila y firme, admonitiva, venida desde atrás, desarmó la tentativa de extorsión.

—Raquel —dijo—, sé quién eres. Una chantajista. Diez veces te he visto hacer lo mismo. Nunca te denuncié, de lástima, pero ahora no te permito, conozco a ese joven, vete...

La pareja, sorprendida, se escabulló entre silbidos y denuestos.

Cogí una mano de la mujer.

—Cuánto le agradezco; si no es por usted, lo hubiera pasado mal. Pero, la verdad, ¿me conoce?

La mujer, madura, de grandes ojos negros, me miró sonriendo.

—Oh —dijo—, yo no, pero mi compañero sí lo conoce.

Acercóse un hombre que me estrechó en apretado abrazo.

—¡Rodolfo, qué alegría, ignoraba que estuvieras en esta ciudad!

—Sí, hace ya cinco años, estudio para médico, tenemos mucho que conversar.

Miró a la mujer.

—Ella es Eliana —dijo.”

LOS TÚNELES MORADOS

LOS HUESOS de las piernas regresaban mágicamente. Calzaban de nuevo en las fundas lacias, restableciendo de a poco los juegos musculares. En el cerebro persistían las revoluciones endiabladas, pero la conciencia asomaba a intervalos espaciados perforando el embotamiento con fugaces destellos.

Sentóse en la solera con infinita dificultad, hundiendo los zapatos en el cauce de la cuneta inundada. El agua penetró a chorros por las suelas rotas, mas la epidermis anestesada no registró ninguna sensación.

Lo clavó a punzadas una inquietud que no podía adquirir forma. Las manos, casi ingobernables, palparon los bolsillos interiores, hurgueteándolos en torpes intentos. Pareció tranquilizarse. Ahí estaban su billetera, la pluma fuente, y algo más todavía, algo indefinible, lejos de lo habitual, algo así como una cuchara o un tenedor.

Lo trascendía imperiosa urgencia, un mandato subconsciente: regresar a cierto lugar seguro, único refugio. Procuró levantarse, y le fue imposible. A gatas entonces, arrastrándose, reptó hacia el muro cercano. Asiéndose a las resbaladizas columnas de un balcón sobresaliente, logró ponerse en pie tras esfuerzos inauditos. Trató de andar, pero las piernas no le obedecieron. Parecían no perte-

necerle. Las ropas empapadas le pesaban duramente. Otra tentativa. Las manos se deslizaron vertiginosamente por la fungosa superficie de las columnas, y cayó de nuevo al suelo rozando el rostro en cantos crueles.

Ahí, tendido en la acera mojada, luchando angustiosamente contra el sueño, permaneció largos instantes. No se podría asegurar si, a ratos, no fuera vencido por la tenaz modorra. Acaso durmiera, mientras la bruma errante lamía impasible el cuerpo mísero.

Pero la voluntad latía, insomne, en alguna escondida madriguera. Llegar, llegar, y entonces dormir, densamente, amparado y defendido.

Se alzó de nuevo, trabajosamente. En la boca reseca apareció un regusto tibio y dulzaino que el hombre paladeó con asco y placer a la vez. Llevó la mano al rostro. Sintió leve dolor.

Apoyado en las salientes de los edificios, oscilando en bruscos vaivenes, avanzó con penosa lentitud. En la esquina volvió a caer. Cruzó la bocacalle en cuatro patas, como animal recién nacido.

El muro próximo le sostuvo en pie. Siguió avanzando. Hendía una atmósfera irreal, un túnel sin vibraciones, de tonalidad vagamente morada. El único eslabón con la vida era ese muro. En torno, y más allá, el misterio, la nada.

Pero el instinto le conducía sin vacilaciones. Así, cayendo y levantándose, rompiéndose más y más el rostro y las manos, golpeándose sin misericordia en el duro empedrado, anduvo cuerdas, torció esquinas, y llegó por fin al límite: una puerta sobre la cual se desplomó, en ruinas.

Lo despertó el dolor, una sensación de ardiente frescura. Abrió los ojos. No pudo moverse. Tendido sobre el

lecho contempló largamente el cielo raso mordido por la humedad, las hilachas de las arañas en las junturas de los listones, los ángulos negros.

La ventanita difundía lechosas vislumbres de ese amanecer de invierno.

Entonces recordó. Hasta donde pudo. La mujer cambió la compresa manchada de sangre, y alisó con dedos maternos el cabello alborotado.

No se atrevió a mirarla. Cogió esos dedos, torpe y tiernamente, y los llevó a los labios.

Sintió de pronto que le ardían las orejas.

ESA CARTA

“ME VENCIO la poderosa sensualidad de la mujer.

Abandoné mi ocupación. Me convertí en rufián, en *cafiolo*. ¿Me avergüenzo? Sí, me avergüenzo de estos años perdidos, de este naufragio repugnante y obscuro.

Destruída la dignidad por largos años de prostitución, Eliana me arrastró, digo mal, me dejé arrastrar, en la caída. Al comienzo fueron contactos pasajeros, distanciados. Luego, frecuentes. Después, la vida en común, parasitaria, innoble.

Alguna vez, atenaceado por devorantes escrúpulos, le propuse una vida decente, lejos de lo que conociera.

Rió.

—Niño —me dijo—, no sé qué me atrajo en ti. Aca-so tu juventud. No quiero volver a enamorarme. Soy prostituta vieja, y algún día me dejarás. ¿Qué sería de mí? Déjame ser lo que soy. Nada te pido. Estoy maldita, lindo.

Suspiró.

—Sería mejor que te fueras, ahora mismo, antes que sea tarde...

Y otra vez en que, asiéndome a las ruinas de la voluntad, insistiera en lo mismo:

—No seas majadero.

Y al ver mi quebranto:

—Escucha —me dijo—, hace algunos años un hombre como tú me propuso matrimonio. Acepté con orgullo y alegría. Me sacó del prostíbulo... Pero los parientes, los amigos, los compañeros, todo ese pequeño mundo, en fin, que gira en torno a la vida más humilde, le rompieron el alma. Lo aislaron, lo despreciaron. No pudo resistir, se pegó un balazo. No quiero que te ocurra lo mismo... Volví al cabaret, para siempre. No tengo hijos ni hermanos, sólo tú, que te irás...

Pero no me fui. Te preguntarás cómo pude caer en tanta ignominia. Sería un hipócrita si tratara de justificarme. Ahora, mientras te escribo, solo ante mi conciencia, me muerde la expiación.

Vivíamos en un pequeño cuarto, en las vecindades de los lenocinios. Eliana zurcía mis camisas, aplanchaba mis ropas, cocinaba. Pero, caída la noche, me abandonaba.

Volvía al amanecer, a veces contenta, a veces contrariada. A veces beoda.

—No te atormentes, lindo —decíame—; estos billetes son propinas, ¿sabes?, ahora estoy de cantinera.

Pero logré saber que a menudo atendía a viejos clientes.

Ibame a veces, desvalido murciélago, de ronda por las tabernas. Mi presencia despertaba reticentes desdenes. Era un leproso, un indeseable.

Me embriagaba entonces, bestialmente.

Y regresaba al cuarto.

A esperar.

¿Amaba a Eliana? No. No la amaba. Pienso que el amor verdadero es complejo sentimiento, atracción física, respeto, dádiva total. No podía ser amor esta coyunda

erótica en cuyo fondo fermentaba, como en los pantanos, la desintegración.

Empezó en mí el reflujo. Lentamente, en la misma medida de mi derrumbe moral, se inició el proceso contrario, el ascenso.

Por esos días, cuando mi corazón maduraba para la evasión, Eliana fue abatida por la enfermedad.

—¡Cáncer! —me informó Rodolfo.

La palabra fatídica volcó mis planes. Decidí quedarme. Hasta el final, que ahora llega.

Eliana empezó a morir. En estos seis meses agónicos mi espíritu se ha ido transformando. Jamás hubiera podido imaginar que existieran en mí, latentes, tantas fuerzas de abnegación, tanta piedad. Piedad. Extraño sentimiento. Acaso en el fondo no sea sino egoísmo, la convicción de poder dar. Pero, sea como fuere, ello, insensiblemente, te conduce a lo humilde.

La muerte repentina de quien amamos, anonada, embrutece. Y, sin embargo, al lunes siguiente la vida retoma su vibración. Queda la melancolía, es cierto, el temor de no haber sido lo suficientemente comprensivos y generosos, remordimientos que el tiempo va limando, convirtiendo.

Pero en la muerte lenta dos agonías se confunden. Algo muere cada día. Aquel ser que en otro tiempo contemplamos en plenitud, va perdiendo las formas, se desintegra ante los ojos impotentes, regresa al polvo. Y el recuerdo de tanto sufrimiento, de tanto martirio, jamás te habrá de abandonar.

Así he vivido estos últimos meses, asistido por la solicitud de Rodolfo y el dinero ennoblecido de las compaÑeras de Eliana.

Aquí estoy, el corazón herido pero libre. El porvenir que parecía tenebroso se ilumina a la distancia.

Voy a partir.

Muy lejos, hacia el sur remoto. ¿Has oído hablar de Isla Guarello? Existen allí unas minas de cal. Rodolfo me consiguió un contrato.

Pero un día he de volver.”

LOS TÚNELES MORADOS

SOBRE LA puerta inmaculada resplandecían unas letras metálicas: "Cirugía de urgencia".

Por los corredores débilmente iluminados, trémulo, inquieto, el Chino Domínguez paseaba rumiando pensamientos confusos, examinándose.

Los focos palidecían lentamente. La luz de la mañana invernal entraba a prisa por los grandes ventanales, y los planos, los perfiles, los ángulos, perdían la vaguedad acusándose con violencia.

Afuera, la bruma parecía recogerse. El viento soplaba con fuerza, y un cielo oscuro, bajo, cargado de agua, oprimía los árboles y los prados en una suerte de angustiosa espera.

En la mente del muchacho surgían los recuerdos de la traspasada, ligados a duras resonancias. Meditaba profundamente, en su vida, en el futuro. Como tocado por tenaz decisión, se detuvo junto a una ventana, la mirada encendida, brillante.

La puerta giró. Dos enfermeros llevaron por los corredores una camilla cubierta. Bajo las sábanas yacía una forma rígida, inmóvil.

Adentro, pasos, rumor de agua fluyendo, voces en sordina.

Apareció el médico de turno. Pasó con aire fatigado. Restos de transpiración le barnizaban el cabello, la frente.

Luego, el Barbón y el Abuelo, vestidos de blanco, serios, pensativos.

—¡Bien! —dijo el Barbón—. ¡Como se pide!... Yo puse la anestesia y el doctor extrajo el útero. El plasma hizo lo demás. La presión iba en seis.

Flotó en el aire leve olor etéreo. El Chino Domínguez se agitó.

—Vuelvo a la Escuela —dijo.

—Era tiempo.

—Me alegro.

Oyóse un chirriar de frenos, un ronquido de motor, en la rampa de acceso de la Asistencia. A poco entró un enfermero, el mandil ensangrentado.

—¿Qué pasa? —preguntó el Abuelo.

—Un atropellado, doctor. ¡Hecho charqui! El tren... Los carabineros nos avisaron, y llevamos los restos a la Morgue.

—¿Sabe usted quién era?

—¿Y qué te importa? —preguntó el Barbón—. Al-
gún borracho... Por lo demás, a la corta o a la larga,
todos tenemos que morir.

Y el Chino Domínguez, como un eco:

—Morir...

Pero inmediatamente se estremeció.

—No, Barbón —dijo—. Te equivocas. No todo muer-
re. Siempre algo sobrevive... De otra manera no ten-
dría objeto ni sentido la vida del hombre.

Se asomó a la puerta por donde penetraban, silban-
do, rachas de viento.

—Bah —dijo, como asombrado—. ¿Saben? ¡Está
lloviendo!

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE